

Los niños del agua

Charles Kingsley

CAPÍTULO I

*Sentado y reclinado en una arboleda,
mil notas llegaron a mi oído;
en ese dulce ánimo de agradables pensamientos invadido
en que vienen a la mente ideas de tristeza.
A sus bellas obras la Naturaleza unió
el alma humana que por mí fluía;
pensé en lo que el hombre ha hecho del hombre
y un gran pesar en mi corazón cayó.*

WORDSWORTH

Érase una vez un deshollinador que se llamaba Tom. Es un nombre corto y, como ya lo has oído antes, no tendrás demasiada dificultad para recordarlo. Vivía en una gran ciudad del norte de Inglaterra, donde había muchas chimeneas que deshollinar, donde Tom tenía mucho dinero que ganar y su patrón mucho que gastar. No sabía leer ni escribir, ni se preocupaba por ello, y nunca se lavaba, pues no había agua en la plazoleta donde vivía. No le habían enseñado a rezar las oraciones y jamás había oído hablar de Dios ni de Cristo, salvo en unos términos que tú nunca has oído y que habría sido mejor que él tampoco hubiera oído nunca. Se pasaba la mitad del tiempo llorando y la otra mitad riendo. Lloraba cuando tenía que trepar por los oscuros tiros de las chimeneas, restregando sus pobres rodillas y codos hasta dejarlos en carne viva; y cuando el hollín se le metía en los ojos, lo que ocurría cada día de la semana; y cuando su patrón le pegaba, lo que sucedía cada día de la semana; y cuando no tenía suficiente para comer, lo que también ocurría cada día de la semana. En cambio, se pasaba la otra mitad del día riendo: cuando jugaba con otros niños a cara o cruz, a saltar al potro por encima de los postes o a lanzar piedras a las patas de los caballos cuando pasaban trotando. Esto último era sumamente divertido, siempre y cuando hubiera un muro cerca detrás del cual poder esconderse. En cuanto a deshollinar, a pasar hambre y a que le pegasen, todo lo consideraba parte del mundo, como la lluvia, la nieve y los truenos, y aguantaba valientemente firme como una roca hasta que escampaba, tal como hacía su viejo asno ante una granizada. Luego se sacudía las orejas, se ponía tan alegre como siempre y pensaba en los buenos tiempos que vendrían cuando fuera un hombre y un patrón deshollinador, y se sentara en la taberna con una jarra de cerveza y una larga pipa, jugara a cartas con monedas de plata, vistiese pantalones de terciopelo y botas altas, tuviera un bulldog blanco con

una oreja gris y llevara sus cachorros en el bolsillo, como un hombre. Y tendría aprendices, uno, dos, tres, si pudiera. ¡Cómo los intimidaría y qué palizas les daría, igual que su patrón hacía con él! Les haría cargar los sacos de hollín a casa, y él iría delante montado en su asno, con una pipa en la boca y una flor en el ojal, como un rey al frente de su ejército. Sí, se avecinaban buenos tiempos y, cuando su patrón le dejaba tomar un sorbo de los restos de su cerveza, Tom era el niño más feliz de toda la ciudad.

Un día, un elegante mozo de cuadra, montado a caballo, se presentó en la plazuela donde vivía Tom y éste se escondió detrás de un muro para coger medio ladrillo y colocarlo junto a las patas del caballo, como es costumbre en esas tierras para dar la bienvenida a los desconocidos. Pero el mozo de cuadra lo vio y, después de saludarlo, le preguntó dónde vivía el señor Grimes, el deshollinador. El señor Grimes era el patrón de Tom, y como Tom era un buen comerciante, siempre cortés con los clientes, dejó el medio ladrillo discretamente detrás del muro y se dispuso a cumplir con el encargo.

El señor Grimes debía presentarse a la mañana siguiente en casa de Sir John Harthover, en la Villa, pues su viejo deshollinador estaba en la cárcel y urgía que las chimeneas fuesen deshollinadas. Se fue enseguida, sin ni siquiera dar tiempo a Tom a preguntar por qué habían encarcelado al deshollinador, lo cual era un asunto que le interesaba, puesto que él mismo había estado en la cárcel una o dos veces. Además, el mozo de cuadra tenía un aspecto tan pulcro y limpio con sus polainas de color apagado, sus bombachos de color apagado, su chaqueta de color apagado, su corbata blanca como la nieve, acompañada de un elegante alfiler, y su cara nítida, redonda y rubicunda, que Tom se sintió ofendido y asqueado por su presencia, ya que le pareció un tipo estirado que se daba aires porque llevaba ropa elegante que pagaba otra gente. A pesar de todo, volvió detrás del muro para coger el medio ladrillo, pero no lo hizo al recordar que el mozo había venido con un fin comercial y estaba, efectivamente, bajo bandera de tregua.

El patrón se mostró tan encantado con su nuevo cliente que se le fue la mano y tiró a Tom al suelo, y bebió más cerveza esa noche de lo que habitualmente bebía en dos para asegurarse de que al día siguiente se levantaría a la hora, pues cuanto más le duele la cabeza a un hombre al despertarse, más ganas tiene de levantarse y respirar aire fresco. A las cuatro de la mañana del día siguiente, al despertar, el patrón volvió a tirar a Tom al suelo para enseñarle (tal como enseñaban a los señores jovencitos en las escuelas públicas) que ese día debía ser un niño muy bueno, ya que irían a una casa muy grande y, si complacía a sus clientes, podrían sacar muy buen provecho.

Tom estaba de acuerdo; es más, habría hecho todo lo que estuviera a su alcance y se habría comportado del mejor modo posible, incluso sin que lo hubieran tirado al suelo, porque, de todos los lugares de la Tierra, la Villa Harthover (que nunca había

visto) era el más maravilloso, y de todos los hombres de la Tierra, Sir John (a quien ya había conocido, puesto que lo había mandado a prisión un par de veces) era el más repugnante.

La Villa Harthover era realmente un gran lugar, incluso para el rico norte de Inglaterra. Tenía una casa tan grande que durante los disturbios ludistas —que Tom apenas recordaba— dio cabida al Duque de Wellington y a diez mil soldados para hacerles frente, o por lo menos eso creía Tom. Tenía jardines llenos de ciervos, aunque Tom pensaba que eran unos monstruos que tenían por costumbre comerse a los niños. La Villa contaba con kilómetros y kilómetros de reservas de caza, donde el señor Grimes y los carboneros a veces iban a cazar furtivamente. En esas ocasiones, Tom veía faisanes y se preguntaba qué gusto tendrían. También había un majestuoso río de salmones al que el señor Grimes y a sus amigos les habría gustado ir a pescar a escondidas, aunque para hacerlo tuvieran que meterse en el agua fría, y eso no les gustaba en absoluto. En resumen, Harthover era un gran lugar y Sir John un gran señor, respetado incluso por el señor Grimes. No sólo podía enviar al señor Grimes a la cárcel cuando éste lo merecía —como hacía una o dos veces a la semana— y no sólo era el propietario de todas las tierras en muchos kilómetros a la redonda, sino que de todos los terratenientes que poseían una jauría, él, aparte de ser el más alegre, honesto y sensato y hacer lo que consideraba adecuado para sus vecinos —así como lo que consideraba adecuado para sí mismo—, también pesaba casi cien kilos, su pecho medía quién sabe cuántos centímetros y en una pelea limpia podía darle una paliza al señor Grimes —lo cual muy pocos tipos de la zona podían hacer—. Y esto, hijo mío, no habría estado bien de su parte, puesto que hay un montón de cosas que no se pueden hacer, a pesar de que te encantaría hacerlas. De modo que el señor Grimes se tocaba el sombrero para saludarlo cuando montaba a caballo por la ciudad y lo llamaba «viejo machote» y a sus niñas, «delicadas mozas», que en el norte de Inglaterra son dos cumplidos refinados. El señor Grimes creía que así reparaba a Sir John de la pérdida de faisanes (debido a sus cazas furtivas), de lo que se intuye que no había ido a una Escuela Nacional del Gobierno adecuadamente controlada.

Pues bien, yo podría asegurar que tú nunca te levantarías a las tres de la mañana en un día de verano. Unos se levantan a esa hora porque quieren pescar salmones y otros porque quieren subir a los Alpes, y muchísimos más porque tienen que hacerlo, como Tom. Pero te aseguro que las tres de la mañana de un día de verano es la hora más agradable de las veinticuatro horas del día y de los trescientos sesenta y cinco días del año. Nunca sabré por qué nadie se levanta a esa hora, a menos que estén decididos a estropear sus nervios y su temperamento haciendo toda la noche lo que igualmente pueden hacer de día. Sin embargo, Tom, en vez de salir a cenar a las ocho y media de la noche, ir a un baile a las diez y rematarlo entre las doce y las cuatro, se fue a la cama a las siete, justo cuando su patrón se iba a la taberna, y durmió como un

tronco, razón por la cual estaba vivaz como un gallo de pelea (que siempre se despierta temprano para despertar a las doncellas) y a punto para levantarse justo cuando las damas y los caballeros estaban listos para irse a la cama.

De este modo, él y su patrón partieron. Grimes iba delante montado en su asno, y los cepillos, con Tom, iban detrás, andando. Salieron de la plazoleta y subieron por la calle, pasaron por delante de los postigos cerrados, de los policías rendidos (a quienes se les cerraban los ojos) y de los tejados de un gris brillante en el gris amanecer.

Atravesaron el pueblo de los mineros, a esa hora totalmente cerrado y silencioso, y el puesto de peaje. Luego se adentraron en el auténtico campo, avanzando lentamente por el camino negro y polvoriento, entre los negros muros, sin otro sonido que los gemidos y los batacazos de la máquina de la mina del campo de al lado. Sin embargo, el camino pronto se hizo blanco y los muros también; al pie de la tapia crecían hierbas y flores radiantes, empapadas de rocío y, en lugar de los gemidos de la máquina taladradora, oían a la alondra cantando los maitines a los cuatro vientos y a la curruca gorjeando en las juncias, como había gorjeado durante la noche.

Todo permanecía en silencio, pues la vieja señora Tierra estaba profundamente dormida. Igual que muchas personas hermosas, era aún más hermosa dormida que despierta. Arriba, los grandes olmos de los prados, de un verde dorado, estaban profundamente dormidos y, debajo de ellos, las vacas también. Es más, las pocas nubes que había también estaban profundamente dormidas y tan fatigadas que se habían tumbado en el suelo para descansar, formando copos y franjas alargadas y blancas entre los troncos de los olmos y a lo largo de las copas de los alisos, junto al arroyo, esperando a que el sol les pidiera que se levantaran y que comenzaran a hacer su tarea diaria en el cielo transparente, allí arriba.

Ellos seguían su camino. Tom observaba y observaba, pues nunca antes se había adentrado tanto en el campo y estaba deseoso de subirse a una verja, coger ranúnculos y buscar nidos de pájaros en algún seto. Pero el señor Grimes era un comerciante y no habría querido ni oír hablar de ello.

Pronto alcanzaron a una pobre mujer irlandesa que cargaba un fardo en la espalda e iba arrastrando los pies. Llevaba un chal gris en la cabeza y una falda teñida de carmín, por eso resultaba evidente que era de Galway. No tenía zapatos ni medias y renqueaba como si estuviera cansada y le dolieran los pies; pero era una mujer muy alta y bonita, de brillantes ojos grises. El cabello, negro y pesado, le caía por las mejillas. El señor Grimes se prendó tanto de ella que cuando llegó a su lado le dijo:

—Este camino es muy duro para unos pies tan delicados. ¿Quieres subirte, joven, y montar detrás de mí?

Sin embargo, a ella el aspecto y la voz del señor Grimes posiblemente no le causaron admiración, dado que respondió en voz baja:

—No, gracias; prefiero caminar con tu chico.

—Como gustes —gruñó Grimes, y continuó fumando.

De modo que se puso a caminar con Tom y le habló, le preguntó dónde vivía, qué cosas sabía y todo lo relacionado con él. Tom pensó que nunca había conocido a una mujer que hablara tan dulcemente. Finalmente, ¿le preguntó si rezaba las oraciones!, y pareció entristecerse cuando él le dijo que no sabía ninguna.

Entonces él le preguntó que dónde vivía y ella respondió que muy lejos, junto al mar. Tom le preguntó sobre el mar y ella le contó cómo retumbaba y rugía contra las rocas en las noches de invierno, y cómo yacía tranquilo en los brillantes días de verano para que los niños pudieran bañarse y jugar en él. Por eso Tom deseó ir a ver el mar y bañarse.

Finalmente, llegaron a una fuente que estaba al pie de una colina. No era como esas fuentes que hay por aquí, que te empapan y en las que el agua brota de la grava blanca del tremedal, entre papamoscas rojos, brezo de turbera rosa y dulces orquídeas blancas. Tampoco como esas que también hay por aquí, que borbotean bajo el cálido banco de arena del hondo sendero, junto a un gran helechal, y hacen bailar la arena en remolinos en el fondo, día y noche, durante todo el año.

No era como ninguna de esas, sino una auténtica fuente de piedra caliza del norte de Inglaterra, como las que hay en Sicilia o Grecia, donde los antiguos paganos se deslumbraban viendo a las ninfas sentadas refrescándose en un caluroso día de verano, mientras los pastores las espiaban desde detrás de los arbustos. La gran fuente brotaba de una pequeña cueva de roca, al pie de un peñasco de caliza, manando y borboteando; era tan cristalina que no se sabía dónde acababa el agua y empezaba el aire, y se alejaba por el camino, formando un arroyo lo suficientemente grande como para hacer girar un molino, por entre geranios azules, flores de San Pallad doradas, frambuesos silvestres y cerezos alisos con sus borlas de nieve.

Entonces Grimes se paró y echó un vistazo, y Tom hizo lo mismo. Tom se preguntó si en esa cueva oscura vivía algo que por la noche saliera a volar por los prados. En cambio, Grimes no se preguntó nada. Sin decir palabra, se bajó del asno, trepó el pequeño muro del camino, se arrodilló y se puso a remojar su fea cabeza en la fuente (y lo hizo de un modo muy basto).

Tom empezó a coger flores tan rápido como pudo. La mujer irlandesa lo ayudó y le enseñó cómo atarlas, y entre los dos hicieron un ramillete precioso. Pero cuando Tom vio a Grimes lavándose literalmente, se detuvo, bastante atónito. En el momento en que Grimes terminó y empezó a sacudirse las orejas para que se secasen, dijo:

—Anda, patrón, nunca le había visto hacer eso antes.

—Y muy posiblemente no lo volverás a ver. No lo hice para asearme, sino para refrescarme. Qué vergüenza si me quisiera lavar una vez a la semana, como un minero tizado.

—Ojalá yo pudiera meter la cabeza —dijo el pobrecillo Tom—. Tiene que ser tan

agradable como meterla debajo del surtidor de la ciudad; y aquí no hay pertiguero que te mande a paseo.

—Tú, ven aquí —dijo Grimes—. ¿Cómo que quieres lavarte? Tú no bebiste dos litros y medio de cerveza ayer por la noche, como yo.

—Y a mí qué —dijo el picaro de Tom, que corrió hacia el arroyo y empezó a lavarse la cara.

Grimes se sentía molesto porque la mujer prefería la compañía de Tom a la suya, de modo que se abalanzó sobre él diciéndole unas palabras horribles, lo levantó bruscamente y empezó a pegarle. No obstante, Tom ya estaba acostumbrado y puso la cabeza a salvo entre las piernas del señor Grimes, mientras le daba patadas en las espinillas con todas sus fuerzas.

—¿No te da vergüenza, Thomas Grimes? —gritó la mujer irlandesa desde detrás del muro.

Grimes levantó la mirada, sobresaltado al comprobar que ella sabía su nombre, pero todo lo que dijo fue: «No, y aún no me he avergonzado nunca», y continuó pegando a Tom.

—Sí, sí, seguro. Si alguna vez te hubieras avergonzado de ti, habrías ido a Vendale hace ya mucho tiempo.

—¿Qué sabes tú de Vendale? —exclamó Grimes, aunque esta vez dejó de pegar.

—Yo conozco Vendale y a ti también. Sé, por ejemplo, lo que ocurrió aquella noche en Aldermire Copse, hará dos años, en San Martín.

—¿Ah sí? —exclamó Grimes. Acto seguido, dejó en paz a Tom, trepó por encima del muro y se encaró con la mujer. Tom pensó que iba a darle un porrazo, pero ella lo miraba intensamente a los ojos y con demasiada fiereza como para que lo hiciera.

—Sí, yo estaba allí —dijo en voz baja la mujer irlandesa.

—Tú no eres irlandesa, por el modo como hablas —afirmó Grimes, tras haber dicho antes muchas palabrotas.

—No importa quién sea. Vi lo que vi, y si vuelves a golpear al niño, voy a contar lo que sé.

Grimes parecía muy acobardado y se montó en el asno sin decir ni una palabra más.

—¡Quieto! —exclamó la mujer irlandesa—. Voy a deciros una cosa más a los dos, pues ambos me vais a volver a ver antes de que todo acabe. Los que quieran estar limpios, limpios estarán y los que quieran estar sucios, sucios quedarán. Recordadlo.

Dio media vuelta y pasó por un portillo a un prado. Grimes se quedó quieto un momento, como un hombre pasmado. Luego corrió detrás de ella, gritando: «¡Vuelve aquí!». Pero cuando llegó al prado, la mujer ya no estaba.

¿Se había escondido? No había dónde esconderse. Pero Grimes buscó en los

alrededores y Tom también, porque estaba tan anonadado como Grimes por la súbita desaparición. Sin embargo, por más que buscasen, la mujer no aparecía.

Grimes volvió callado como un muerto, ya que estaba un poco asustado, se montó en el asno, llenó una nueva pipa y se fue fumando, sin molestar a Tom.

Anduvieron casi cinco kilómetros y llegaron a la garita de la villa de Sir John.

Era una garita grandiosa, con puertas de acero y unos pilares enormes. Encima de cada uno había un duende terrorífico, con colmillos, cuernos y rabo; este duende era el emblema que los antecesores de Sir John llevaban en las Guerras de las Rosas demostrando ser unos hombres muy previsores, porque seguramente todos sus enemigos salían huyendo con sólo verlo.

Grimes llamó a la puerta; salió un guardián y les abrió.

—Me han encargado que os abriera —dijo—. Si sois tan amables, no os apartéis de la avenida principal. Y que no os pille con una liebre o un conejo cuando volváis. Os juro que voy a tener los ojos bien abiertos.

—No lo vas a poder ver, si está en el fondo del saco de hollín —soltó Grimes, que se puso a reír. El guardián también rió y añadió:

—Si eres de esa calaña, tendré que ir con vosotros hasta la sala.

—Creo que más te vale. Eres tú quien se ocupa de vigilar la caza, no yo.

Así que el guardián fue con ellos y, para sorpresa de Tom, él y Grimes estuvieron charlando durante todo el camino muy relajadamente. No sabía que un guardián no es más que un cazador furtivo que ha pasado de estar fuera a estar dentro, y que un cazador furtivo es un guardián que ha pasado de estar dentro a estar fuera.

Anduvieron por una gran avenida de tilos, que medía un kilómetro y medio. A través de los troncos, Tom espiaba tembloroso los cuernos de los ciervos, dormidos de pie, entre los helechos. Nunca había visto unos árboles tan enormes y, al mirar hacia arriba, imaginó que el cielo azul reposaba sobre sus cabezas. Pero estaba muy desconcertado a causa de unos extraños murmullos que los iban siguiendo a lo largo del camino. Estaba tan consternado que finalmente hizo acopio de valor y le preguntó al guardián qué eran aquellos sonidos.

Le habló muy educadamente y lo llamó Sir, pues le tenía un miedo terrible, lo cual complacía al guardián. Éste le contó que eran las abejas volando alrededor de las flores de los tilos.

—¿Qué son las abejas? —preguntó Tom.

—Las que hacen miel.

—¿Qué es la miel? —volvió a preguntar.

—Tú, cierra el pico —advirtió Grimes.

—Deja al chico en paz —dijo el guardián—. Es un zagal muy educado y eso es todo lo que puede llegar a ser si continúa contigo.

Grimes se rió, pues lo tomó como un cumplido.

—Ojalá fuera guardián —añadió Tom— para poder vivir en un lugar tan bonito y vestir pantalones de terciopelo verdes y llevar en el botón un silbato de verdad para llamar al perro, como tú.

El guardián se echó a reír. Tenía buen corazón.

—Lo mejor es enemigo de lo bueno, muchacho y, en cierto modo, lo malo también. Tu vida es más segura que la mía en todos los sentidos. ¿No es así, señor Grimes?

Grimes volvió a reírse y entonces los dos hombres se pusieron a hablar en voz baja. Sin embargo, Tom pudo oír que hablaban de alguna competición de caza furtiva y, al final Grimes dijo con decisión: «¿Tienes algo contra mí?».

—Por ahora no.

—Entonces no me hagas preguntas hasta que lo tengas, porque yo soy un hombre de honor.

Y los dos volvieron a reírse, encontrándolo muy gracioso.

En esto, llegaron a las grandes puertas de acero que estaban frente a la casa. A través de ellas, Tom miró los rododendros y las azaleas, ambos en flor, y luego la casa, y se preguntó cuántas chimeneas tendría, cuánto tiempo hacía que la habían construido, cómo se llamaba el hombre que la construyó y si ganaba mucho dinero por su trabajo.

Estas últimas preguntas eran muy difíciles de contestar, pues Harthover había sido construida en noventa momentos distintos y en noventa estilos diferentes. Parecía como si alguien hubiera construido una calle entera de casas de todas las formas imaginables y luego las hubiera removido todas juntas con un cucharón.

Porque los áticos eran anglosajones.

La tercera planta, normanda.

La segunda, del Cinquecento.

La primera, isabelina.

El ala derecha, dórico puro.

La central, de la época temprana del gótico inglés, con un pórtico inmenso copiado del Partenón.

El ala izquierda, beocio puro, era la que los campesinos admiraban más, porque se parecía a las nuevas barracas del pueblo, sólo que tres veces más grande.

La gran escalinata remedaba las catacumbas de Roma.

La escalinata posterior, del Taj-Mahal de Agra. La había construido el tatarata-tatara-tío de Sir John, que en las Guerras Indias de Lord Clive había ganado un montón de dinero y un montón de heridas, aunque no mejor gusto que sus superiores.

Las bodegas estaban copiadas de las cuevas de Elefantina.

Los despachos, del Pavilion de Brighton.

El resto no estaba copiado de nada que estuviera en el cielo, en tierra o bajo tierra.

Así pues, la Villa Harthover era un gran rompecabezas para los anticuarios y todo un viñedo de Nabot para críticos, arquitectos y toda persona a quien le guste gastarse el dinero de otros hombres y entrometerse en sus asuntos. De modo que todos atosigaban al pobre Sir John, año tras año, e intentaban convencerlo para que gastara unas cien mil libras en construcciones que, más que complacer a Sir John, servían para complacerse a sí mismos. Pero él siempre lo aplazaba, como haría cualquier ciudadano listo del norte de Inglaterra. Uno quería que construyese una casa gótica, pero él dijo que no era ningún godo; otro, que construyese una casa isabelina, pero él respondió que vivía bajo el reinado de la buena reina Victoria y no bajo el de la buena reina Betty; otro fue lo suficientemente valiente como para decirle que su casa era fea, pero él argumentó que vivía en ella, no fuera de ella; otro, que la casa no tenía unidad, pero él sostuvo que era justamente por eso por lo que le gustaba ese viejo lugar. Porque le gustaba ver cómo los Sir John, Sir Hugh, Sir Ralph y Sir Randal habían dejado su marca en la casa, cada uno siguiendo su propio gusto, y no le apetecía alterar la tarea de sus antecesores, ni perturbar sus tumbas. Ahora, la casa parecía una auténtica casa con vida y con una historia, y había ido creciendo a medida que el mundo crecía. Y él sólo era un advenedizo que no había conocido a su abuelo y lo habría cambiado todo por cualquier elegante novedad gótica o isabelina. En caso de hacerlo, habría parecido como si todo hubiera sido creado en una noche, como las setas. De esto puedes deducir (si eres lo bastante listo) que Sir John era un terrateniente con una mente y un corazón muy firmes; el hombre adecuado para mantener el campo en orden y proporcionar una buena caza gracias a sus perros.

Sin embargo, Tom y su patrón no entraron por las grandes puertas de acero como si fueran duques u obispos, sino que dieron un rodeo por detrás de la casa (vaya si era un rodeo). Entraron por una puertecilla trasera, donde el basurero los hizo pasar emitiendo un desagradable bostezo. Luego, en un pasillo, el ama de llaves vino a su encuentro con tal vestido estampado de flores que Tom la confundió con la mismísima señora. Dio órdenes solemnes a Grimes: «Tienes que ocuparte de esto y ocuparte de lo otro», como si fuera él quien trepara por las chimeneas y no Tom. Grimes escuchaba y, de vez en cuando, decía entre dientes: «¿Prestas atención, mocoso?». Y Tom prestaba mucha atención, en la medida que le era posible. Después, el ama de llaves los condujo a una gran estancia, empapelada en color marrón, y les anunció con una voz altiva y tremenda que ya podían empezar. Entonces, después de algún que otro lloriqueo y un puntapié de su patrón, Tom entró en la chimenea y trepó por el tiro, mientras una criada se quedaba en la estancia para vigilar los muebles, a los cuales el señor Grimes dedicaba muchos cumplidos divertidos y corteses, aunque se encontraba con una respuesta muy poco animosa.

No sé cuántas chimeneas deshollinó Tom, pero deshollinó tantas que se quedó rendido y también desconcertado, pues no eran como las chimeneas de la ciudad a las

que estaba acostumbrado, sino de esas que se encuentran —si trepas por ellas y miras dentro, algo que quizá no te gustaría hacer— en las viejas casas de campo; chimeneas grandes y torcidas, que fueron alteradas una y otra vez hasta entrelazarse, anatomizándose (como diría el profesor Owen) considerablemente. Tom se perdía en ellas. No es que se preocupara mucho por eso —aunque se encontrara en una oscuridad negra como el carbón—, porque dentro de una chimenea se sentía como en casa, igual que un topo bajo tierra. Pero, finalmente, al bajar por la que creía que era la chimenea correcta, fue a parar a la equivocada y se encontró justo encima de la alfombra del hogar de una estancia que no tenía parangón.

Tom nunca había visto algo así. Nunca había estado en las estancias de la gente de buena alcurnia, salvo cuando las alfombras estaban todas al revés, las cortinas echadas, los muebles apiñados debajo de una sábana y los cuadros cubiertos con delantales y guardapolvos. A menudo se había preguntado qué aspecto tendrían las estancias cuando estaban acondicionadas para que la gente de categoría se instalara, y ahora lo vio y pensó que lo que veía era muy bonito.

Toda la estancia estaba decorada en blanco: las cortinas de las ventanas, blancas; las cortinas alrededor de la cama, blancas; los muebles, blancos; y las paredes, blancas, con alguna que otra raya rosa aquí y allá. La alfombra estaba totalmente estampada de florecillas llamativas y en las paredes colgaban cuadros con marcos dorados, que dejaron a Tom embelesado. Había cuadros de damas y caballeros, y cuadros de caballos y perros. Los caballos le gustaron, pero los perros no le interesaron mucho, pues no había bulldogs entre ellos, ni siquiera terriers. Pero los cuadros que más le encandilaron fueron dos. Uno de un hombre que vestía prendas largas, rodeado de niños con sus madres, que posaba la mano sobre las cabezas de los pequeños. Ése era un cuadro muy bonito —pensó Tom— para colgar en el cuarto de una dama, pues había deducido que era el cuarto de una dama por los vestidos que había esparcidos.

El otro cuadro era el de un hombre clavado en una cruz que sorprendió mucho a Tom. Recordó que había visto algo por el estilo en el escaparate de una tienda. Pero, ¿por qué estaba allí? «Pobre hombre —pensó Tom—, parece tan agradable y sencillo. ¿Por qué tendrá la dama un cuadro tan triste como ése en su cuarto? Quizá sea algún familiar suyo que fue asesinado por los bárbaros de lugares extranjeros y lo guarda aquí como recuerdo.» Se sintió triste y sobrecogido, y se puso a mirar otra cosa.

Lo siguiente que vio, y que también lo desconcertó, fue un lavadero con aguamaniles y palanganas, jabones y cepillos, toallas, y una gran bañera llena de agua limpia. ¡Qué cantidad de cosas! ¡Y todas para lavarse! «Según el criterio de mi patrón, debe ser una dama muy sucia —pensó Tom—, para querer restregarse con todo eso. En cambio, debe ser muy diestra para luego quitar de en medio la suciedad, pues no veo ninguna mancha en todo el cuarto, ni siquiera en las toallas.»

Entonces, al mirar hacia la cama, descubrió a la sucia dama y, atónito, contuvo la respiración.

Bajo la colcha blanca como la nieve, sobre una almohada blanca como la nieve, estaba acostada la niña más hermosa que Tom había visto. Sus mejillas eran casi tan blancas como la almohada y sus cabellos eran como hilos de oro esparcidos por toda la cama. Debía ser de la edad de Tom, o quizás un año o dos mayor, pero él no pensó en eso. Sólo pensó en su piel delicada y su cabello dorado, y se preguntó si era una persona viva de verdad o una de las muñecas de cera que había visto en las tiendas. Sin embargo, cuando advirtió que respiraba, llegó a la conclusión de que estaba viva y se quedó de pie mirándola fijamente, como si fuera un ángel venido del cielo.

«No. No puede estar sucia. Nunca podría haber estado sucia», se dijo Tom. Y entonces pensó: «¿Y todo el mundo es así, cuando se ha lavado?». Luego se miró la muñeca, intentó quitar el hollín frotando y se preguntó si algún día llegaría a sacarlo. «Seguro que yo sería mucho más guapo si me volviera como ella.»

Miró alrededor y, de pronto, vio a su lado a una figurita fea, negra y desgredada, con ojos soñolientos y dientes blancos sonrientes. Se dirigió hacia él, enfadado. ¿Qué hacía un bruto negro como ése en el cuarto de una pequeña y dulce dama? Mira por dónde, ¡era él mismo, reflejado en un gran espejo, cuyo aspecto no había visto nunca antes!

Por primera vez en su vida, Tom descubrió que estaba sucio y rompió a llorar de vergüenza y enfado. Volvió a escabullirse dentro de la chimenea para esconderse y volcó el guardafuego y los utensilios de la chimenea, provocando un estruendo similar al de diez mil teteras de hojalata atadas a las colas de diez mil perros enfurecidos.

La pequeña y blanca dama saltó de la cama y, al ver a Tom, lanzó un grito tan estridente como el de un pavo real. Una niñera robusta y vieja entró corriendo desde la habitación contigua y pensó que el joven deshollinador había entrado a robar, saquear, destruir y quemar, y se lanzó sobre él —que estaba tumbado encima del guardafuego— con tanta rapidez que lo asió de la chaqueta.

Pero no lo sujetó. Tom había estado en manos de la policía muchas veces —y fuera de ellas también—, y no habría podido volver a mirar a la cara a sus amigos si hubiera sido tan estúpido como para que una vieja lo atrapara. De modo que se escabulló por debajo del brazo de la pobre mujer, cruzó el cuarto y en un instante salió por la ventana.

No le hizo falta saltar, aunque lo habría hecho valientemente. Ni siquiera dejarse caer por un canalón, que habría sido un viejo juego para él, pues una vez trepó por un canalón hasta el tejado de la iglesia —dijo que para coger huevos de grajilla, pero el policía argumentó que para robar plomo—, y cuando fue avistado en lo alto, se quedó allí sentado hasta que el sol calentó demasiado y entonces bajó por otro canalón, de

modo que los policías tuvieron que irse a casita a cenar.

Debajo de la ventana había un árbol con grandes hojas y unas flores blancas de aroma dulce casi tan grandes como su cabeza. Supongo que era una magnolia, pero Tom no lo sabía, ni le importaba, pues bajó por el árbol como un gato, cruzó el césped, saltó la verja de acero y atravesó el jardín hacia el bosque, mientras la vieja niñera gritaba «¡asesino!» y «¡fuego!» desde la ventana.

El jardinero, que estaba segando, vio a Tom y tiró la guadaña, se pilló la pierna con ella y se hizo un corte en la espinilla, por lo que estuvo una semana en cama; no obstante, con la prisa, no se dio cuenta y empezó a perseguir al pobre Tom. La lechera oyó el ruido, se metió el tarro de la leche entre las rodillas y se le volcó, derramando toda la nata; sin embargo, saltó y se puso a perseguir a Tom. Un mozo de cuadra que estaba limpiando el rocín de Sir John, lo dejó escapar —por lo que éste se lesionó al cabo de cinco minutos— y echó a correr persiguiendo a Tom. Grimes dejó caer el saco de hollín sobre la grava recién extendida y la echó toda a perder, pero se puso a correr y a perseguir a Tom. El viejo encargado abrió el portillo del jardín con tanta prisa que colgó el cabestro de su poni en las púas —y, que yo sepa, continúa allí colgado—; sin embargo, arrancó a correr persiguiendo a Tom. El labrador dejó sus caballos en el trozo de campo que estaba aún por arar, junto a los setos, y uno de ellos saltó por encima de la valla, arrastrando al otro hasta la zanja junto con el arado; no obstante, continuó corriendo para perseguir a Tom. El guardián, que estaba desenredando a un armiño de una trampa, dejó escapar al animal y se pilló el dedo, pero empezó a correr detrás de Tom (y, teniendo en cuenta lo que dijo y la cara que puso, qué pena me habría dado Tom si el hombre lo hubiera atrapado). Sir John miró por la ventana de su estudio (pues era un señor que empezaba a envejecer), miró arriba, hacia la niñera, y una marta le tiró fango en el ojo, de modo que al fin tuvo que mandar a buscar a un médico; sin embargo, salió corriendo y se puso a perseguir a Tom. Asimismo, la mujer irlandesa, que se dirigía a la casa para mendigar —debió de haber ido por un atajo—, tiró su fardo y también empezó a perseguir a Tom. Sólo la señora no lo persiguió, pues cuando sacó la cabeza por la ventana se le cayó la peluca de noche al jardín, así que tuvo que llamar a su criada personal y le ordenó que fuera a buscarla en secreto, lo cual la mantuvo al margen de la persecución y no fue a ninguna parte (y, por consiguiente, no tiene cabida aquí). En pocas palabras, nunca se había oído en Hall Place —ni siquiera cuando mataron al zorro en el invernadero, entre hectáreas de cristales rotos y toneladas de macetas aplastadas— un ruido como ése, un alboroto, una barahúnda, una babel, una algarabía, un estrapalucio, una trapisonda, una cencerrada y un desprecio total hacia la dignidad, el reposo y el orden, como ese día en que Grimes, el jardinero, el mozo de cuadra, la lechera, Sir John, el encargado, el labrador, el guardián y la mujer irlandesa corrieron por el jardín gritando: «¡Al ladrón!», creyendo que Tom tenía como mínimo mil

libras en joyas en sus bolsillos vacíos. Incluso las urracas y los arrendajos persiguieron a Tom, rechinando y chillando, como si fueran detrás de un zorro cuya cola ya empezara a ponerse gacha.

Durante todo ese tiempo, el pobre Tom galopaba por el jardín a toda velocidad con sus piececillos descalzos, como si fuera un pequeño gorila negro huyendo hacia la selva. Pero, ¡qué pena! Allí no había ningún padre gorila para defenderlo: para desgarrar las tripas del jardinero con una zarpa, estampar a la lechera contra un árbol con la otra y arrancarle la cabeza a Sir John con una tercera zarpa, mientras resquebrajaba el cráneo del guardián con sus colmillos con la misma facilidad con que lo haría con un coco o una losa.

Sin embargo, Tom no recordaba haber tenido un padre, así que no lo buscó; ya contaba con que tenía que cuidar de sí mismo. En cuanto a correr, podía seguir durante dos kilómetros y pico el ritmo de cualquier diligencia, si existía la posibilidad de ganarse un penique o la colilla de un puro, y sabía hacer la rueda diez veces seguidas (más de lo que tú puedes hacer). Por lo tanto, sus perseguidores lo tuvieron muy difícil para atraparlo. Esperemos que no lo atraparán.

Tom, por supuesto, fue hacia el bosque. No había estado en un bosque en toda su vida, pero era lo suficientemente avisado como para saber que podría esconderse detrás de un arbusto o trepar a un árbol y, en general, que tenía más posibilidades de escapar allí que en campo abierto. Si no hubiera sabido eso, habría sido más idiota que un ratón o que un pececillo.

No obstante, cuando entró en el bosque, pensó que era un lugar muy distinto al que había imaginado. Se metió entre una mata gruesa de rododendros y al instante se vio envuelto en una trampa. Las ramas lo tenían agarrado por las piernas y los brazos, lo azotaron en la cara y la barriga, lo obligaron a cerrar completamente los ojos (aunque no fue una gran pérdida, pues no veía a más de un metro de sus narices) y, cuando se desenredó de los rododendros, las matas de hierba y las juncias lo tumbaron y después le hicieron cortes en sus pobrecillos dedos con toda la maldad del mundo. Los abedules lo fustigaron con la misma firmeza con que lo hubiera hecho un aristócrata de Eton, incluso en la cara (algo que no es demasiado justo, como admitirían todos los chicos valientes), y las zarzas le hicieron la zancadilla y le rasgaron las espinillas como si tuvieran colmillos de tiburón (lo cual es muy posible que sea cierto).

«Tengo que salir de aquí —pensó Tom— o tendré que quedarme hasta que alguien venga a echarme una mano, que es justamente lo que no quiero.»

Pero lo difícil era encontrar la forma de salir. Sinceramente, no creo que hubiera conseguido salir: se habría quedado allí hasta que los petirrojos machos lo hubieran cubierto de hojas; sólo que, de repente, se dio con la cabeza contra un muro.

Ahora bien, darte en la cabeza contra un muro no es agradable, sobre todo si es un

muro irregular, con los ladrillos de canto, y si uno de ellos, con un borde puntiagudo, te da justo entre los ojos y te hace ver todo tipo de estrellas hermosas. Sí, claro, las estrellas son muy hermosas, mas, por desgracia, se desvanecen en una cuarta parte de una milésima de segundo y el dolor que viene después no. Así que Tom se hizo daño en la cabeza, aunque era un chico valiente y no le importó. Supuso que detrás del muro acababa la maleza, trepó por él y saltó como una ardilla.

Y allí estaba, en las grandes reservas de caza de urogallos que la gente del campo llamaba el páramo de Harthover: brezal, tremedal y roca extendiéndose a lo lejos y elevándose cada vez más hasta tocar el cielo.

Pues bien, Tom era un mozo muy listo, tan listo como un viejo ciervo de Exmoor. Y ¿por qué no? Aunque no tuviera más de diez años, había vivido más que la mayoría de ciervos y, por si fuera poco, tenía más inteligencia.

Sabía tan bien como un ciervo que, si daba marcha atrás, podrían soltar los perros. Así que lo primero que hizo cuando saltó fue girar lo más a la derecha que pudo y correr bajo el muro durante más de medio kilómetro.

De esta forma Sir John, el guardián, el encargado, el jardinero, el labrador, la lechera y todo el revuelo prosiguieron durante más de medio kilómetro justo en la dirección contraria y por la parte interior del muro, dejándolo a él a un kilómetro y medio en la parte exterior. Mientras tanto, Tom oía cómo sus gritos se apagaban en el bosque y se desternillaba de risa.

Finalmente, llegó a una hondonada, fue hasta el fondo, se alejó valientemente del muro y subió hacia el páramo, pues sabía que había puesto una colina entre él y sus enemigos y que podía continuar sin que lo vieran.

Sin embargo, la mujer irlandesa era la única del grupo que sabía qué camino había tomado Tom. Había ido delante de todos durante todo el tiempo y, sin embargo, ni andaba ni corría, sino que avanzaba con suavidad y gracia, al tiempo que sus pies se adelantaban el uno al otro tan rápidamente que no podías ver cuál iba delante. Llegó el momento en que todos se preguntaron quién era esa extraña mujer y todos estuvieron de acuerdo, a falta de algo mejor que decir, en que debía estar compinchada con Tom.

Cuando la mujer llegó a los campos, la perdieron de vista y no pudieron hacer nada más, ya que saltó el muro a hurtadillas detrás de Tom y lo siguió fuese a donde fuese. Sir John y los demás dejaron de verla, y ojos que no ven, corazón que no siente.

Ahora Tom se había adentrado en el brezal, por uno de esos páramos en los que tú te has criado, pero había rocas y piedras por todas partes y, en vez de hacerse llano a medida que subía, se hacía más y más desigual y montañoso, aunque no tan abrupto como para que el pequeño Tom no pudiera ir corriendo y le quedara tiempo para observar ese lugar tan extraño, que era como un mundo nuevo para él.

Vio grandes arañas, con coronas y cruces marcadas en sus espaldas, sentadas en el centro de las telarañas y, cuando veían venir a Tom, las sacudían tan rápido que se volvían invisibles. Luego vio lagartos marrones, grises y verdes, y creyó que eran serpientes y que lo morderían; pero estaban tan asustados como él y salieron zumbando hacia el brezal. Después, debajo de un peñasco, vio una escena muy bonita: había un gran animal marrón, con el morro afilado y una mancha blanca en la cola, rodeado por cuatro o cinco cachorrillos sucios; eran las criaturas más divertidas que Tom había visto nunca. El animal estaba recostado de cara al sol, revolcándose y estirando las patas, la cabeza y la cola, y los cachorros se le subían encima, corrían a su alrededor, le mordisqueaban las zarpas y lo zarandeaban por la cola. Parecía que se lo estaba pasando muy bien. Pero un cachorrillo individualista se escabulló de los demás y fue hacia un cuervo muerto que había cerca, llevándose a rastras para esconderlo, aunque era casi tan grande como él. En esto, todos sus hermanitos se acercaron dando gritos y vieron a Tom; entonces volvieron corriendo, la señora zorra dio un salto, agarró a uno con la boca, el resto la siguió y se metieron en una grieta oscura entre las rocas. Aquí se acabó el espectáculo.

Acto seguido, Tom tuvo un susto de muerte, pues cuando subía gateando a una cima arenosa —grrr-puf-co-co-qui-qui— algo le estalló en la cara, haciendo un ruido horrible. Pensó con espanto que el suelo había estallado y que había llegado el fin del mundo.

Cuando abrió los ojos (ya que los había cerrado completamente) descubrió que era sólo un viejo urogallo macho que se estaba lavando en la arena —como un árabe, a falta de agua— y que, cuando Tom estuvo a punto de pisarlo pegó un brinco haciendo un ruido como el de un tren expreso, dejando a su mujer y a sus hijos para que se las apañasen como un viejo cobarde, y se largó chillando: «Cu-ru-u-ucu, cu-ru-u-ucu —asesino, ladrones, fuego—, cu-ru-u-co-qui-qui —ha llegado el fin del mundo—, qui-qui-co-qui». Cuando pasaba algo que iba más allá de sus narices, siempre se imaginaba que llegaba el fin del mundo. Pero el fin del mundo no llegó, como tampoco llegó el doce de agosto, aunque el viejo urogallo estaba seguro de ello.

De modo que volvió con su mujer y su familia una hora después, y dijo solemnemente: «Co-co-qui —hijos míos, el fin del mundo no ha llegado, pero os aseguro que llegará pasado mañana— coc». Sin embargo, su mujer había oído lo mismo tan a menudo que ya se sabía la historia. Además, ella era la madre de familia y tenía que lavar y alimentar a siete pequeños urogallos cada día; eso la hacía muy práctica y algo temperamental, así que todo lo que respondió fue: «Qui-qui-qui —vete a cazar arañas, vete a cazar arañas— qui».

Entonces, Tom siguió adelante, sin apenas saber por qué, aunque le gustaba ese lugar extraño, grande y amplio, y el aire frío, fresco y tonificante. Pero avanzaba cada vez más despacio a medida que subía por la colina, pues ahora el terreno se estaba

volviendo muy feo. En lugar de hierba suave y brezo mullido, se encontró con grandes parcelas llanas de roca caliza, como pavimentos mal contruidos, con grietas profundas entre las piedras y los salientes, llenas de helechos, de modo que tuvo que brincar de piedra en piedra. De vez en cuando se resbalaba por entre las grietas y se hacía daño en sus deditos descalzos, aunque fueran considerablemente fuertes. No obstante, continuaba subiendo, sin saber por qué.

¿Qué habría dicho Tom si hubiera visto caminar por el páramo, detrás de él, precisamente a la misma mujer irlandesa que se había puesto de su parte en el camino? Pero fuera porque no miraba demasiado a menudo hacia atrás o porque se mantenía escondida detrás de las peñas y las lomas, él nunca la vio, aunque ella sí lo veía a él.

Entonces empezó a tener un poco de hambre y mucha sed, ya que había corrido durante un buen trecho, el sol estaba muy alto en el cielo, la roca ardía como un horno y sobre ella el aire bailaba en remolinos, como hace sobre un horno de cal, hasta que todo a su alrededor parecía temblar y fundirse en resplandor.

Pero no vio nada para comer por ninguna parte y menos aún para beber.

El páramo estaba lleno de arándanos y anavias que todavía estaban en flor, pues era junio. En cuanto al agua, ¿quién puede encontrarla en la cima de un alto de roca caliza? De vez en cuando, pasaba por socavones que se hundían a su lado, tierra adentro, como si fueran las chimeneas de las casas subterráneas de unos enanos y, más de una vez, al pasar por el lado, podía oír el agua cómo caía, se escurría y tintineaba a muchos metros de profundidad. ¡Cómo anhelaba bajar hasta allí y refrescar sus pobres labios reseco! Pero, aunque era un valiente deshollinador, no se atrevía a bajar por unas chimeneas como aquéllas.

De modo que siguió adelante, hasta que su cabeza dio vueltas debido al calor, y creyó oír las campanas de una iglesia repicando muy a lo lejos.

«¡Ah! —pensó—, donde haya una iglesia habrá casas y gente, y quizás alguien me dará un bocado y un trago.» Así que prosiguió la marcha para buscar la iglesia, pues estaba seguro de haber oído las campanas con claridad.

Al cabo de un minuto, cuando miró a su alrededor, se paró otra vez y dijo: «¡Caray, qué sitio más grande es el mundo!»

Y así era, porque desde la cima de la montaña podía ver... ¿Qué no podía ver?

Detrás de él, muy abajo, estaban Harthover, el oscuro bosque y el brillante río de salmones; a su izquierda, muy abajo, se encontraban la ciudad y las chimeneas humeantes de las minas de carbón; y lejos, muy a lo lejos, el río se ensanchaba hasta llegar al mar brillante y en su regazo yacían unas manchitas blancas, que eran barcos. Frente a él se extendían grandes llanuras, granjas y pueblos, esparcidos como en un mapa, entre oscuros grupos de árboles. Todo parecía que estaba justo a sus pies, pero sus sentidos le hicieron ver que estaba a muchísimos kilómetros de distancia.

A su derecha, se elevaban páramo tras páramo, cerro tras cerro, hasta que se desvanecían, azules, en el cielo azul. Pero entre él y esos páramos, justo a sus pies, descubrió un sitio al que, con sólo verlo, decidió dirigirse, pues le pareció el lugar idóneo para él.

Era un valle rocoso y angosto, de un verde muy, muy profundo, y muy boscoso. No obstante, a través del bosque, a cientos de metros bajo sus pies, distinguió un arroyo cristalino. «¡Ay, ojalá pudiera bajar hasta ese arroyo!» Entonces, junto al arroyo, vio el tejado de una casa de campo y un pequeño jardín dispuesto en cuadros y bancales. Había una cosita diminuta de color rojo moviéndose por el jardín; no era más grande que una mosca.

Cuando Tom miró hacia abajo, advirtió que se trataba de una mujer vestida con una falda roja. ¡Ah! Quizá le daría algo de comer. Y ahí estaban las campanas de la iglesia, repicando otra vez. Seguro que había un pueblo allí abajo. Bueno, nadie lo conocería, ni sabría lo que había ocurrido en la Villa. Las noticias aún no podían haber llegado allí, ni siquiera aunque Sir John hubiera ordenado a todos los policías del condado que fueran en su busca. Bajaría hasta el pueblo en cinco minutos.

Había acertado en lo de que el revuelo aún no habría llegado allí, porque había caminado, sin saberlo, casi dieciséis kilómetros desde Harthover; pero estaba equivocado en lo de bajar en cinco minutos, pues la casa estaba a casi dos kilómetros de distancia y a unos buenos trescientos metros de desnivel.

No obstante, bajó como un hombrecillo valiente, aunque los pies le dolieran mucho, estuviera cansado y tuviera hambre y sed. Mientras tanto, las campanas de la iglesia repicaban tan alto que empezó a pensar que debían estar dentro de su cabeza. Además, el río tintineaba y murmuraba a lo lejos. Ésta era la canción que cantaba:

Límpido y fresco, límpido y fresco,
por risueños bajíos y remansos de sueño;
fresco y límpido, fresco y límpido,
por espumosas presas y guijarros fúlgidos;
bajo el canto del mirlo en el risco de piedra,
y el repicar de las campanas en el muro de hiedra,
impoluto, para los impolutos;
retozad junto a mí, baños en mí, madre e hijo.
Húmedo y turbio, húmedo y turbio,
por humeantes ciudades, de sombreretes sucios;
turbio y húmedo, turbio y húmedo,
por embarcaderos, cloacas y márgenes fétidos;
más y más oscuro a medida que avanzo,
más y más degradado a medida que enriquezco;

¿quién se atreve a retozar con algo poluto de pecado?
Apartaos de mí, alejaos de mí, madre e hijo.
Fuerte y libre, fuerte y libre,
mar adentro, la esclusa se abre,
libre y fuerte, libre y fuerte,
voy fluyendo y limpio mi corriente,
hacia la lubina saltarina y la arena dorada,
y la ola sin mácula, que me espera alejada.
Mientras me pierdo en el océano infinito,
como un alma que ha pecado y que es redimida.
Impoluto, para los impolutos;
retozad junto a mí, bañaos en mí, madre e hijo.

Así pues, Tom bajó, y en ningún momento se percató de que la mujer irlandesa iba bajando detrás de él.

CAPÍTULO II

*¿Y hay abrigo en el cielo? ¿Y hay amor
en los espíritus celestiales que pueda levantar
compasión en la maldad de estas criaturas viles?
Sí, lo hay; incluso si los hombres fueran más miserables
que las bestias: ¡qué gracia
más extrema la del gran Dios, que tanto ama a Sus criaturas,
que abraza todas Sus obras con clemencia
y que envía aquí y allá a Ángeles benditos
para servir al hombre malvado, para servir a Sus perversos enemigos!*

SPENSER

A un kilómetro y medio y a trescientos metros de desnivel.

Finalmente, Tom llegó, aunque parecía que la espalda de la mujer vestida con la falda roja que desmalezaba el jardín o incluso las rocas de más allá estaban a tiro de piedra, pues el valle tenía la anchura de un campo y, al otro lado, bajaba el arroyo. Por encima de éste, el peñasco gris, el cerro gris, la escalera gris y el páramo gris se elevaban como un muro hacia el cielo.

Era un lugar tranquilo, silencioso, rico y feliz; una grieta angosta tallada en las profundidades de la tierra, tan honda y tan apartada que los demonios malvados apenas pueden hallarla. El lugar se llama Vendale. Si quieres verlo tú mismo, tendrás que ir hasta High Craven y buscarlo desde el bosque de Bolland hacia el norte, pasando por Ingleborough, en dirección a Nine Standards y el páramo de Cross. Si no lo encuentras, tendrás que dirigirte hacia el sur y buscar la sierra de las Montañas de los Lagos, bajando hacia el páramo de Scaw y el mar. Y si tampoco lo encuentras, tendrás que volver hacia el norte pasando por Carlisle —tierra vivaz— y buscar los Cheviots por todas partes, desde Annan Water hasta Berwick Law. Entonces, tanto si encuentras Vendale como si no, habrás topado con un país y una gente que deberían hacerte sentir orgulloso de ser británico.

De este modo, Tom empezó a bajar. Primero descendió cien metros por un brezal muy empinado, mezclado con piedra de afilar marrón, poco compacta y dura como una lima, que no resultaba precisamente agradable para sus pobres talones mientras bajaba por la pendiente, dando tumbos, brincos y pasos firmes. Tom continuaba pensando que podía lanzar una piedra hasta el jardín.

Luego descendió cien metros por terrazas de piedra caliza, situadas una debajo de

la otra, tan rectas como si un carpintero las hubiera trazado con la regla y luego las hubiera cortado con el cincel. Allí no había brezal, sino una pequeña cuesta con hierba, cubierta con las flores más hermosas, como jara y saxífraga, tomillo y albahaca, y todo tipo de plantas de dulce aroma.

A continuación saltó un escalón de piedra caliza de casi un metro.

Después encontró otro trozo de hierba y flores.

Acto seguido saltó un escalón de medio metro.

De nuevo halló otro trozo de hierba y flores, de cuarenta metros, empinado como el tejado de la casa por el que había tenido que deslizar su querido trasero.

Luego encontró otro escalón de piedra, de tres metros y pico. Allí tuvo que pararse y arrastrarse por el borde para encontrar una grieta, pues si se hubiera tirado, habría ido a parar justo al jardín de la anciana y le habría dado un susto de muerte.

Después de encontrar una grieta oscura y estrecha, llena de helecho de tallo verde —como el que cuelga de la cesta del salón—, y deslizarse por ella usando las rodillas y los codos, como lo haría por una chimenea, llegó a otra cuesta con hierba y a otro escalón, y así sucesivamente, hasta... ¡Dios mío!, ojalá acabe ya todo esto; y él pensaba lo mismo. Sin embargo, creía que el jardín de la anciana estaba a tiro de piedra.

Finalmente llegó a un talud con unos arbustos muy hermosos: el mostellar —con sus grandes hojas de reverso plateado—, el serbal y el roble. Abajo había un acantilado y un peñasco con grandes bancales de helechos y juncias silvestres; además, a través de los arbustos, podía ver centellear el arroyo y oír su murmullo sobre los blancos guijarros. No sabía que estaba a cien metros de desnivel.

Tú quizá sentirías vértigo al mirar hacia abajo, pero Tom no lo sintió. Él era un deshollinador muy valiente y, cuando se encontró en la cima de un acantilado alto, en lugar de quedarse sentado y llorar por su mamá (aunque nunca tuvo una mamá por quien llorar), se dijo: «¡Ah, esto me va bien!», a pesar de que estaba muy cansado. Bajó por troncos y por piedras, por juncias y por salientes, por matas y por juncos, como si fuera un simpático monito negro de nacimiento, con cuatro manos en lugar de dos.

Y en ningún momento advirtió que la mujer irlandesa iba bajando detrás de él.

Sin embargo, ahora se estaba cansando una barbaridad. El sol abrasador del páramo lo había agotado, aunque el calor húmedo de los peñascos boscosos lo agotaba todavía más. Transpiraba por la punta de los dedos de las manos y de los pies, y se quedó más limpio de lo que había estado en todo un año. Pero claro, al bajar, lo iba ensuciando todo terriblemente. Desde entonces hay un gran tiznajo negro a lo largo del peñasco. Y nunca antes había habido tantos escarabajos negros en Vendale como a partir de aquel día. Es evidente que la causa fue que Tom ennegreció al papá original justo en el momento en que iba a casarse, vestido con una chaqueta

azul cielo y leotardos escarlata; igual de elegante que el perro de un jardinero llevando una prímula en la boca.

Finalmente llegó abajo. Pero, mira por dónde, no estaba abajo del todo —tal y como normalmente se encuentra la gente cuando baja una montaña, pues al pie del peñasco había montones y montones de piedra caliza despeñada de todos los tamaños, algunos de la medida de tu cabeza y otros grandes como una diligencia. Entre ellas había huecos llenos de dulce helecho del páramo y, antes de que Tom acabara de pasarlos, volvió a encontrarse a plena luz del sol. Entonces sintió, de una vez por todas y de repente —como le ocurre generalmente a la gente— que estaba r-e-n-d-i-d-o, rendido.

Debes tener en cuenta, chiquitín, que vas a estar rendido unas cuantas veces en tu vida, si llevas una vida como la que debe llevar un hombre, aunque seas muy fuerte y sano. Y cuando lo estés, te parecerá una sensación muy fea. Espero que ese día tengas a un amigo firme y tenaz a tu lado que no esté rendido; porque si no lo tienes, es mejor que te quedes donde estés y esperes a que lleguen mejores tiempos, como hizo el pobre Tom.

No podía seguir. El sol abrasaba y, no obstante, se sentía totalmente gélido. Estaba hambriento y, sin embargo, se creía muy enfermo. Distaban tan sólo doscientos metros de suaves pastos entre él y la casa de campo pero, a pesar de ello, no podía andar hasta allí. Oía el murmullo del arroyo sólo un campo más allá y, sin embargo, le parecía como si estuviera a ciento cincuenta kilómetros.

Se echó sobre la hierba hasta que los escarabajos se le subieron encima y las moscas se posaron sobre su nariz. No sé cuándo se habría vuelto a levantar, si no hubiera sido porque todo tipo de mosquitos se compadecieron de él. Unos cuantos tocaron sus trompetas tan alto en sus oídos y otros le mordisquearon tanto las manos y la cara —allí donde podían hallar un espacio libre de hollín— que finalmente se despertó y cayó a trompicones por un pequeño muro, hacia un camino estrecho, hasta dar con la puerta de la casa.

¡Vaya si era una casa bonita y cuidada! Tenía setos de tejo podados alrededor de todo el jardín —y también en la parte interior— cortados en forma de pavo real, trompetas, teteras y todo tipo de siluetas raras. De la puerta abierta llegaba un ruido como el de las ranas de la Gran A (un terreno triangular de Eversley con un sendero en el centro como la barra de la letra A), cuando anuncian que al día siguiente va a hacer un calor achicharrante y ni yo, ni tú, ni nadie, tenemos la menor idea de cómo lo saben.

Tom se acercó despacio a la puerta abierta, que estaba toda adornada con clemátides y rosas, y luego echó una ojeada, medio asustado.

Junto al hogar vacío, repleto con un jarro de hierbas de dulce aroma, estaba sentada la anciana más hermosa que se haya visto jamás, vestida con una falda roja,

un camisón corto de cotonada y un gorro blanco y limpio, cubierto con un pañuelo de seda negro, que llevaba atado por debajo de la barbilla. A sus pies estaba echado el abuelo de todos los gatos y frente a ella se encontraban, sentados en dos bancos, doce o catorce chiquillos limpios, sonrosados y rechonchos, que aprendían el abecedario y armaban un buen barullo.

¡Qué casita más agradable! El suelo de piedra estaba reluciente y limpio. Había unos grabados antiguos muy curiosos en las paredes, un viejo aparador negro, de roble, lleno de brillantes platos de peltre y de bronce, y un reloj de cuco en la esquina, que empezó a sonar cuando Tom apareció. No es que Tom lo hubiera asustado, tan sólo anunciaba las once en punto.

Todos los niños se sobresaltaron al ver la figura negra y sucia de Tom: las niñas empezaron a llorar y los niños empezaron a reír, y todos lo señalaron muy groseramente, aunque Tom estaba demasiado cansado para que eso le importara.

—¿Quién eres y qué quieres? —gritó la anciana—. ¡Un deshollinador! ¡Fuera! Aquí no quiero deshollinadores.

—Agua —imploró el pobrecillo Tom, muy débil.

—¿Agua? Hay toda la que quieras en el arroyo —dijo ella, muy áspera.

—Pero no puedo llegar hasta allí, estoy muerto de hambre y de sed —y se desplomó en el umbral, apoyando la cabeza sobre el buzón.

La anciana lo examinó a través de sus gafas durante un minuto... dos... tres... y luego dijo:

—Está enfermo y un niño es un niño, sea deshollinador o no.

—Agua —pidió Tom.

—¡Dios me perdone! —y guardó las gafas, se levantó y se acercó al muchacho—. El agua no te va a hacer bien; te daré leche.

Se fue, arrastrando los pies, a la habitación contigua y trajo un vaso de leche y un trocito de pan.

Tom se bebió la leche de un trago y luego levantó la vista, reanimado.

—¿De dónde vienes? —inquirió la anciana.

—Del páramo, ahí arriba —dijo Tom, y apuntó hacia el cielo.

—¿De Harthover? ¿Y has bajado por el peñasco de Lewthwaite? ¿Estás seguro de que no mientes?

—¿Por qué tendría que mentir? —respondió Tom, y apoyó la cabeza sobre el poste.

—¿Y cómo llegaste hasta allí?

—Venía de la Villa —Tom estaba tan cansado y desesperado que no tuvo ni los ánimos ni el tiempo para inventarse una historia, de modo que contó toda la verdad en unas cuantas palabras.

—¡Bendito seas! ¿Y no has robado nada, entonces?

—No.

—¡Bendito seas!, no lo dudo. ¡Ángela María, Dios ha guiado al niño porque era inocente! ¡Se ha ido de la Villa, ha atravesado el páramo de Harthover y ha bajado por el peñasco de Lewthwaite! ¿Cómo sería posible algo así, si Dios no lo hubiera guiado? ¿Por qué no te comes el pan?

—No puedo.

—Está bueno, lo he hecho yo misma.

—No puedo —aseguró Tom, y apoyó la cabeza sobre las rodillas y luego preguntó—: ¿Es domingo?

—Pues no. ¿Por qué tendría que serlo?

—Porque oigo repicar las campanas de la iglesia, como en domingo.

—¡Bendito sea el cielo! El niño está enfermo. Ven conmigo, que te instalaré en alguna parte. Si estuvieras un poco más limpio, te pondría en mi cama, por el amor de Dios. Ven, ven por aquí.

Pero cuando Tom intentó levantarse, estaba tan cansado y mareado que ella tuvo que ayudarlo y llevarlo.

Lo instaló en una cabaña anexa, sobre la suave y dulce paja y sobre una alfombra vieja; le pidió que descansara de su caminata, que se durmiera; y le explicó que volvería para verlo cuando terminara la escuela, en una hora.

Así pues, volvió dentro, esperando que Tom se durmiera profundamente y al instante.

Pero Tom no se durmió profundamente.

En lugar de eso, no paró de dar vueltas a uno y otro lado y de dar patadas de una forma rarísima. Sentía tanto calor por todo el cuerpo que tuvo el deseo de meterse en el río y refrescarse. Entonces se medio durmió y soñó que oía a la pequeña dama de blanco gritándole: «¡Uy, qué sucio estás! ¡Ve a lavarte!». Después, que oía a la mujer irlandesa diciendo: «Los que quieran estar limpios, limpios estarán». Luego oyó las campanas de la iglesia repicar tan fuerte y tan cerca que se convenció de que tenía que ser domingo, a pesar de lo que la anciana había dicho. Iría a la iglesia a ver cómo es una iglesia por dentro, pues el pobrecillo no había entrado en ninguna en toda su vida. Pero la gente no lo dejaría entrar si estaba lleno de hollín y suciedad. Antes tendría que ir al río a lavarse. Y decía en voz alta una y otra vez, aunque al estar medio dormido no se daba cuenta:

—Tengo que estar limpio, tengo que estar limpio.

Y, de pronto, se encontró no sobre la paja en la cabaña anexa, sino en medio de un prado, sobre el camino, con el arroyo justo enfrente, diciendo continuamente: «Tengo que estar limpio, tengo que estar limpio». Había llegado hasta allí con sus propias piernas, medio dormido y medio despierto, como hacen a menudo los niños que salen de la cama y dan vueltas por la habitación cuando no se encuentran muy bien. No

obstante, no estaba nada sorprendido y continuó hasta la orilla del arroyo, se echó sobre la hierba y miró dentro del agua de piedra caliza, transparente, muy transparente, con todos los guijarros en el fondo, brillantes y limpios, mientras las pequeñas truchas plateadas salían disparadas del susto al ver su negra cara. Tom se mojó la mano y encontró el agua fría, fría, fría, y se dijo: «Voy a ser un pez, voy a nadar en el agua, tengo que estar limpio, tengo que estar limpio».

Así que se quitó toda la ropa con tanto apremio que rasgó alguna pieza (lo cual era muy fácil con esos harapos viejos). Sumergió sus pobres pies doloridos en el agua, y luego las piernas, y cuanto más se adentraba, más repicaban las campanas de la iglesia en su cabeza.

«Uy —se dijo Tom—, tengo que ir rápido y lavarme; ahora las campanas repican muy alto y pronto van a parar, y entonces van a cerrar la puerta y seguro que no voy a poder entrar.»

Tom estaba equivocado, ya que en Inglaterra las puertas de las iglesias se dejan abiertas durante toda la misa para todo aquel que quiera entrar, ya sea feligrés anglicano o disidente: turco o pagano. Y si un hombre se atreviera a echarlo —siempre y cuando se comportara discretamente— la gran ley inglesa castigaría merecidamente a ese hombre por haber expulsado a una persona apacible de la casa de Dios, que nos pertenece a todos por igual. Pero Tom no lo sabía, como tampoco sabía muchas otras cosas que la gente debería saber.

Y en ningún momento advirtió la presencia de la mujer irlandesa, que esta vez no estaba detrás de él, sino enfrente.

Porque justo antes de acercarse a la orilla del río, ella se había metido en el agua fría y transparente; entonces, su chal y su falda se fueron flotando corriente abajo, mientras las verdes plantas acuáticas flotaban a su alrededor y los nenúfares blancos rodeaban su cabeza. De pronto, las hadas del arroyo surgieron del fondo y se la llevaron en brazos, pues era la reina de todas ellas y quizá de muchas más.

—¿Dónde has estado? —le preguntaron las hadas.

—He estado aliviando la almohada de personas enfermas y murmurando dulces sueños a sus oídos; y abriendo las ventanas de las casas de campo, para dejar salir el aire sofocante; y llevándome a los chiquillos de las cloacas y de las charcas sucias, donde se reproducen las epidemias; y alejando a las mujeres de las puertas de las tabernas y también frenando las manos de los hombres que pegan a sus mujeres; y haciendo todo lo posible para controlar a los que no se controlan. Y aunque eso es poco, es una tarea cansada para mí. Pero os he traído a un nuevo hermanito, lo he protegido durante todo el camino hasta aquí.

Entonces, al descubrir que había llegado un nuevo hermanito, todas las hadas rieron de alegría.

—Pero cuidado, doncellas, no os debe ver ni debe saber que estáis aquí. Ahora no

es más que un incivilizado, como las bestias que sucumben, y de las bestias que sucumben debe aprender. Así que no debéis jugar con él, ni hablar con él, ni dejar que os vea; sólo aseguraos de que no sufra ningún daño.

Entonces las hadas se pusieron tristes porque no podían jugar con su nuevo hermanito; sin embargo, siempre hacían lo que les mandaban.

Después, su reina se alejó flotando por el río hacia el lugar de donde había venido. Pero claro, todo esto Tom ni lo vio ni lo oyó; y quizá, si lo hubiera visto u oído, nada de esta historia habría cambiado, pues tenía tanto calor y sed, y deseaba tanto estar limpio de una vez, que se zambulló tan rápido como pudo en el arroyo frío y transparente.

Dos minutos después de entrar en el agua, se durmió profundamente y tuvo el sueño más tranquilo, alegre y apacible de toda su vida. Soñó con los prados verdes por los que había andado esa mañana, los altos olmos, las vacas durmiendo y, después de eso, ya no soñó nada de nada.

La razón por la que cayó en un sueño tan delicioso es muy simple y, sin embargo, casi nadie la ha averiguado: las hadas simplemente se lo llevaron.

Hay quien cree que las hadas no existen. Eso es lo que el Primo Cramchild dice a los chiquillos en sus *Conversaciones*. Bueno, quizá no existan... en Boston, Estados Unidos, donde él creció. Allí sólo hay una pandilla de espíritus torpes, incapaces de hacer que las personas escuchen sin pegar un puñetazo en la mesa: pero se ganan la vida así y supongo que no quieren nada más que eso. La Tía Agitate, en sus *Razonamientos sobre economía política*, también afirma que no existen. Bueno, quizá no existan... en su economía política. Pero éste es un mundo muy grande, muchacho—gracias a Dios, pues si no, entre miriñaques y teorías, a algunos de nosotros nos aplastarían—, y hay mucho sitio para las hadas, aunque la gente no las vea; a menos que, claro, miren en el lugar adecuado. Verás, las cosas más maravillosas y poderosas del mundo son precisamente las cosas que nadie puede ver. Hay vida en ti, y esa vida en ti es lo que te hace crecer y moverte y pensar; y, sin embargo, no la puedes ver. Hay vapor en una máquina de vapor, y eso es lo que la hace moverse; y, no obstante, no lo puedes ver. Así que puede que haya hadas en el mundo y puede que sean ellas justamente las que hacen que el mundo gire al compás de la vieja melodía de:

*C'est l'amour, l'amour, l'amour
Qui fait le monde a la ronde*

Y, sin embargo, nadie puede verlas, salvo aquellos cuyos corazones giren al compás de la misma melodía. En cualquier caso, haremos creer que hay hadas en el mundo. No será la última vez que tendremos que hacer que muchas personas crean. Y, no obstante, no hay ninguna necesidad de ello. Las hadas tienen que existir, dado

que éste es un cuento de hadas. Y ¿cómo se podría contar un cuento de hadas si las hadas no existieran?

¿Encuentras la lógica a esto? Quizá no. Entonces no te molestes en buscar la lógica a un montón de razonamientos similares a éste, ya que los vas a oír antes de que te salgan canas en la barba.

La amable anciana volvió a las doce, al finalizar la escuela, para ver a Tom; pero allí ya no había ningún Tom. Echó un vistazo para ver si encontraba sus huellas, pero el suelo era tan duro que no había ni rastro, como dicen en mi querido North Devon. Y si, cuando crezcas, te conviertes en un hombre valiente y sano, puede que algún día sepas lo que significa «ni rastro» y puede que también sepas —espero— lo que significa un rastro (un rastro ancho, de zarpas robustas, que hace que, al verlo, un hombre apague el puro, apriete los dientes y ciña la cincha). Espero que sepas lo que significa «cuernas», si las tiene, y que identifiques las primarias, las secundarias, las terciarias y las puntas; y que veas algo que valga la pena ver entre el bosque de Haddon y el acantilado de Countisbury, junto al señor Palk Collyns, el cazador de ciervos, para que te marque el camino y te cure los huesos tan pronto como te los hayas hecho añicos. Sólo que, cuando ese alegre día llegue, por favor, no te rompas el pescuezo empantanándote en un lodazal en el que confío no vas a meterte, pues eres hombre de brezal, tanto de crianza como de nacimiento.

De esta manera, la anciana volvió a entrar bastante enfurruñada, creyendo que el pequeño Tom la había engañado con una historia falsa y había fingido estar enfermo, y que luego se había marchado.

Sin embargo, al día siguiente cambió de opinión. Porque cuando Sir John y los demás ya habían corrido hasta perder el aliento y perder a Tom, regresaron con cara de tontos.

Y se les acentuó la cara de tontos cuando Sir John supo más cosas acerca de la historia, gracias a la niñera; y aún más cara de tontos cuando la señorita Ellie, la pequeña dama de blanco, les contó lo ocurrido. Todo lo que había visto era a un pobrecillo deshollinador, todo negro, que llorando y sollozando volvía hacia la chimenea. Por supuesto, se asustó enormemente (y no me extraña). Pero eso fue todo. El chico no se había llevado nada de la habitación; por las marcas de sus piecillos cubiertos de hollín, pudieron ver que no pasó de la alfombra del hogar hasta que la niñera lo sujetó. Todo había sido un error.

Así que Sir John le dijo a Grimes que se fuera a casa y le prometió cinco chelines si le traía al chico pacíficamente, sin pegarle, para poder estar seguro de cuál era la verdad. Porque daba por sentado, y Grimes también, que Tom se había ido a casa.

Pero esa noche Tom no volvió a casa del señor Grimes, así que éste fue a la comisaría de policía para decirles que buscaran al chico. Aunque allí no se sabía nada de ningún Tom. En cuanto a que se hubiera adentrado por esos grandes páramos,

hacia Vendale, no se les ocurrió pensarlo, pues era como pensar en la posibilidad de que se hubiera ido a la Luna.

De modo que al día siguiente el señor Grimes se dirigió a Harthover con una cara muy agria; pero cuando llegó allí, Sir John se había ido al monte, muy lejos, y tuvo que quedarse sentado todo el día en la sala de los criados de exterior y beber cerveza fuerte para ahogar sus penas (que ahogó mucho antes de que Sir John volviera).

Pues el bueno de Sir John había dormido muy mal esa noche y le dijo a su esposa:

—Querida, el chico debe haber huido hacia los páramos de los urogallos y debe haberse perdido; el pobrecillo me pesa mucho en la conciencia. Ya sé lo que haré.

Se levantó a las cinco de la mañana y se metió en la bañera, se enfundó en su chaqueta de caza y en sus polainas, y entró en el patio de las cuadras, como un buen caballero inglés tradicional, con la cara roja como una rosa, la mano dura como una mesa y la espalda ancha como la de un buey. Ordenó que le trajeran su poni de caza y que el guardián también montara en el suyo, igual que el cazador, el perrero y el ayudante del perrero; y que el ayudante del guardián trajera al sabueso atraillado (un gran perro, alto como un ternero, del color de un camino de gravilla, con las orejas y el hocico caobas y una garganta como la campana de una iglesia). Lo llevaron hasta el lugar donde Tom se había adentrado en el bosque y, allí, el perro levantó su poderosa voz y les dijo todo lo que sabía.

Entonces los condujo hasta el punto por donde Tom había empezado a trepar el muro; lo derribaron y pasaron todos.

Luego, el espabilado perro los llevó hasta el brezal y el páramo paso a paso, muy despacio, pues verás, el rastro del día anterior era muy tenue a causa del calor y la sequedad. Pero fue por eso que el viejo y astuto Sir John se levantó a las cinco de la mañana.

Finalmente, el perro llegó a la cima del peñasco de Lewthwaite, aulló y los miró a la cara como diciendo: «¡Os digo que ha bajado por aquí!».

No podían creer que Tom hubiera llegado tan lejos y, cuando miraron abajo por ese espantoso acantilado, no pudieron creer que se hubiera atrevido a plantarle cara. Pero si el perro decía que sí, tenía que ser verdad.

—¡Dios nos perdone! —dijo Sir John—. Si lo encontramos, estará tendido en el fondo. —Se dio un golpe con su manaza en su gran muslo y preguntó—: ¿Quién bajará por el peñasco de Lewthwaite para ver si ese muchacho está vivo? ¡Ojalá fuera veinte años más joven, porque iría yo mismo!

Y así lo habría hecho tan bien como cualquier deshollinador del condado. Luego anunció:

—¡Daré veinte libras al hombre que me traiga vivo a ese chico! —Y tal como era habitual en él, tenía la intención de cumplir lo que ofrecía.

Pues bien, entre ellos había un pequeño mozo de cuadra. Era realmente un mozo

de cuadra muy pequeño, el mismo que había ido hasta la plazoleta y le había dicho a Tom que vinieran al Hall, y ahora replicó:

—Nada de veinte libras. Si es por el pobre muchacho, yo bajo por el peñasco de Lewthwaite, pues nunca ha habido un deshollinador tan educado como él.

Y empezó a bajar por el peñasco de Lewthwaite: en la cima era un mozo de cuadra muy elegante, pero al llegar abajo se había transformado en uno muy estropeado, pues se rasgó las polainas, se desgarró los bombachos, se hizo jirones la chaqueta, se rompió los tirantes, se estropeó las botas, extravió el sombrero y, lo peor de todo, perdió el alfiler de la camisa, que apreciaba muchísimo, porque era de oro y lo había ganado en una rifa en Malton. En la parte superior del alfiler se distinguía una figura de la vieja y noble yegua Beeswing, real como la vida misma, así que fue una pérdida realmente grande. Y, a pesar de todo, el mozo nunca llegó a ver a Tom.

Mientras tanto, Sir John y los demás dieron un rodeo de casi cinco kilómetros hacia la derecha y retrocedieron otra vez para entrar en Vendale y acercarse al pie del peñasco.

Cuando llegaron a la escuela de la anciana, todos los niños salieron para ver qué pasaba. La anciana también salió y, cuando vio a Sir John, se inclinó mucho para hacerle una reverencia, pues era arrendataria suya.

—¿Cómo está la señora? —inquirió Sir John.

—Dios le bendiga tanto como la anchura que tiene su espalda, Harthover —le respondió ella. No lo llamaba Sir John, sino tan sólo Harthover, pues ésa es la costumbre en el norte de Inglaterra—. Bienvenido a Vendale. Pero ¿no estará cazando zorros en esta época del año, verdad?

—Estoy cazando y además se trata de un venado muy extraño —dijo Sir John.

—Que Dios le bendiga el corazón. ¿Y qué es lo que hace que tenga una cara tan triste esta mañana?

—Estoy buscando a un niño que se ha perdido; es un deshollinador que se ha escapado.

—Ay, Harthover, Harthover —dijo ella—, siempre ha sido un hombre justo y compasivo. No hará daño al pobre muchachito si le doy noticias sobre él, ¿verdad?

—Claro que no, señora. Me temo que lo hemos perseguido desde la casa por un miserable error. El perro lo ha seguido hasta la cima del peñasco de Lewthwaite y...

Al decir eso, la anciana rompió a llorar, sin dejarle acabar la historia.

—¡Así que, después de todo, me contó la verdad! ¡Pobrecito mío! Ay, los primeros pensamientos son los que valen y, de escucharlos, el corazón los guiará por el buen camino. —Y entonces se lo contó todo a Sir John.

—Traedme aquí al perro para que siga la pista —dijo Sir John, sin añadir nada más, y apretó los dientes con fuerza.

El perro arrancó a correr al instante, fue hasta la parte trasera de la casa, cruzó el

camino, el prado y un bosquecillo de alisos; allí, sobre la cepa de un aliso, vieron tendida la ropa de Tom. Entonces supieron todo lo que había que saber. ¿Y Tom?

¡Ah! Ahora viene la parte más maravillosa de esta fantástica historia. Cuando Tom se despertó, pues evidentemente se despertó —los niños siempre se despiertan después de haber dormido exactamente el tiempo que les conviene—, se encontró nadando en el arroyo y con diez centímetros de estatura (o, para ser más preciso, 9,85271 cm) y alrededor de la región parótida de sus fauces descubrió un conjunto de branquias externas (espero que entiendas todas las palabras rimbombantes) como las de un tritón lechal. Las confundió con un volante de encaje hasta que les dio un tirón y vio que se hacía daño, por eso llegó a la conclusión de que formaban parte de su cuerpo y de que sería mejor no tocarlas.

De hecho, las hadas lo habían convertido en un niño del agua. ¿Un niño del agua? Tal vez nunca hayas oído hablar de un niño del agua. Justamente por eso se escribió esta historia. Hay muchísimas cosas en el mundo de las que nunca has oído hablar y muchísimas más de las que nunca nadie ha oído hablar, y también innumerables cosas de las que nunca nadie va a oír hablar, al menos hasta que lleguen las Cocqcigrués, cuando el hombre sea la medida de todas las cosas.

—Pero los niños del agua no existen.

Y ¿cómo lo sabes? ¿Has estado allí para verlo? Y aunque hubieras estado allí para verlo y no hubieras visto a ninguno, eso no probaría que no existen. Si el señor Garth no encuentra algún zorro en el bosque de Eversley —tal como la gente teme que pasará—, eso no quiere decir que allí no haya zorros. Así como el bosque de Eversley es a todos los bosques de Inglaterra, las aguas que conocemos son a todas las aguas del mundo. Y nadie tiene derecho a afirmar que los niños del agua no existen hasta que haya visto que los niños del agua no existen, lo cual es muy distinto, fíjate bien, a no haber visto a ningún niño del agua. Además, es algo que nadie ha visto o, quizá, que nunca verá.

—Pero seguro que si los niños del agua existieran, alguien habría encontrado por lo menos uno, ¿no?

Bueno. Y ¿cómo sabes que nadie ha encontrado ninguno?

—Porque lo habrían puesto en alcohol o habría salido en el *Illustrated News* o quizá lo habrían partido en dos, al pobrecillo, y habrían mandado una mitad al profesor Owen y la otra al profesor Huxley para ver qué diría cada uno de ellos.

¡Ay, pequeño! Pero no necesariamente se deduce eso, tal como verás antes de que esta historia termine.

—Es que un niño del agua va en contra de la naturaleza.

Bueno. Pero, chiquitín, cuando seas mayor tienes que aprender a decir esas cosas de un modo muy distinto. No debes decir «no existe» ni «imposible» cuando hables de este maravilloso mundo que te rodea, del cual hasta el más sabio de los hombres

solamente conoce la esquina más diminuta y, como dijo el de la caza local, la cual adoptó su nombre en 1842, el gran Sir Isaac Newton, no es más que un niño cogiendo guijarros a la orilla de un océano ilimitado.

No debes decir que tal cosa no existe o que tal otra va en contra de la naturaleza. No sabes qué es la naturaleza, ni de lo que es capaz, ni nadie lo sabe, ni siquiera Sir Roderick Murchison, el profesor Owen, el profesor Sedgwick, el profesor Huxley, el señor Darwin, el profesor Faraday, el señor Grove, ni ninguno de los grandes hombres a quienes a los buenos chicos se les enseña que han de respetar. Son hombres muy sabios y debes escuchar respetuosamente todo lo que digan. Incluso si dijeran, lo cual estoy seguro que nunca harían, que «es imposible que tal cosa exista, que va en contra de la naturaleza», debes esperar un poco y pensarlo, pues puede que hasta ellos se equivoquen. Los únicos que hablan de «es imposible que exista» o «va en contra de la naturaleza» son los niños que leen los *Razonamientos* de la Tía Agitate o las *Conversaciones* del Primo Cramchild, o los tipos que van a conferencias populares y atienden a un hombre que señala unos cuantos dibujos feos sobre la pared o huele con muy mal gusto botellitas y chorlitos, durante una hora o dos, cualificando eso de anatomía o química. A los hombres sabios les asusta afirmar que exista algo que vaya en contra de la naturaleza, salvo si se opone a una verdad matemática, pues dos más dos no pueden ser cinco, dos líneas rectas no se pueden cruzar dos veces y una parte no puede ser igual de grande que el todo, y así sucesivamente (al menos, de momento así lo parece). Sin embargo, cuanto más sabios son los hombres, menos hablan de «imposible». Ese «imposible» es una palabra muy arriesgada y peligrosa, y si las personas la usan demasiado a menudo, la reina de todas las hadas, la que hace que las nubes truenen y las pulgas piquen, y se esmera para que lo hagan, es capaz de asombrarlas repentinamente con sólo demostrarles que, aunque digan que no son capaces sí que lo son. Es más, lo hará les guste o no.

De ello se desprende que habríamos asegurado que hay docenas y cientos de cosas en el mundo que van en contra de la naturaleza, si no las hubiéramos visto acontecer ante nuestros ojos a lo largo del día. Si la gente no hubiera visto nunca cómo las pequeñas semillas crecen hasta convertirse en grandes plantas y árboles, con una configuración muy distinta de aquéllas, y cómo estos árboles vuelven a producir semillas frescas, para, a su vez, crecer y convertirse en árboles frescos, habrían dicho: «Es algo imposible, va en contra de la naturaleza». Y habrían tenido tanta razón diciendo eso como diciendo que casi todas las demás cosas son imposibles.

Supón de nuevo que fueras un viajero y hubieras llegado, como M. Du Chaillu, de lugares desconocidos, y que ningún ser humano nunca hubiera visto ni oído hablar de un elefante. Supón que lo describieras a la gente y dijeras: «Ésta es la configuración, el esquema y la anatomía del animal, y de sus patas, de su trompa, de sus muelas, y de sus colmillos, aunque no son colmillos en absoluto, sino dos muelas

delanteras que se han vuelto locas; y ésta es la sección de su cráneo, más parecido a una seta que a un cráneo razonable de un animal racional o irracional, etc. Y aunque el animal (al que te aseguro que he visto y he disparado) sea primo directo del conejito peludo de las Escrituras, primo segundo de un cerdo y (lo sospecho) decimotercero o decimocuarto primo de un conejo, es, sin embargo, el más sabio de todos los animales y puede hacer de todo salvo leer, escribir y contar». Seguro que la gente habría dicho: «Bobadas, tu elefante va en contra de la naturaleza», y habría pensado que estabas contando cuentos chinos (como pensaron los franceses de Le Vaillant, cuando regresó a París y dijo que había disparado a una jirafa; y como pensó el rey de las islas Caníbal del marinero inglés, cuando éste dijo que en su país el agua se convertía en mármol y la lluvia caía como las plumas). La gente, cuanto más ciencia supiera, te habría dicho: «Tu elefante es un monstruo imposible, contrario a las leyes de la anatomía comparativa a partir de la cual de momento se conoce», y cuanto más pensaras, menos responderías.

Asimismo, ¿no defendieron los hombres eruditos, hasta hace veinticinco años, que un dragón volador era un monstruo imposible? Y ¿no sabemos ahora que se han encontrado cientos de ellos en estado fósil a lo largo y ancho del mundo? La gente los llama pterodáctilos, pero sólo porque les da vergüenza llamarlos dragones voladores después de afirmar durante tanto tiempo que los dragones voladores no podían existir.

La verdad es que la idea que la gente tiene de que tal y cual cosa no pueden existir, simplemente porque no las ha visto, tiene el mismo valor que la idea de un incivilizado de que no pueden existir cosas como una locomotora porque nunca ha visto una corriendo en libertad por la selva. Los hombres sabios saben que su trabajo consiste en examinar lo que existe y no en determinar lo que no existe. Saben que los elefantes existen, saben que los dragones voladores han existido y cuanto más sabios sean, menos se inclinarán a afirmar que los niños del agua no existen.

¿De verdad que los niños del agua no existen? Bueno, los hombres sabios de la antigüedad decían que todo lo que hay en tierra tenía su doble en el agua. Y ya puedes ver que eso es, si no verdad, al menos tan verdad como la mayoría de las demás teorías que seguramente oirás durante mucho tiempo. Si hay niños en la tierra... ¿por qué no puede haber niños del agua? ¿Acaso no hay ratas de agua, moscas acuáticas, grillos de agua, tortugas de agua, escorpiones de agua, escarabajos de agua, cangrejos de mar, puercos espines marinos, gatos marinos y perros de mar, leones marinos y osos marinos, caballitos de mar y elefantes marinos, ratones de mar y erizos de mar, navajas de mar y plumas de mar, peines de mar y abanicos de mar? Y en cuanto a las plantas, ¿acaso no hay hierbas de agua y ranúnculos acuáticos sin fin?

Pero todos estos nombres son sólo motes. Las cosas del agua no son realmente equivalentes a las cosas de la tierra.

Eso no siempre es verdad. En millones de casos no sólo son de la misma familia

sino que, de hecho, son las mismas criaturas. Incluso tú sabes que la cachipolla, la mosca siálida y la libélula viven bajo el agua hasta que mudan su piel, igual que Tom mudó la suya, ¿no? Y si un animal de agua puede convertirse en cualquier momento en un animal de tierra, ¿por qué un animal de tierra no puede convertirse a veces en un animal de agua? No te dejes amedrentar por ninguno de los razonamientos del Primo Cramchild; hazle frente como un hombre y respóndele (con todo el respeto, por supuesto) lo siguiente:

Si el Primo Cramchild dice que si los niños del agua existieran tendrían que crecer y convertirse en hombres del agua, pregúntale cómo sabe que no lo hacen, y luego pregúntale si puede afirmar que tienen que hacerlo con la misma certeza que afirma que el proteo de las cavernas de Adelsberg completa su crecimiento hasta convertirse en un tritón.

Si dice que es una transformación demasiado extraña el que un niño de la tierra se convierta en un niño del agua, pregúntale si no ha oído hablar nunca de la transformación del Syllis, la duela o la medusa común, de la cual M. Quatrefages dice de manera excelente: «¿Quién no exclamaría que había ocurrido un milagro si hubiera visto a un reptil salir del huevo puesto por la gallina en su corral y, a la vez, hubiera visto a este reptil parir un número indefinido de peces y pájaros? De hecho, la historia de la medusa es tan maravillosa como lo sería eso». Pregúntale si conoce todo esto; y, si no lo conoce, dile que se acerque y lo compruebe por sí mismo, y aconséjale (con todo el respeto, por supuesto) que deje de establecer qué cosas extrañas es imposible que ocurran hasta que haya visto qué cosas extrañas sí que ocurren realmente cada día.

Si dice que las cosas no pueden degradarse, o sea, que vayan a menos y se transformen en formas inferiores, pregúntale quién le dijo que los niños del agua son inferiores a los niños de la tierra. Y aunque lo fueran, ¿conoce la extraña degradación del percebe común, que se encuentra incrustado en el fondo de los barcos, o la aún más extraña degradación de algunos primos suyos, de la que apenas gusta hablar por lo espeluznante y fea que resulta?

Por último, si dice (como hará con toda seguridad) que estas transformaciones sólo tienen lugar en los animales inferiores y no en los superiores, dile que eso, a los chiquillos y a algunos mayores, les parece una idea muy extraña. Pues si los cambios de los animales inferiores son tan maravillosos y tan difíciles de descubrir, ¿por qué los animales superiores no tendrían que sufrir cambios mucho más maravillosos y mucho más difíciles de descubrir? ¿No es posible que el hombre, flor y nata de todas las cosas, experimente algún cambio mucho más maravilloso que todas las demás especies, de la misma manera que la Gran Exposición es más maravillosa que una conejera? A ver qué contesta a eso. Y si dice (como hará) que, no habiendo visto tal cambio en su experiencia, no está en posición de creerlo, pregúntale con todo respeto

dónde ha estado metido su microscopio. ¿No es verdad que cada uno de nosotros, al llegar a este mundo, pasamos por una transformación igual de maravillosa que la de un erizo de mar o una mariposa?

Y ¿no nos dicen la razón y la analogía, como también las Escrituras, que esa transformación no es la última y que, aunque no sepamos en lo que nos vamos a convertir, sin embargo estamos aquí, igual que la reptante oruga, y lo estaremos de aquí en adelante, igual que la mosca perfecta? Los antiguos griegos, que eran paganos, vieron todo esto hace dos mil años. Y si el Primo Cramchild ve todavía menos que ellos, me interesa muy poco. Y así sucesivamente, hasta que se enoje de verdad. Entonces dile que si los niños del agua no existen, por lo menos tendrían que existir. A eso, como mínimo, no podrá responder.

Mientras tanto, pequeño, hasta que no sepas sobre la naturaleza muchísimo más que el profesor Owen y el profesor Huxley juntos, no me hables de lo que es imposible, ni creas que hay cosas demasiado maravillosas para ser verdad. «Formidables, maravillosas son tus obras», dijo antiguamente David. Y así somos, así es todo lo que nos rodea, hasta la mesa de madera de pino. Sí, la mesa, tal como está ahora, que no es más que un trozo de madera de pino muerto, es una obra más formidable y maravillosa que si (igual que las gallinas se creen todo lo que dice el lobo) los espíritus pudieran hacer que bailara o que te hablara sólo con darle golpes.

¿Que si lo digo en serio? ¡Oh no, válgame Dios! ¿No sabes que esto es un cuento de hadas y que todo es para divertirse y fingir, que no tienes que creer ni una sola palabra, ni siquiera aunque sea verdad?

En todo caso, eso es lo que le ocurrió a Tom. Por consiguiente, el guardián, el mozo de cuadra y Sir John cometieron un gran error y, al descubrir una cosa negra en el agua, se pusieron muy tristes (al menos Sir John), sin ninguna razón. Creyeron que era el cuerpo de Tom, que se había ahogado. Estaban absolutamente equivocados. Tom estaba muy vivo, y más limpio y más contento de lo que nunca había estado. Verás, en la rápida corriente del río las hadas lo habían lavado tan a fondo que no sólo lo habían despojado de la mugre, sino también de la cáscara y el caparazón enteros. De esta forma, el Tom hermoso, pequeño y real fue lavado y sacado de su interior, y salió nadando, como hace la larva de la frigánea cuando perfora y sale de su estuche hecho con piedras y seda, y avanza de espaldas, chapoteando, hasta la orilla y allí revienta su piel y se aleja volando como frigánea, con cuatro alas de color beige y las patas y las antenas alargadas. Las frigáneas son unas criaturas muy tontas y, por la noche, si dejas la puerta abierta, chocan contra la vela. Esperemos que Tom sea más listo, ahora que se encuentra en un lugar seguro, fuera de su viejo caparazón de hollín.

No obstante, el bueno de Sir John no entendió nada de esto, ya que no era miembro de la Sociedad Linneana, y se le metió en la cabeza que Tom se había

ahogado. Cuando echaron un vistazo en los bolsillos vacíos de su caparazón y no encontraron ninguna joya, ni dinero —nada, salvo tres canicas y un botón de latón atado a un cordón—, Sir John hizo algo así como llorar como nunca lo había hecho en su vida y se culpó con más amargura de lo que tendría que haber hecho. Así que lloró, el mozo de cuadra lloró, el cazador lloró, la anciana lloró, la niña lloró, la lechera lloró, la vieja niñera lloró (porque de algún modo era culpa suya) y la señora lloró, pues aunque la gente lleve peluca, ésta no es razón para que no puedan tener corazón. Sin embargo, el guardián no lloró, a pesar de haber tratado tan bien a Tom la mañana anterior, porque estaba tan harto de perseguir a los cazadores furtivos que se le podían sacar tantas lágrimas como agua a las piedras. En cuanto a Grimes, tampoco lloró, pues Sir John le ofreció diez libras y se las bebió todas en una semana. Sir John mandó buscar por todas partes al padre y a la madre de Tom, pero podría haber estado buscando hasta el día del Juicio Final, ya que uno estaba muerto y la otra se encontraba en Botany Bay. La niña no jugó con sus muñecas durante una semana entera y nunca se olvidó del pobrecillo Tom. La señora pronto puso una hermosa y pequeña lápida sobre el caparazón de Tom en el pequeño cementerio de Vendale, donde todos los hombres del valle duermen unos al lado de los otros entre los peñascos de piedra caliza. Y la anciana la engalanó con guirnaldas cada domingo, hasta que envejeció tanto que dejó de salir de casa; entonces, los chiquillos la engalanaron por ella. La anciana siempre cantaba una canción muy, muy vieja cuando se sentaba y tejía lo que ella llamaba su vestido nupcial. Los niños no la entendían, pero no por eso dejaba de gustarles, pues era muy dulce y muy triste, y con eso les bastaba. Decía así:

Cuando el mundo es joven, mozo,
y los árboles, frondosos;
las ocas son cisnes, mozo,
y las chicas, reinas;
monta en tu caballo y a vivir, mozo,
viaja por el mundo entero;
la sangre joven debe fluir, mozo,
y cada uno debe tener su momento.
Cuando el mundo es viejo, mozo,
y los árboles, grisáceos;
el venado es rancio, mozo,
y las ruedas se anquilosan;
vete a casa y aposéntate
entre los consumidos y los lisiados;
que allí Dios una cara te otorgue,

de entre lo que amaste cuando todo era joven.

Decía así, aunque estas palabras sólo son el cuerpo: el alma de la canción era la dulce cara y la dulce voz de la entrañable anciana, y el dulce y añejo aire que le daba al cantar. Al final estaba tan entumecida y renca que los ángeles se vieron forzados a llevársela; la ayudaron a tejer el vestido nupcial y la acompañaron hasta el páramo de Harthover y muchísimo más lejos. Después vino una nueva maestra a Vendale; esperemos que no fuera certificada.

Mientras tanto, Tom nadaba en el río, con un pequeño y precioso cuello de encaje que hacía la función de unas branquias, vivaz como una angula y limpio como un salmón acabado de pescar.

Y si no te gusta mi historia, vete a clase y aprende la tabla de multiplicar; a ver si eso te gusta más. Hay gente que sin duda lo haría. Mejor para nosotros, si no para ellos. Hay de todo, dicen, en la viña del Señor.

CAPÍTULO III

*Bien reza quien bien ama
tanto a los hombres como a las aves y a las bestias;
mejor reza quien mejor ama
todas las cosas grandes y pequeñas:
pues el buen Dios, que con amor nos asiste,
creó y ama todo cuanto existe.*

COLERIDGE

Ahora Tom era un anfibio. ¿No sabes lo que eso significa? Entonces, será mejor que se lo preguntes al alumno-maestro del Gobierno que tengas más cerca, el cual posiblemente te responderá, con bastante agudeza, lo siguiente:

—Anfibio. Adjetivo derivado de dos palabras griegas: amphi, un pez; y bios, una bestia. Un animal que nuestros ignorantes antecesores creían que estaba compuesto por un pez y una bestia, y que, por consiguiente, como el hipopótamo, no puede vivir en la tierra y en el agua se muere.

De un modo u otro, Tom era un anfibio. Y lo que es aún mejor, estaba limpio. Por primera vez en su vida, sentía lo cómodo que era no tener nada encima aparte de sí mismo. Pero sólo lo disfrutaba: no lo sabía, ni pensaba en ello, del mismo modo que tú disfrutas de la vida y de la salud y, sin embargo, nunca piensas en que estás vivo y sano. ¡Y ojalá pase mucho tiempo antes de que tengas que pensar en eso!

No recordaba haber estado sucio alguna vez. De hecho, no recordaba ninguno de sus viejos problemas: estar cansado, tener sed, que le pegasen o que le mandaran trepar por las oscuras chimeneas. Desde que tuvo aquel dulce sueño lo había olvidado todo acerca de su patrón, la Villa Harthover, la blanca niñita y, en pocas palabras, todo lo que le había ocurrido en su vida anterior. Lo mejor era que había olvidado todas las palabrotas que había aprendido de Grimes y de los chicos maleducados con los que solía jugar.

Eso no es nada raro, pues, verás, cuando llegaste a este mundo y te convertiste en un niño de la tierra, no te acordabas de nada. Así que, ¿por qué tendría que hacerlo él cuando se convirtió en un niño del agua?

En ese caso, ¿crees que hemos vivido anteriormente?

Ay, mi niño, ¿quién sabe? Sólo lo intuimos al recordar algo que ocurrió allá donde vivíamos antes. Pero como no recordamos nada, no sabemos nada al respecto; y no hay ningún libro ni ningún hombre que nos lo pueda asegurar.

Una vez hubo un hombre sabio, muy sabio y muy bueno, que escribió un poema sobre los sentimientos que tienen algunos niños respecto a haber vivido anteriormente. Esto es lo que dijo:

Nuestro nacer no es más que un sueño y un olvido;
el alma que surge con nosotros, la estrella de nuestra vida,
en otro lugar ha nacido,
proviene de la lejanía:
no en una absoluta desmemoria, ni totalmente desnuda,
sino que venimos por nubes de gloria, de Dios, nuestra morada.

Ahí tienes. No puedes saber nada más que eso. Pero yo, de ti, me lo creería. Porque entonces, la gran ciencia de las hadas —que es posible que sea la reina de todas las hadas durante muchos años a partir de ahora—, no podrá hacerte sino el bien y nunca podrá hacerte el mal. En lugar de coincidir con la mayoría de la gente respecto a que tu cuerpo constituye tu alma —como si una máquina de vapor pudiera producir su propio coque— o respecto a que tu alma no tiene nada que ver con tu cuerpo, sino que se ha quedado atascada dentro de él (como un alfiler dentro de un alfilerero, que se cae con sólo sacudirlo una vez), creerás en la única y verdadera doctrina ortodoxa, inductiva, racional, deductiva, filosófica, seductora, lógica, productiva, irrefutable, saludable, nominalista, cómoda, realista y que debe ser aceptada para asimilar conceptos de este maravilloso cuento de hadas. Esta doctrina afirma que tu alma es la que constituye tu cuerpo, de la misma manera que un caracol hace su concha.

Por lo demás, nos basta con saber con certeza que, tanto si hemos vivido anteriormente como si no, volveremos a vivir (aunque, espero, no como el pobrecillo y pagano Tom, ya que se hundió dentro del agua). Nosotros, en cambio, espero que subamos a un lugar muy distinto.

No obstante, Tom era muy feliz en el agua. Había sido tristemente explotado en el mundo de la tierra, de modo que, desde entonces y para compensarlo, durante mucho, mucho tiempo, todo lo que tuvo fueron unas vacaciones en el mundo del agua. Ahora no tenía nada que hacer, salvo disfrutar y observar todas las cosas bonitas que hay que ver en el fresco y transparente mundo del agua, donde el sol nunca calienta excesivamente y nunca hace demasiado frío.

Y ¿de qué vivía? De berros de agua, quizás, o puede que de gachas de agua y leche de agua. Demasiados niños de la tierra hacen lo mismo. Pero no sabemos lo que come ni una undécima parte de seres del agua, así que no somos responsables de los niños del agua.

A veces Tom se acercaba a los caminitos de suave gravilla junto al río,

observando a los grillos que entraban y salían entre las piedras, igual que los conejos en la tierra, o trepaba a los salientes de las rocas y contemplaba los tubos de arena flotando a miles, cada uno de ellos con una bonita cabecita y con sus patitas asomándose; o se detenía en una esquina tranquila y miraba cómo las larvas de frigánea comían palitos, con la misma avidez con la que tú te comerías un pudín de ciruelas, y cómo construían sus casas con seda y cola. Eran unas señoritas muy caprichosas, no había día que no cambiaran de material. Una empezaba con algunos guijarros, luego pegaba un trozo de madera verde, luego encontraba una concha y también la pegaba, y la pobre concha estaba viva y no le gustaba en absoluto que se la llevaran para construir casas con ella. Pero la larva de frigánea no le dejaba opinar sobre el asunto, siendo grosera y egoísta como suele ser la gente vanidosa. Después pegaba un trozo de madera podrida, luego una piedra rosa muy elegante y así sucesivamente hasta que quedaba toda llena de parches, igual que el abrigo de un irlandés. A continuación encontraba una pajita alargada —cinco veces más larga que ella— y decía: «¡Hurra! Mi hermana tiene cola y yo también voy a tener una». Se la cargaba a sus espaldas y desfilaba con ella muy orgullosa, a pesar de que, en realidad, era muy poco práctica. Al final, las colas se pusieron muy de moda entre los cebos de larvas de frigánea de ese remanso y el pasado mayo también triunfaron en el extremo del Gran Estanque.

Todas ellas andaban tambaleándose con unas pajitas alargadas que sobresalían de su espalda, entremetiéndoseles en las patitas y cayendo unas encima de otras, haciendo tal ridículo que Tom lloró de risa, igual que nosotros. Pero, verás, tenían bastante razón, pues la gente siempre tiene que ir a la moda, aunque eso implique llevar spoon-bonnets.

Luego, a veces, nadaba hasta un tramo profundo y tranquilo y se ponía a observar los bosques del agua. A ti te habrían parecido sólo unos pequeños hierbajos: pero recuerda que Tom era tan pequeñito que todo le parecía cien veces más grande que él, como te pasa a ti o como le pasa a un pececillo que ve y atrapa las minúsculas criaturas del agua que tú solamente puedes ver a través del microscopio.

En el bosque del agua descubrió a los monos de agua y a las ardillas de agua que tenían seis patas (casi todo en el agua tiene seis patas salvo los tritones y los niños del agua) y, que corrían por entre las ramas con mucha agilidad. También había miles de flores acuáticas y Tom intentaba cogerlas; pero en cuanto las tocaba, se cerraban y se convertían en puñados de gelatina. Entonces, Tom advirtió que todas las cosas estaban vivas —las campanas, las estrellas, las ruedas, las flores de todas las formas y colores—, y que se movían, igual que él. Ahora se dio cuenta de que había muchísimas más cosas en el mundo de lo que le había parecido a primera vista.

También se fijó en un tipo pequeñito y maravilloso que se asomaba por la parte superior de una casa construida con ladrillos redondos. Tenía dos grandes ruedas y

una pequeña cubierta con dientes que daban vueltas y más vueltas, como las ruedas de una trilladora. Tom se quedó quieto y lo miró fijamente, para ver qué iba a hacer con su maquinaria. ¿Qué crees que hacía? Fabricaba ladrillos. Con sus dos grandes ruedas barría todo el lodo que flotaba en el agua: separaba lo que era bueno, se lo metía en el estómago y se lo comía; y embutía todo el lodo en la pequeña rueda del pecho, que en realidad era un agujero redondo cubierto con dientes. Luego lo hacía girar hasta convertirlo en un ladrillo compacto, duro y redondo, y después lo cogía, lo pegaba encima del muro de su casa y se ponía a trabajar para fabricar otro. Y bien, ¿era un tipejo inteligente o no?

Tom pensaba que sí; pero, cuando quiso hablar con él, el ladrillero estaba demasiado ocupado y orgulloso de su trabajo como para hacerle caso.

Pues bien, tienes que saber que todos los seres que viven debajo del agua hablan, sólo que no el mismo idioma que nosotros, aunque sí el mismo con el que los caballos, los perros, las vacas y los pájaros charlan entre ellos. Tom pronto aprendió a entenderlos y a hablar con ellos, así que habría disfrutado de una compañía muy agradable sólo con ser un buen chico. Pero siento tener que decir que él también era como otros chiquillos a quienes les gusta mucho cazar y atormentar a las criaturas simplemente por diversión. Hay quien dice que los chicos no lo pueden evitar, que es su naturaleza y que únicamente es la prueba de que todos descendemos originalmente de los animales de rapiña. Pero tanto si es su naturaleza como si no, los chiquillos sí que lo pueden evitar y deben hacerlo. Pues si, por naturaleza, sufren unas tendencias pícaras, bajas y maliciosas, ésa no es razón para que tengan que ceder ante esa conducta típica de los monos, que no saben hacerlo mejor. Por lo tanto, no deben atormentar a las criaturas bobas, porque, si lo hacen, seguro que vendrá cierta anciana y les dará exactamente lo que se merecen.

Sin embargo, eso no lo sabía Tom y, lamentablemente, picoteó y enterró a los pobres animalitos del agua hasta que todos le tuvieron miedo y empezaron a apartarse de él o a arrastrarse hasta sus conchas. Así pues, Tom no tenía a nadie con quien hablar ni jugar.

Claro, a las hadas del agua les dio mucha lástima verlo tan triste y desearon cogerlo, decirle lo malo que era, enseñarle a ser bueno y también a jugar y retozar con él; pero lo tenían prohibido. Tom tenía que aprender la lección por sí solo, a través de la dura y áspera experiencia, como muchos otros bobos, a pesar de que dentro siempre tengan un buen corazón con ansias de imponerse y de enseñarles lo que únicamente ellos mismos pueden aprender.

Finalmente, un día encontró la casa de una larva de frigánea y quiso que ésta se asomara; pero la puerta estaba cerrada. Nunca había visto una larva de frigánea con la puerta de su casa cerrada. Así que, ¿qué esperabas que hiciera un chiquillo entrometido como él, sino abrirla para ver lo que la pobre dama hacía dentro? ¡Qué

desgracia! ¿Qué te parecería si alguien irrumpiera en tu dormitorio para comprobar qué aspecto tienes cuando estás en la cama? De modo que el pobre Tom dejó hecha añicos la puerta, que era una pequeña rejilla de seda hermosísima, cubierta con brillantes pedazos de cristal, y cuando miró dentro, la larva de frigánea sacó la cabeza, que había tomado ni más ni menos que la forma de la cabeza de un pájaro. Pero cuando Tom le habló, no pudo contestar, pues su boca y su cara estaban bien encerradas en un nuevo gorro de dormir de una fantástica piel de color rosa. Sin embargo, si bien ella no contestó, las demás larvas de frigánea sí lo hicieron, ya que asomaron sus manitas y chillaron como los gatos de Struw-welpeter: «¡Eh, tú, mocoso inmundo y horrible, otra vez haciendo de las tuyas! Ella se había metido en la cama para dormir quince días y luego habría salido con unas alas muy bonitas, se habría echado a volar y ¡menudos huevos habría puesto! Y ahora le has roto la puerta y ya no la podrá arreglar, porque su boca estará cerrada durante quince días, y se morirá. ¿Quién te ha mandado venir aquí para que nos hagas la vida imposible?».

Así que Tom se fue nadando. Estaba muy avergonzado de sí mismo y se sentía fatal, como los chiquillos que han hecho algo malo y no lo reconocen.

Entonces llegó a un pequeño remanso lleno de truchas y empezó a atormentarlas y a tratar de pescarlas, pero se le resbalaban entre los dedos y salían saltando sin dejar rastro, aterrorizadas. Al perseguirlas, fue a parar a una gran roca oscura bajo la raíz de un aliso, y una inmensa y vieja trucha marrón (con un tamaño diez veces mayor que el suyo) salió disparada directamente hacia él, salpicándolo todo, y lo dejó sin aliento. No sé cuál de los dos se asustó más.

Después Tom prosiguió, enfurruñado y solo, tal como se merecía, y en un bajío descubrió a una criatura sucia y muy fea. Estaba quieta, tenía más o menos la mitad de su tamaño y también contaba con seis patas, una gran barriga y una cabeza muy ridícula, con dos ojos grandes y cara de mono.

—¡Tjy —dijo Tom—, mira que eres feo! —Y empezó a hacerle muecas, acercó mucho la nariz y lo saludó, como los chicos maleducados.

Y entonces... ¡sorpresa! La cara de mono del animalito salió al instante, alargó un brazo que tenía un par de pinzas en la punta y agarró a Tom por la nariz. A éste no le dolió demasiado, aunque lo sujetaba con fuerza.

—¡Uy, uy, uy! ¡Ay, déjame! —gritó Tom.

—Pues entonces, déjame tú a mí —dijo la criatura—. Quiero estar tranquilo. Quiero salir.

Tom le prometió dejarlo en paz y lo soltó.

—¿Por qué quieres salir? —preguntó Tom.

—Porque todos mis hermanos y hermanas han salido y se han convertido en unas criaturas aladas preciosas. Y por eso yo también quiero salir. No hables conmigo. Estoy seguro de que voy a salir. ¡Voy a salir!

Tom se quedó quieto y lo observó. Se hinchó, se abultó, se estiró con rigidez y, finalmente —crac, paf, bang— se le abrió la espalda hasta abajo del todo y luego hasta la punta de la cabeza.

Del interior surgió una criatura esbelta, elegante y suave, igual de suave y tersa que Tom, pero muy pálida y débil, como un niño que ha estado enfermo durante mucho tiempo en una habitación oscura. Movi6 las patas muy débilmente y miró a su alrededor, medio avergonzado, como una niña que entra por primera vez en un salón de baile. Luego empezó a subir lentamente por el tallo de una hierba hasta la superficie del agua.

Tom se asombró tanto que no pronunció ni una palabra, sino que se quedó mirando con los ojos muy abiertos, y también subió a la superficie del agua para ver lo que iba a pasar.

Cuando la criatura se sentó bajo un sol cálido y brillante, súbitamente experimentó un cambio maravilloso. Se hizo fuerte y firme, y empezaron a aparecerle por el cuerpo los colores y las formas más hermosos: azules, amarillos y negros; manchas, rayas y anillos. De la espalda le salieron cuatro grandes alas de gasa brillante y marrón, y los ojos se le engrandecieron tanto que le abarcaron toda la cabeza y relucían como diez mil diamantes.

—¡Oh, qué criatura más bonita eres! —exclamó Tom, y alargó la mano para cogerla.

Pero el animalito se elevó en el aire —las alas le zumbaban—, se quedó suspendido un instante y luego descendió hacia Tom, sin miedo.

—¡No! —dijo—, no me puedes pillar. Ahora soy una libélula, la reina de las moscas, y bailaré al sol, planearé sobre el río, cazaré mosquitos y tendré una mujer tan hermosa como yo. Ya sé lo que haré. ¡Hurra! —Y se alejó volando por los aires y empezó a cazar mosquitos.

—¡Eh, tú, criatura hermosa, vuelve, vuelve! —gritó Tom—. No tengo a nadie con quien jugar y aquí estoy muy solo. Si vuelves, no voy a intentar atraparte.

—Me da lo mismo tanto si lo haces como si no —respondió la libélula—, porque ya no puedes. Pero cuando haya cenado y haya echado una ojeada a este bonito lugar, volveré y charlaré contigo sobre todo lo que haya visto en mis viajes. ¡Caray, qué árbol más grande y qué hojas más grandes tiene!

No era más que una gran acedera; pero, verás, la libélula no había visto más que árboles del agua pequeñitos, ámelos, ranúnculos acuáticos y cosas así, de modo que le pareció muy grande. Además, era muy miope, igual que todas las libélulas, y no veía a más de un metro de sus narices, como muchísimos otros que no son ni la mitad de guapos.

Después, la libélula regresó y se puso a charlar animadamente con Tom. Era un poco engreída por sus hermosos colores y sus grandes alas. Pero, verás, había sido

una pobre criatura sucia y fea toda su vida, así que tenía buenas excusas con las que justificarse. Le encantaba hablar de las cosas maravillosas que había visto en los árboles y los prados, y a Tom le gustaba escucharla, pues lo había olvidado todo acerca de ellos. De modo que, en poco tiempo, se hicieron buenos amigos.

Estoy muy contento de poder decir que aquel día Tom aprendió tan bien la lección que durante mucho tiempo ya no atormentó a las criaturas. En adelante, las larvas de frigánea se volvieron bastante dóciles y solían contarle historias extrañas sobre cómo construían sus casas y cómo mudaban la piel y al final se convertían en moscas aladas, hasta que Tom empezó a desear mudar la piel algún día y tener alas, igual que ellas.

Y las truchas y él se reconciliaron (pues las truchas muy pronto se olvidan de que las han asustado y les han hecho daño). De manera que Tom solía jugar con ellas al ratón y el gato, y se lo pasaban en grande. Intentaba saltar desde el agua, boca arriba, como hacían ellas, antes de que cayera un chaparrón; pero no sé por qué, nunca le salía bien. Sin embargo, le encantaba ver cómo saltaban hacia la mosca artificial cuando nadaban, dando vueltas y más vueltas, bajo la sombra del gran roble, donde los escarabajos se desplomaban sobre el agua y las orugas verdes se descolgaban por cuerdas de seda desde las ranias, sin ningún motivo. Luego, las muy bobas cambiaban de opinión, también sin ningún motivo, y se rescataban a sí mismas árbol arriba, enrollando la cuerda en forma de bola entre sus patitas. Se trata de un número de funámbulo muy peligroso que ni Blondin ni Leotard sabrían hacer; sin embargo, nadie sabe por qué las orugas tienen que complicarse tanto, pues no pueden ganarse la vida, como Blondin y Leotard, intentando romperse la crisma sobre una cuerda.

Muy a menudo, Tom las asía justo cuando iban a tocar el agua. También cazaba las moscas siálicas, frigáneas, moscas de pesca y cachipollas adultas de cola levantada, amarillas, marrones, granates y grises, y se las ofrecía a sus amigas las truchas. Puede que no fuera muy amable con las moscas, pero uno tiene que hacer un buen favor a sus amigos siempre que pueda.

Al final, incluso dejó de cazar moscas, pues conoció a una por casualidad y le pareció una criaturita muy alegre. Así fue cómo ocurrió, es la pura verdad.

Un caluroso día de junio, Tom se deleitaba en la superficie del agua cazando moscas de pesca y dando de comer a las truchas, cuando se fijó en una nueva especie, una criaturita de color gris oscuro con una cabeza marrón. Realmente, era una criatura muy pequeña, pero se esforzó al máximo, como debería hacer la gente. Ladeó la cabeza hacia arriba, levantó las alas, la cola, elevó los dos plumeros de la punta de la cola y pronto tuvo el aspecto del hombrecillo más gallito de todos los hombrecillos. Y así lo demostró, ya que en vez de alejarse brincó sobre el dedo de Tom, se quedó allí sentado tan atrevido como nueve sastres juntos y dio un grito con la vocecita más minúscula, estridente y chillona que hayas oído nunca:

—Te lo agradezco mucho, de verdad, pero todavía no la quiero.

—¿Querer qué? —dijo Tom, muy desconcertado por su insolencia.

—Tu pierna, ya que eres lo bastante amable como para extenderla y que yo me pueda sentar. Tengo que ir a vigilar a mi mujer durante unos minutos. ¡Dios mío, qué empresa más pesada es una familia! (A pesar de que el muy granuja y holgazán no hacía nada de nada y dejaba a su pobre mujer poner sola todos los huevos.) Cuando vuelva, te agradecería que tuvieras la bondad de dejar extendida la pierna justo como está ahora.

Y salió volando.

Tom pensó que era un tipo muy frío y aún más cuando regresó en cinco minutos y dijo: «Uy, ¿te has cansado de esperar? Bueno, la otra pierna también me servirá».

Y de un salto se puso sobre la rodilla de Tom y empezó a charlar animadamente con su voz chirriante.

—Así que vives debajo del agua, ¿no? Es un lugar muy descuidado. Yo viví allí durante algún tiempo, y era un sitio muy dejado y sucio. Pero decidí que eso no iba a durar. Así que me hice respetable, me mudé a la superficie y me puse este traje gris. Es un traje muy profesional, ¿no crees?

—Realmente es muy elegante y discreto —aprobó Tom.

—Sí, durante un tiempo, cuando uno se convierte en hombre de familia, debe ser discreto, elegante, respetable y ese tipo de cosas. Pero a decir verdad, ya me he cansado. Considero que el trabajo que he hecho esta última semana me valdrá para toda la vida. De modo que me pondré un traje de baile, saldré, seré un hombre elegante, veré el alegre mundo y bailaré un poco. ¿Por qué no ser jovial, si se puede?

—¿Y qué será de tu mujer?

—¡Bah! En realidad es una criatura feúcha y estúpida y no piensa en nada más que en los huevos. Si decide venir, pues que venga; y si no, pues me voy sin ella. Y aquí estoy.

Mientras hablaba, se puso pálido y luego muy blanco.

—¡Hala, te has puesto enfermo! —exclamó Tom.

Pero no obtuvo respuesta.

—Estás muerto —continuó Tom, mirando cómo se quedaba quieto sobre su rodilla, blanco como un fantasma.

—¡Que no! —respondió una vocecita chirriante sobre su cabeza—. Éste de aquí soy yo, con mi traje de baile, y eso es mi piel. ¡Ja, ja! ¡Tú no sabrías hacer un truco así!

Tom no sabía hacerlo, como tampoco Houdin, ni Robin, ni Frikell, ni ningún prestidigitador del mundo. Pues el muy granuja había abandonado su piel de un salto y la había dejado encima de la rodilla de Tom: los ojos, las alas, las patitas y la cola, exactamente como si tuvieran vida.

—¡Ja, ja! —rió, meneándose y brincando arriba y abajo, sin parar ni un instante, igual que si tuviera el baile de San Vito—. Ahora soy un tipo guapo, ¿eh?

Y tenía razón, pues su cuerpo era blanco, su cola naranja y sus ojos reflejaban todos los colores de la cola de un pavo real.

Lo más singular eran los plumeros que tenía en la punta de la cola, que habían crecido cinco veces más que antes.

—¡Ah! —dijo—, ahora voy a ver el alegre mundo. La vida no será difícil, pues no tengo boca, como ves, ni interior, de modo que nunca padeceré hambre ni me dolerá la barriga.

Y así fue. Se había hecho igual de seco, duro y vacío que una péñola, tal como se merecen los tipos bobos y frívolos como ése.

Sin embargo, en vez de avergonzarse de estar vacío, se sentía muy orgulloso, como tantos y tantos señoritos refinados, y empezó a flirtear, a dar volteretas arriba y abajo, y a cantar:

Yo cantaré y mi mujer bailará para que el día sea alegre;
pues el más sabio siempre será
aquel que de las preocupaciones se aleje.

Bailó aquí y allá durante tres días y tres noches, hasta que se cansó tanto que se cayó al agua y se fue flotando río abajo. Tom nunca supo qué fue de él, aunque tampoco se preocupó, pues lo oyó cantar hasta el final mientras se alejaba en la corriente:

—¡Aquel que de las preocupaciones se alejeeee!
Y si él no se preocupó, los demás tampoco.

Otro día, Tom protagonizó una nueva aventura. Él y su amiga la libélula estaban sentados sobre la hoja de un nenúfar, mirando cómo bailaban los mosquitos. La libélula se había comido tantos como quiso y estaba tranquila y adormilada, pues el sol brillaba y calentaba mucho. Los mosquitos (a quienes la muerte de sus pobres hermanos les importaba un pepino) bailaban alegremente a menos de un metro sobre su cabeza y una gran mosca negra se situó a medio centímetro de sus narices, para lavarse la cara y peinarse el pelo con sus patitas. Pero la libélula ni se inmutó y continuó charlando con Tom sobre los tiempos en que vivía bajo el agua.

De repente, Tom oyó un ruido rarísimo río arriba: arrullos, gruñidos, gemidos y chillidos, como si pusieras dentro de una bolsa a dos palomas silvestres, nueve ratones, tres cobayas y un cachorro ciego, y los dejaras allí para que se pusieran cómodos e hicieran música.

Miró aguas arriba y descubrió algo que le pareció igual de raro que el ruido: una gran bola que rodaba sin parar por el arroyo, que ora parecía un suave pelaje marrón,

ora vidrio reluciente. Sin embargo, no era una bola, pues a veces se partía y saltaba disparada en pedazos, y luego se volvía a juntar. Mientras tanto, el ruido se oía más y más alto.

Tom preguntó a la libélula qué podía ser aquello; pero, claro, ella, con su corta vista, no podía verlo aunque no estaba ni a tres metros de distancia. Así que se tiró de cabeza al agua de un ágil saltito y se fue a echarle un vistazo. Cuando se acercó, la bola resultó ser un grupo de cuatro o cinco hermosas criaturas, mucho más grandes que Tom, que estaban bañándose, rodando, zambulléndose, retorciéndose, forcejeando, abrazándose y besándose, mordiéndose y arañándose de la manera más encantadora que se había visto jamás. Si no me crees, ve al parque zoológico (pues me temo que no hay otro lugar donde lo puedas ver más de cerca, a menos que te levantes a las cinco de la mañana, vayas hasta la llanura de Cordery y eches un vistazo alrededor del flexible árbol desmochado que cuelga sobre el agua estancada, donde a veces crían las nutrias) y dime si las nutrias, cuando juegan en el agua, no son las criaturas más alegres, ágiles y graciosas que hayas visto nunca.

Sin embargo, cuando la más grande de ellas vio a Tom, se separó de las demás como una flecha y gritó en el lenguaje del agua, con un tono muy agudo: «¡Rápido, niños, aquí hay algo de comida. Y se acercó al pobre Tom mostrando un par de ojos tan malvados y unos dientes tan afilados en su boca sonriente, que éste, que pensaba que era muy bonita, se dijo a sí mismo: «Obras son amores y no buenas razones». Acto seguido, se escabulló entre las raíces de los nenúfares tan rápido como pudo, se giró y le hizo muecas.

—Sal de ahí —dijo la malvada nutria— o será peor para ti.

Pero Tom la miró entre dos raíces gruesas y luego las sacudió con todas sus fuerzas, haciendo unas muecas horribles todo el rato, del mismo modo que, en su vida anterior, sonreía burlescamente a las ancianas a través de las rejas. Sin duda, era un maleducado: Tom aún no había completado su educación.

—Venga, vámonos, niños —dijo la nutria, disgustada—; de hecho, no vale la pena comérmelo. No es más que un tritón repugnante que nadie se comería, ni siquiera esos vulgares lucios del estanque.

¡Yo no soy un tritón! —protestó Tom—. Los tritones tienen cola.

—Eres un tritón —insistió la nutria, muy segura—, veo claramente tus dos manos y sé que tienes cola.

—Te digo que no —repitió Tom—. ¡Mira esto! —Dio la vuelta a su hermoso y pequeño ser, y te aseguro que tenía tanta cola como tú.

La nutria habría podido salir de ésta diciendo que Tom era una rana; pero, igual que mucha gente, una vez que había dicho algo lo mantenía, fuera correcto o erróneo. De modo que contestó:

—Te digo que eres un tritón y, por lo tanto, así es; no eres la comida apropiada

para gente de buena alcurnia como yo y mis niños. Puedes quedarte ahí hasta que los salmones te coman (sabía que no lo harían, pero quería asustar al pobre Tom). ¡Ja, ja! Te comerán y nosotros nos los comeremos a ellos.

Entonces la nutria soltó una carcajada terriblemente malvada y cruel, como a veces lo hacen. La primera vez que las oigas seguramente creerás que son diablos.

—¿Qué son los salmones? —preguntó Tom.

—Peces, caray de tritón, grandes peces, buenos peces para comer. Son los señores de los peces y nosotros somos los señores de los salmones —y se echó a reír de nuevo—. Los cazamos a lo largo y a lo ancho de los remansos y los conducimos hasta un rincón, pobres bobos. Son muy orgullosos e intimidan a las pequeñas truchas y a los pececitos hasta que nos ven venir. Entonces, de pronto, se vuelven muy mansos y los pillamos, aunque no nos dignamos a comérmolos enteros; únicamente les mordemos de cuajo su suave cuello y chupamos su dulce jugo. ¡Oh, qué bueno! —y se relamió sus malvados labios—. Luego los tiramos, y vamos y cazamos otros. Van a venir pronto, niños, van a venir pronto. Ya huelo cómo se acerca la lluvia desde el mar y después... ¡un hurra por la crecida del río, por los salmones y montones de comida durante todo el día!

La nutria se enorgulleció tanto que dio un par de volteretas y luego se quedó erguida con medio cuerpo fuera del agua, y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y de dónde vienen? —preguntó Tom, muy encogido, pues estaba considerablemente asustado.

—Del mar, caray de tritón, del grande y ancho mar, donde se podrían quedar y estar seguros, si quisieran. Pero los muy bobos suben desde allí abajo, por el gran río, y nosotras venimos para vigilarlos; y cuando vuelven a bajar los seguimos. Allí pescamos lubinas y gados, pasamos unos días muy alegres en la costa, nos revolcamos en las olas y dormimos calentitas en las rocas cálidas y secas. Ay, eso sería buena vida, niños, si no fuera por los horribles hombres.

—¿Qué son los hombres? —preguntó Tom, aunque de algún modo parecía que ya lo sabía antes de preguntarlo.

—Seres bípedos, tritón. Y, ahora que me acerco para mirarte, de hecho son algo parecidos a ti, si no tuvieras cola (se había empeñado en que Tom debía tener cola), sólo que muchísimo más grandes, lo cual es peor para nosotros. Pescan los peces con anzuelos y sedales, que a veces se nos meten entre los pies, y ponen nasas en las rocas para coger langostas. Arponearon a mi querido marido, el pobre, cuando salió a buscar algo de comida para mí. Entonces yo estaba tumbada en las rocas: pasábamos una mala época, pues el mar estaba tan bravo que los peces no podían acercarse a la costa. Pero al pobrecillo lo arponearon y vi cómo se lo llevaban sobre una vara. En fin, mi pobre amado perdió su vida por vosotros, hijos míos, por lo obediente que era.

La nutria se puso tan sentimental (porque las nutrias pueden ponerse muy

sentimentales cuando quieren, como muchísimas personas crueles y avariciosas que no hacen ningún bien a nadie) que se fue navegando solemnemente arroyo abajo y, por esta vez, Tom no la volvió a ver. Tuvo suerte al irse, porque justo en ese momento bajaron por la orilla siete pequeños y bravos terriers, olisqueando y ladrando, escarbando y chapoteando a gritos, persiguiendo a la nutria. Tom se escondió entre los nenúfares hasta que se fueron, ya que no se dio cuenta de que en realidad eran las hadas del agua que habían venido a ayudarlo.

Pero no podía evitar pensar en lo que había dicho la nutria sobre el gran río y el amplio mar. Mientras pensaba en ello, le entraron ganas de ir a verlos. No sabía por qué, pero cuanto más lo pensaba, más descontento se sentía respecto al estrecho y pequeño arroyo donde vivía y a todos los compañeros que tenía. Quería salir al ancho mundo y disfrutar de todas las maravillosas vistas de las que estaba seguro había a montones.

Un día, partió riachuelo abajo. Pero era un riachuelo muy poco profundo y cuando llegó al bajío no pudo seguir nadando debajo del agua, pues ya no quedaba agua debajo de la cual poder nadar. De modo que el sol le quemó la espalda y enfermó; por eso dio media vuelta y se quedó inmóvil en el remanso durante una semana entera.

En cierta ocasión, al anochecer de un día muy caluroso, vio algo.

Había tenido un día muy tonto y las truchas también, pues no se movieron ni un centímetro para cazar una mosca, aunque había miles en el agua, sino que se quedaron dormitando en el fondo, a la sombra de las piedras. Tom también se durmió; le gustaba abrazarse a sus costados suaves y frescos porque el agua estaba muy caliente y le resultaba muy desagradable.

Sin embargo, cuando empezaba a anochecer, oscureció de golpe. Tom levantó la mirada y vio que un manto de nubes negras se extendía a lo largo del valle sobre su cabeza, posándose sobre los peñascos a derecha e izquierda. No sintió miedo, pero se quedó quieto; todo se quedó quieto. No se oía ni el susurro del viento ni el gorjeo de un pájaro y, a continuación, plof, unos cuantos goterones de lluvia cayeron en el agua. Uno le dio a Tom en la nariz y lo obligó a bajar la cabeza al instante.

Luego, los truenos rugieron y los relámpagos se encendieron por todo Vendale. Estallaban una y otra vez de nube en nube, de acantilado en acantilado, de tal modo que incluso las rocas del arroyo parecían temblar. Tom miró hacia arriba desde dentro del agua y pensó que era la cosa más prodigiosa que había visto en su vida.

Pero no se atrevió a sacar la cabeza fuera, pues la lluvia caía a cántaros y el granizo martilleaba como perdigones sobre el arroyo, batiéndolo y haciendo espuma. El arroyo pronto subió con más y más caudal, con más y más maldad, lleno de escarabajos y palos, de pajitas, gusanos, huevos podridos, cochinillas, sanguijuelas, trastos sueltos, maremágnams, y esto, lo otro y lo de más allá: las suficientes cosas

como para llenar nueve museos.

Tom apenas podía sostenerse contra la corriente y se escondió detrás de una roca. En cambio, las truchas no lo hicieron, porque salieron disparadas de entre las piedras y empezaron a zamparse los escarabajos y las sanguijuelas, de forma muy avariciosa y peleona, y a nadar con grandes gusanos colgándoles de la boca, dándose tirones y coletazos para quitárselos las unas a las otras.

Entonces, a la luz de los relámpagos, Tom vio algo nuevo: todo el fondo del arroyo estaba vivo, con grandes anguilas revoloteando y retorciéndose, alejándose corriente abajo. Se habían ocultado durante semanas entre las grietas de las rocas y en escondrijos en el lodo. Tom apenas las había visto nunca, excepto por la noche, de vez en cuando. Pero ahora habían salido y pasaban a su lado a toda prisa, con tanta fiereza y furia que se asustó. Cuando se acercaron Tom oyó que se decían las unas a las otras: «Tenemos que correr, tenemos que correr. ¡Qué tormenta más animada! ¡Hacia el mar, hacia el mar!».

Entonces, la nutria apareció con todas sus crías, entrecruzándose y arrasando igual de rápido que las anguilas, y al acercarse, miró a Tom de reojo y le dijo: «Si quieres ver el mundo, ha llegado tu hora, tritón. Venid, niños, no os preocupéis por esas asquerosas anguilas, que mañana vamos a desayunar salmón. ¡Hacia el mar, hacia el mar!».

Luego estalló un relámpago más brillante que todos los demás, y con la luz... En una milésima de segundo desaparecieron, aunque las había visto, estaba seguro. Eran tres chiquillas blancas preciosas, entrelazándose los brazos sobre sus cuellos, flotando torrente abajo, mientras cantaban: «¡Hacia el mar, hacia el mar!».

—¡Eh, un momento! ¡Esperadme! —gritó Tom. Pero ya se habían ido. Sin embargo, podía oír sus voces claras y dulces a través del rugido de los truenos, del agua y del viento, cantando mientras se desvanecían en la lejanía: «¡Hacia el mar!».

—¿Hacia el mar? —dijo Tom—. Si todo el mundo se va al mar, yo también. Adiós, truchas. —Pero las truchas estaban tan ocupadas engullendo gusanos que no se volvieron para responderle y ahorraron a Tom el dolor de la despedida.

Y así, Tom siguió la precipitada corriente, guiado por los relucientes relámpagos de la tormenta. Contempló rocas bordeadas de abedules, que ora brillaban como la luz del día, ora se oscurecían como la noche. Descubrió oscuros bancos de truchas en los bajíos llenos de remolinos. Allí se encontró con grandes truchas que saltaban abalanzándose sobre Tom, creyendo que era bueno para comer, y luego se daban la vuelta refunfuñando, pues las hadas volvían a mandarlas a casa después de darles un rapapolvo tremendo por haber osado meterse con un niño del agua. Tom bajó y bajó por angosturas y cataratas estruendosas, donde las aguas torrenciales lo dejaron sordo y ciego por un instante; bajó por tramos profundos, donde los blancos nenúfares se sacudían y daban vueltas bajo el viento y el granizo; y pasó por pueblos adormilados

y por debajo de los oscuros arcos de los puentes, y así se fue alejando cada vez más hacia el mar. No podía parar y tampoco se molestó en intentarlo. Allí abajo encontraría el gran mundo, los salmones, las olas y el amplísimo mar.

Cuando se hizo de día, Tom había llegado al río de los salmones.

Y ¿qué clase de río crees que era? ¿Dirías que se parecía a un riachuelo irlandés, que serpentea por las ciénagas marrones, donde los patos salvajes chapotean entre los nenúfares y los zarapitos revolotean de un lado a otro, gritando: «tuly-huip, vigila al rebaño»? ¿Crees que era el lugar donde suceden las extrañas historias que Dermis te cuenta sobre Peishtamore, el gran diablo-serpiente que yace en los remansos de negra turbera, entre los tallos de los viejos pinos, y que asoma la cabeza por la noche para mordisquear al ganado cuando se acerca para beber? Ten cuidado, no debes creerte todo lo que Dermis te cuente. Si le preguntas:

—¿Crees que hay salmones aquí, Dennis?

Él te contestará:

—¿Que si hay salmones, señor? Los hay a carretadas y regimientos, saltando fuera del agua a empujones. ¿No ha tenido la suerte de verlos?

Entonces pescas por todo el remanso y no consigues que ningún pez pique.

—¡Pero aquí no puede haber salmones, Dennis! Piensa. Si hubiera venido tan sólo uno con la última crecida, ya se habría marchado a los remansos de allá arriba.

—Claro, el señor es el verdadero pescador y se explica como un libro abierto. ¡Caray, habla como si conociera el agua desde hace mil años! Como acabo de decir, ¿cómo iba a haber peces aquí ahora?

—Pero, ¿no acabas de decir que saltaban fuera del agua a empujones?

Entonces, Dennis te mirará con sus bonitos ojos, ladinos, suaves, adormilados, bondadosos, de ésos en los que no puedes confiar, irlandeses y grises, y te responderá con la más hermosa de las sonrisas:

—Claro, pero pensé que el señor querría escuchar una respuesta agradable.

Así que no debes confiar en Dennis, porque tiene por costumbre dar respuestas agradables; sin embargo, en lugar de enfadarte con él, debes recordar que no es más que un pobre irlandés, que no sabe más. Por tanto, lo que tienes que hacer es carcajearte y entonces él también se carcajeará, trabajará como un esclavo, trotará detrás de ti y te mostrará dónde hay una buena pesca si puede —pues es un tipo cariñoso y le gusta la pesca tanto como a ti—, y, si no puede, te contará mentirijillas, unas cien cada hora. Mientras tanto, se preguntará por qué la pobre Irlanda no prospera como Inglaterra, Escocia y otros lugares donde la gente ha hecho suya la ridícula idea de que la honestidad es la mejor política.

¿O crees que era como un río de salmones galés, que destaca principalmente (al menos, hasta el año pasado) por no tener salmones, puesto que los campesinos progresistas los han hecho desaparecer mediante la pesca furtiva para impedir que los

cythrawl sassenach (lo cual se refiere a ti, querido mío, a tus deudos y amigos, y significa casi lo mismo que la expresión china fon quef) vengan a Gales a dar la lata con buenos avíos de pesca, dinero disponible, civilización, una honestidad corriente y cosas por el estilo que los cámbricos no necesitan para nada?

¿O crees que era un arroyo de salmones como los que espero que veas entre las vegas de Hampshire antes de que tu cabello tenga canas cuando estén regulados por la nueva e inteligente legislación pesquera? Y cuando los aprendices de Winchester convengan, como hicieron hace trescientos años, que se prohíba comer salmón más de tres días a la semana.

O cuando haya tanta abundancia de pescado fresco bajo el chapitel de la catedral de Salisbury como en Holly-hole, en Christ-church. O cuando lleguen los buenos tiempos y la gente se dé cuenta de que, de toda la comida que Dios nos ofrece, lo que debemos proteger con mayor esmero es ese digno caballero llamado salmón, que es lo bastante generoso como para bajar hasta el mar pesando 140 gramos y medio, y regresar al año siguiente pesando casi dos kilos y medio sin costarle a la tierra o al estado ni un cuarto de penique.

¿O crees que era como un arroyo escocés, como el que trazó Arthur Clough en su «Bothie»?:

Sobre un saliente de granito.

Por una cuenca de granito bajaba el torrente de ámbar...

Era hermoso allí, el color derivaba de las rocas verdes del fondo; era hermoso, sobre todo cuando surgían burbujas de espuma y mezclaban sus nubes de blanco con el tono delicado de la quietud....

Acantilados en sus riberas, con serbales y ramas de abedul colgantes....

Ay, pequeño, cuando seas un grandullón y pesques en un arroyo así, creo que apenas te importará que la corriente de agua baje rugiendo en medio de una gran crecida, como café cubierto de crema caliente, mientras los peces se arremolinan alrededor de tu mosca artificial, igual que una pala de remo en una carrera, o suben disparados por la catarata como flechas plateadas, traspasando una espuma ferocísima. Ni te importará que la llovizna se reduzca a una hebra y los guijarros del fondo estén blancos y polvorientos como un camino de peaje, mientras los salmones se apiñan formando una oscura nube en el remanso de ámbar transparente, consumiendo dormidos su tiempo, hasta que la lluvia regrese arrastrándose desde el mar. No te importará mucho, si tienes visión e inteligencia, porque estarás satisfecho de colocar la caña y tus ojos se embeberán de la belleza de ese glorioso lugar; escucharás al mirlo de agua piar sobre las piedras y verás cómo los corzos amarillentos se acercan a beber y te miran con sus grandes, suaves y confiados ojos,

como diciendo: «No tendrás agallas para dispararnos, ¿verdad?». Y luego, si tienes sentido común, te girarás y hablarás con un gran ayudante, gigantesco, que estará a tu lado tomando el sol sobre una piedra. No te contará mentirijillas, chiquitín, pues es escocés y teme a Dios, y no al párroco. Cuando hables con él, te sorprenderás cada vez más de su conocimiento, su sensatez, su humor y su cortesía, y descubrirás —a menos que lo hayas descubierto antes— que, con la Biblia, un hombre puede llegar a aprender a ser todo un caballero, más aún que si hubiera sido educado en los salones de Londres.

No. El arroyo de salmones de Harthover no era como ninguno de éstos. Era uno de esos arroyos que pueden verse en los grabados de nuestro querido Bewick, que nació y se crió en ellos. Tenía unos cien metros de anchura, se deslizaba por anchos remansos y anchos bajíos, por anchos bajíos y anchos remansos, pasaba junto a grandes campos de guijarros, aprovechando la espesura de robles y fresnos, a lo largo de bajos acantilados de arenisca, por verdes prados y bellos parques, cerca de una gran casa de piedra gris, dejando atrás, allí en lo alto, oscuros brezales; y aquí y allá se erguían contra el cielo las chimeneas humeantes de las minas de carbón. Tienes que ver un Bewick para saber cómo era, pues lo ha plasmado cientos de veces con el cariño y el amor de un auténtico paisano del norte. Aunque el río de salmones no te interese, deberías, como todos los buenos chicos, conocer a Bewick.

Al menos, eso era lo que el bueno de Sir John solía afirmar con gran sentimiento, como era costumbre en él:

—He oído decir que en Francia, si quieren describir a un joven caballero refinado, dicen: «Il sait son Rabelais». Pero cuando yo quiero describir a uno en Inglaterra, digo: «Conoce a Bewick». Y creo que ése es el mejor cumplido que hay.

Pero Tom no pensó nada sobre el aspecto del río. No pensaba en nada más que en descender hasta el amplísimo mar.

Al cabo de un rato, llegó a un lugar donde el río se desplegaba en tramos anchos, tranquilos y poco profundos; tan amplios que el pequeño Tom, al asomar la cabeza fuera del agua, apenas podía divisar el final.

Y allí se paró. Estaba un poco asustado. «Esto tiene que ser el mar —pensó—. ¡Es un lugar amplio! Si me adentro más, seguro que me perderé o algún bicho raro me picará. Me detendré aquí y buscaré a las nutrias, a las anguilas o a alguien que me diga adónde puedo ir.»

De modo que retrocedió un poco, se metió en la grieta de una roca, justo donde el río se abría hacia los amplios bajíos, y buscó a alguien que le pudiera mostrar el camino: pero las nutrias y las anguilas se habían marchado arroyo abajo y estaban a muchos kilómetros de distancia.

Estuvo esperando y durmiendo, ya que se sentía muy cansado debido al viaje nocturno. Cuando se despertó, el arroyo se estaba aclarando y reflejaba un hermoso

tono de ámbar, a pesar de que aún estaba en la parte alta. Al cabo de un rato, se fijó en algo que lo sobresaltó porque se dio cuenta al instante de que era una de las cosas que había venido a ver.

¡Menudo pez! Era diez veces más grande que la trucha más enorme y cien veces más grande que Tom. Iba remontando arroyo arriba, a su lado, con la misma facilidad con la que Tom había descendido.

¡Menudo pez! Era brillante, plateado de la cola a la cabeza y con manchas de carmín aquí y allá; tenía una gran nariz de gancho, un gran labio curvado y un gran ojo brillante, que miraba a su alrededor con el orgullo de un rey y escudriñaba el agua a derecha e izquierda como si todo le perteneciera. Seguro que era el salmón, el rey de todos los peces.

Tom se asustó tanto que deseó meterse en un agujero, aunque no hacía falta, pues los salmones son todos unos auténticos caballeros y, como verdaderos caballeros que son, tienen un aspecto muy noble y orgulloso. Además, también como verdaderos caballeros, nunca hacen daño ni se pelean con nadie, sino que se preocupan de sus propios asuntos y dejan en paz a los tipos maleducados.

El salmón lo miró directamente a los ojos y luego prosiguió su camino sin hacerle caso, dando una o dos sacudidas de cola que hicieron que el arroyo volviera a hervir. Transcurridos unos minutos, acudió otro; luego, cuatro o cinco, y así sucesivamente. Todos pasaban por su lado, lanzándose y zambulléndose en el rápido, y dando fuertes golpes con sus colas de plata. De vez en cuando, saltaban desde el agua por encima de una roca, centelleando gloriosamente por un instante de cara al sol, que brillaba como nunca, mientras Tom se deleitaba tanto que hubiera podido estar mirándolos durante todo el día.

Finalmente, se presentó uno que era mucho más grande que los demás, aunque se acercaba lentamente, se paraba, miraba hacia atrás y parecía muy angustiado y ocupado. Tom advirtió que ayudaba a otro salmón, uno especialmente bonito, que no tenía ni una mancha, sino que iba vestido de pura plata de la cola a la cabeza.

—Cariño —dijo el gran pez a su compañera—, pareces terriblemente cansada y al principio no debes hacer un esfuerzo excesivo. Descansa un poco detrás de esta roca. —Y la acompañó cariñosamente con la nariz a la roca donde Tom estaba sentado.

Debes saber que se trataba de la mujer del salmón. Pues los salmones, como los auténticos caballeros, siempre escogen a su dama, la aman, le son fieles, cuidan de ella, trabajan para ella y se pelean por ella, como debe hacer todo auténtico caballero. No son como los vulgares cachos, carpas y lucios, que no tienen sentimientos elevados y no cuidan de sus esposas.

Entonces descubrió a Tom y lo miró ferozmente durante un instante, como si fuera a morderlo.

—¿Qué quieres? —preguntó con ferocidad.

—¡Eh, no me hagas daño! —gritó Tom—. Sólo quería mirarte. ¡Eres tan bonito!

—¿Cómo? —exclamó el salmón, muy majestuoso y muy educado—. Te ruego que me perdones. Ya veo lo que eres, queridito mío; ya me he encontrado anteriormente con una o dos criaturas como tú, y me parecieron muy agradables y educadas. Sí, es verdad. Hace poco, una de ellas fue muy amable conmigo, a lo cual confío en poder corresponder. Espero que no nos hayamos entrometido en tu camino. Tan pronto como la dama haya descansado, continuaremos nuestro viaje.

¡Qué salmón tan encantador y qué bien educado!

—Entonces, ¿ya habéis visto antes criaturas como yo? —preguntó Tom.

—Varias veces, cariño. De hecho, justo ayer por la noche, en la desembocadura del río, vino uno y nos advirtió a mí y a mi mujer de que había unas redes nuevas que se habían metido en el arroyo, no sé cómo, desde el pasado invierno, y nos enseñó de un modo muy encantador y atento el camino para rodearlas.

—Así pues, ¿hay niños en el mar? —gritó Tom y aplaudió con sus manitas—. Entonces, ¿voy a tener a alguien con quien jugar? ¡Qué maravilla!

—¿No había niños en este arroyo? —preguntó la dama salmón.

—¡No! ¡Y me he sentido tan solo! Ayer por la noche creí ver a tres, pero se marcharon al instante hacia el mar. Así que yo también fui, pues no tenía a nadie con quien jugar, salvo con las larvas de frigánea, las libélulas y las truchas.

—¡Puaj! —exclamó la dama asqueada—. ¡Qué compañía más baja!

—Cariño, si ha estado en baja compañía, seguro que no ha adquirido sus bajos modales —afirmó el salmón.

—Claro que no. Mi pobre pequeñín. ¡Qué triste ha debido ser para él vivir entre gentuza como las larvas de frigánea, que tienen seis patas, las muy asquerosas, o como las libélulas! Por Dios, pero si ni siquiera son buenas para comer. Una vez las probé y están duras y vacías. En cuanto a las truchas, todo el mundo sabe lo que son —y al decir eso curvó el labio, adoptando una actitud ostensiblemente desdeñosa. Su marido hizo lo mismo hasta parecer tan orgulloso como Alcibíades.

—¿Por qué tenéis tanta aversión a las truchas? —preguntó Tom.

—Cariño, ni siquiera las mencionamos, si podemos evitarlo, pues lamento decirte que son relaciones que no nos honran. Hace muchísimos años eran igual que nosotros. Pero eran tan perezosas, cobardes y avariciosas que, en lugar de descender hacia el mar cada año para ver el mundo, fortalecerse y engordar, decidieron quedarse, husmear en los riachuelos y comer gusanos y larvas. Y han sido merecidamente castigadas, porque ahora son feas, marrones y pequeñas, están llenas de manchas y sus gustos se han degradado tanto que se comen a nuestros niños.

—Y luego van y pretenden restablecer las relaciones con nosotros —añadió la dama—. Caray, pero si me he enterado de que una de esas criaturitas pequeñajas le pidió la mano a una dama salmón, ¡la muy descarada!

—Espero —dijo el caballero— que haya muy pocas damas de nuestra raza que se degraden a sí mismas escuchando, ni aunque sea por un instante, a una criatura como ésa. Si viera ocurrir algo así, consideraría un deber ejecutarlos allí mismo.

Así habló el viejo salmón, igual que un viejo hidalgo español de sangre azul. Es más, cumpliría su palabra. Pues, verás, no hay enemigos que se traten con mayor encono que los de la misma raza. Igual que algunas personas grandes con algunas personas pequeñas, los salmones ven a las truchas demasiado parecidas a ellos como para tolerarlo.

CAPÍTULO IV

*Dulce es el conocimiento que la naturaleza otorga;
nuestro intelecto entrometido
desfigura las formas hermosas de las cosas;
—asesinamos para diseccionar.
Basta ya de ciencia y de arte;
cierra esas hojas yermas;
tráete un corazón, acércate,
para que, con él, contemples y recibas.*

WORDSWORTH

Los salmones continuaron río arriba, después de que Tom les advirtiera de las malvadas y viejas nutrias, y éste continuó río abajo bordeando la ribera, aunque despacio y con cautela. Pasaron muchos días, pues distaban muchas millas hasta el mar. Quizá Tom no habría encontrado nunca el camino si las hadas no lo hubieran guiado sin que él les viera la cara o sintiera sus tiernas manos.

Entonces, mientras avanzaba, tuvo una extraña aventura. Era una clara y sosegada noche de septiembre, y la luna brillaba con tanto resplandor a través del agua que Tom no podía dormir, a pesar de que tenía los ojos bien cerrados. Finalmente, subió hasta la superficie, se sentó en la punta de una roca y miró la luna ancha y amarilla. Se preguntó qué debía ser y pensó que lo estaba observando. Entonces contempló el reflejo de la luna sobre el río susurrante, las puntas negras de los abetos y los pastos cubiertos de escarcha plateada, y escuchó el lamento de la lechuza, el balido de la agachadiza, el aullido del zorro y la risa de la nutria. Olió el suave perfume de los abedules y las bocanadas de miel de brezo provenientes del páramo de los urogallos, allá arriba, y se sintió muy feliz, aunque no sabía por qué. Evidentemente, tú habrías pasado mucho frío sentado allí, en una noche de septiembre, sin una mínima pieza de ropa sobre tu espalda mojada; pero Tom era un niño del agua y, por lo tanto, sentía el mismo frío que podía sentir un pez.

De repente, vio algo muy hermoso. A lo largo de la orilla del río se movía una luz roja brillante que lanzó sobre el agua una raíz alargada en llamas. Tom, que era un granuja muy curioso, tuvo la necesidad de ir a ver lo que era, así que nadó hasta la ribera, se quedó delante de la luz cuando ésta se paró y en el extremo de una roca bajita se asomó a un tramo poco profundo.

Allí, bajo la luz, había cinco o seis salmones mirando hacia la llama, con los ojos

abiertos como platos y meneando la cola como si les deleitara.

Tom se acercó a la superficie para ver más de cerca aquello tan maravilloso y salpicó agua.

Oyó una voz que dijo:

—Ahí ha picado un pez.

No sabía lo que significaban esas palabras, pero le pareció conocer su sonido y la voz que las pronunció. En la orilla distinguió a dos grandes criaturas bípedas: una de ellas sostenía la luz, que llameaba y chisporroteaba; y la otra, una vara alargada. Supo que eran hombres, se asustó y se arrastró hasta un agujero en la roca, desde donde podía ver lo que ocurría.

El hombre de la antorcha se inclinó sobre el agua y miró hacia dentro concienzudamente. Luego dijo:

—Tú, agarra ese pedazo de pez que pesa siete kilos. Y aprieta bien la mano.

Tom sintió que acechaba algún peligro y le entraron ganas de avisar a ese salmón bobo que no dejaba de contemplar la luz como si estuviera hechizado. Pero antes de que se decidiera, la vara atravesó el agua, que salpicó; entonces tuvo lugar una lucha aterradora. Tom descubrió que habían arponeado al pobre salmón de arriba a abajo y que lo sacaban del agua.

Luego, desde atrás, otros tres hombres saltaron encima de los primeros y hubo gritos, golpes y palabras que Tom recordaba haber oído antes; se estremeció y sintió repulsión hacia ellos, pues de alguna forma notaba que eran extraños, feos, malos y horribles. Empezó a recordar todo. Eran hombres y estaban peleándose; era una pelea salvaje, desesperada, que se desarrollaba de aquí para allá, como las que ya había visto antes demasiadas veces.

Se tapó las orejitas y deseó irse de allí nadando. Se alegró mucho de ser un niño del agua y no tener que relacionarse más con hombres brutos y horripilantes que se cubrían las espaldas con ropa sucia y la boca con bajas palabras; pero no se atrevió a moverse de su escondrijo. Mientras tanto, la roca temblaba sobre su cabeza con los pisotones y los forcejeos que tenían lugar entre los guardianes y los pescadores furtivos.

De repente, se produjo una salpicadura de agua tremenda, un rayo de luz aterrador y un siseo; entonces todo quedó en silencio.

Cerca de Tom, uno de los hombres había caído al agua. Era el que aguantaba la luz con la mano. Se hundió en el rápido del río y dio vueltas y más vueltas en la corriente. Tom oyó que allá arriba los hombres lo seguían, corriendo; parecía que lo buscaban, pero el agua se lo llevó hacia dentro, al hondo agujero que había en las profundidades. Entonces se quedó allí quieto y no lo pudieron encontrar.

Tom esperó mucho rato hasta que todo se calmó y luego echó un vistazo y vio que el hombre estaba tumbado. Finalmente, se armó de valor y nadó hacia él. «Puede

ser —pensó—, que el agua haya hecho que se duerma, como me pasó a mí.»

Se acercó más. Le entró cada vez más curiosidad, sin saber por qué. Tenía que ir a echar una ojeada. Tenía que avanzar muy silenciosamente, claro, así que dio más y más vueltas alrededor del hombre, cada vez más cerca y, por último, como éste no se inmutó, se acercó mucho y le miró la cara.

La luna estaba tan resplandeciente que Tom pudo ver todas sus facciones y, poco a poco, fue recordando que se trataba de su viejo patrón, Grimes.

Tom puso pies en polvorosa y se alejó nadando tan rápido como pudo.

«¡Ay madre! —pensó—. Ahora se convertirá en un niño del agua. ¡Vaya si dará la lata, el muy asqueroso! Puede que me encuentre y vuelva a pegarme.»

De modo que volvió a subir un tramo, río arriba, y se quedó allí el resto de la noche, debajo de la raíz de un aliso. Al llegar la mañana, quiso descender otra vez hasta el gran remanso para ver si el señor Grimes ya se había convertido en un niño del agua.

Se acercó con mucho cuidado, escudriñando todas las rocas y escondiéndose debajo de las raíces. El señor Grimes aún estaba allí tumbado: no se había convertido en un niño del agua. Por la tarde, Tom volvió otra vez. No podría estar tranquilo hasta descubrir qué había sido del señor Grimes. Pero esta vez el señor Grimes no estaba y Tom llegó a la conclusión de que se había convertido en un niño del agua.

Pero el pobre chiquitín podía estar tranquilo, puesto que el señor Grimes no se había convertido en un niño del agua ni en nada que se le pareciese. Sin embargo, continuó receloso porque durante mucho tiempo temió encontrarse repentinamente con su antiguo patrón en algún remanso profundo. No sabía que las hadas se lo habían llevado y lo habían puesto donde ponen todo lo que cae al agua: justo donde tiene que estar. Pero, verás, lo que le pasó al señor Grimes le afectó tanto que nunca más volvió a pescar salmones furtivamente. Porque está claro que cuando un hombre se hace pescador furtivo declarado, la única manera de curarlo es poniéndolo bajo el agua durante veinticuatro horas, como a Grimes. Así que, cuando crezcas y te conviertas en un hombretón, compórtate como los tipos honestos y nunca toques un pez o una pieza de caza que pertenezca a otro hombre sin su consentimiento expreso. Si actúas así la gente te llamará caballero y te tratará como a tal, y quizá te invite a cazar o a pescar en vez de pegarte y tirarte al río o llamarte miserable pescador furtivo.

Después, Tom se fue más abajo, pues le asustaba quedarse cerca de Grimes. Y mientras se alejaba, todo el valle parecía triste. Las hojas rojas y amarillas caían como gotas al río, las moscas y los escarabajos se habían muerto o ya no estaban, y la gélida niebla otoñal yacía, baja, sobre los cerros y, a veces, se tumbaba sobre el río con tanto espesor que Tom no veía el camino. En lugar de verlo, lo sentía, siguiendo la corriente del arroyo día tras día, pasando bajo grandes puentes, al lado de botes y

barcazas, por la gran ciudad, con sus embarcaderos, sus fábricas, sus altas chimeneas humeantes y sus barcos anclados en el arroyo. De vez en cuando chocaba con cabos gruesos, se preguntaba qué debían ser, echaba una ojeada y veía a los marineros holgazaneando a bordo, fumando sus pipas. Luego se volvía a sumergir, pues le asustaba terriblemente la posibilidad de que los hombres lo agarraran y se convirtiera otra vez en un deshollinador. No sabía que las hadas siempre estaban cerca, cerrando los ojos a los marineros para que no pudieran verlo y apartándolo de los canales de los molinos, de las bocas de las alcantarillas y de todas las cosas malas y peligrosas. Pobrecillo, para él fue un viaje espantoso y en más de una ocasión anheló regresar a Vendale a jugar con las truchas bajo el brillante sol del verano. Pero no podía ser. Lo pasado, pasado está. Y las personas pueden ser niños pequeñitos, incluso niños del agua, sólo una vez en la vida.

Además, las personas que deciden ir a ver el mundo, tal como hizo Tom, necesariamente lo encuentran al final de un viaje muy cansado. Dichosos son los que no se descorazonan ni se paran a medio camino y continúan adelante valientemente hasta el final, como hizo Tom. Ya que, de no ser así, entonces, no serán ni chiquillos ni hombres, ni peces, carne o arenque ahumado: habrán aprendido muchas cosas y, sin embargo, nunca las suficientes.

No obstante, Tom siempre fue un pequeño bulldog inglés valiente y decidido que no aceptaba la derrota, y siguió adelante hasta que divisó a través de la niebla una gran anchura más allá de la boya roja. Entonces, para sorpresa suya, vio que el arroyo daba la vuelta, tierra adentro.

Era la marea, claro. Pero Tom no sabía nada acerca de la marea. Él sólo sabía que a su alrededor el agua, que era dulce, se haría salada en cuestión de un minuto. Entonces sufrió un cambio. Se sentía igual de fuerte, ligero y fresco que si le corriera champán por las venas y dio, sin saber por qué, tres saltos de un metro fuera del agua, boca arriba, como hacen los salmones cuando tocan por primera vez la noble y rica agua salada, que, como dicen algunos sabios, es la madre de todos los seres vivos.

Ahora no le importaba que la marea viniera en dirección contraria. La boya roja estaba a la vista, bailando en el mar abierto; quiso ir hacia ella y hacia ella fue. Atravesó grandes cardúmenes de lubinas y salmonetes, que saltaban y se hundían en el agua persiguiendo a las gambas, pero no les hizo ningún caso ni ellos a él. En una ocasión pasó por el lado de una gran foca negra y brillante que venía detrás de los salmonetes. Sacó la cabeza y los hombros fuera del agua y miró a Tom con el mismo aspecto que un negro gordo y viejete con una calva gris. Tom, en vez de asustarse, saludó: «¿Cómo está, señor? Qué sitio más bonito es el mar, ¿verdad?». Y la vieja foca, en vez de intentar morderlo, lo miró con sus ojos suaves, soñolientos y parpadeantes, y respondió: «Que tengas una buena marea, pequeño. ¿Buscas a tus hermanos y hermanas? Los he visto a todos allí fuera, mientras jugaban».

—Qué bien —dijo Tom—, por fin voy a tener compañeros de juego.

Y nadó hasta la boya, se subió a ella (pues se había quedado sin aliento), se sentó y buscó niños del agua a su alrededor. Pero no vio a ninguno.

La brisa marina venía junto con la marea y su frescor ahuyentó a la niebla; las pequeñas olas bailaban de alegría alrededor de la boya y la boya bailaba con ellas. Las sombras de las nubes hacían carreras a lo largo de la bahía azul y brillante y, sin embargo, nunca se alcanzaban las unas a las otras; las olas se zambullían alegremente sobre las amplias arenas blancas, saltaban por encima de las rocas para ver cómo eran los campos verdes que había dentro, se desplomaban y se fragmentaban en pedazos, y les importaba un pepino, puesto que se reintegraban y volvían a saltar. Las golondrinas de mar revoloteaban por encima de Tom como si fueran inmensas libélulas blancas con la cabeza negra, las gaviotas se reían como las niñas cuando juegan y los ostreros, con sus picos y patas rojos, volaban arriba y abajo, de punta a punta de la costa, y silbaban con dulzor y bravura. Tom miraba y miraba, y también escuchaba. Si hubiera podido ver a los niños del agua habría sido muy feliz. Entonces, cuando la marea repuntó, dejó la boya y dio vueltas y más vueltas, buscándolos; pero fue en vano. A veces creía oír cómo reían, pero sólo eran las risas del oleaje. A veces creía verlos en el fondo, pero sólo eran conchas blancas y rosadas. En cierta ocasión, se convenció de que había encontrado uno, pues vio dos ojos brillantes asomándose fuera de la arena. Se sumergió, empezó a escarbar y gritó: «¡No te escondas, me encantaría tener a alguien con quien jugar!». Y, de un salto, salió un rodaballo, con sus feos ojos y su boca torcida, y se alejó dando coletazos por el suelo, arrollando al pobre Tom. Entonces éste se sentó en el fondo del mar y derramó lágrimas saladas debido a su gran desilusión.

¡Mira que recorrer todo ese camino, enfrentarse a tantos peligros y, a pesar de ello, no encontrar a ningún niño del agua! ¡Qué duro! Bueno, realmente le pareció duro. Pero las personas, incluso los niños pequeños, no pueden obtener todo lo que desean sin haberse esforzado por conseguirlo, chiquitín, como algún día aprenderás.

Tom permaneció sentado encima de la boya durante largos días y largas semanas, observando el mar y preguntándose cuándo volverían los niños del agua. Pero nunca volvieron.

Entonces empezó a preguntar a todos los seres extraños que venían del mar si habían visto a alguno. Hubo quien le dijo que sí, y hubo quien no le contestó nada.

Se lo preguntó a las lubinas y a los gados, pero perseguían a las gambas con tanta avidez que ni se molestaron en decirle alguna palabra.

Luego se acercó una flota entera de caracoles de mar de color púrpura, que iban flotando cada uno sobre una esponja llena de espuma. Tom les preguntó:

—¿De dónde venís, hermosas criaturas? ¿Habéis visto a los niños del agua?

Y los caracoles de mar respondieron: «No sabemos de dónde venimos y tampoco

adónde vamos. Nos pasamos la vida flotando en medio del océano, con la cálida luz del sol sobre nuestras cabezas y la corriente del Golfo de México debajo. Con eso nos basta. Sí, quizás hayamos visto a los niños del agua. Hemos visto cosas muy extrañas mientras navegábamos». Y los muy bobos y felices se fueron flotando, y todos desembarcaron en la arena.

Entonces llegó un gran pez luna muy perezoso, del tamaño de un cerdo gordo cortado por la mitad. Él también parecía que estuviese cortado por la mitad y que lo hubieran estrujado dentro de un guardarropa hasta quedar plano; aunque, en contraste con su gran cuerpo y sus grandes aletas, tenía una boca de conejito, no más grande que la de Tom. Cuando Tom lo interrogó, le respondió con una vocecita chirriante y débil:

—Te aseguro que no lo sé; me he perdido. Yo quería ir a Chesapeake y me temo que, no sé cómo, me he equivocado. ¡Madre mía! Y todo por seguir esa agua calentita tan agradable. Seguro que me he perdido.

Cuando Tom se lo volvió a preguntar, sólo contestó: «Me he perdido. No me hables, quiero pensar».

Sin embargo, como les ocurre a muchísimas personas, cuanto más trataba de pensar, menos pensaba. Tom vio que fue a trancas y barrancas durante todo el día hasta que los guardacostas divisaron su gran aleta sobresaliendo del agua, remaron hasta allí y le clavaron el bichero. Se lo llevaron al pueblo, lo expusieron haciendo pagar un penique por persona y se sacaron un buen jornal. Pero, claro, eso Tom no lo sabía.

Después, se acercó rodando un banco de marsopas —papas, mamas e hijitos—, todos muy suaves y relucientes, porque las hadas los barnizan a muñeca cada mañana. Al acercarse, suspiraron con tanta suavidad que Tom se armó de valor para hablar con ellos. Pero todo lo que dijeron fue: «Chsss, chsss, chsss», pues eso era todo lo que habían aprendido a pronunciar.

Más tarde llegó un banco de cetorrinos —algunos de ellos largos como un bote— y asustaron a Tom. Pero eran unos tipos perezosos y bondadosos, y no tiranos avariciosos como los tiburones blancos, los tiburones azules, los tiburones de las profundidades y los peces martillo, que se comen a los hombres; ni como los peces sierra, las zorras de mar y las oreas, que cazan a las pobrecillas ballenas. Los cetorrinos se acercaron, refregaron sus grandes costados en la boya y se quedaron tumbados, tomando el sol con sus aletas traseras fuera del agua. Habían comido tantos arenques que estaban muy atontados y Tom se puso muy contento cuando un bergantín carbonero los ahuyentó, porque, la verdad, apestaban y tuvo que taparse la nariz durante el rato que estuvieron allí.

Luego se acercó una criatura muy bonita, como una cinta de plata pura con cabeza afilada y unos dientes muy largos, que parecía muy enferma y triste. A veces

no podía evitar rodar hacia un lado y entonces salía disparada, relumbrando como un fuego blanco; después se volvía a poner enferma y se quedaba quieta.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Tom—. ¿Y por qué estás tan triste y enferma?

—Vengo de las Carolinas del Norte y del Sur, de los bancos de arena bordeados de pinos, donde las grandes rayas saltan y ondean, como murciélagos gigantes, sobre la marea. Pero he vagado yendo más y más al norte, montada en la traidora y cálida corriente del Golfo de México, hasta topar con los fríos icebergs que flotan en medio del océano. De modo que me enredé entre los icebergs y me congelé con su aliento helado. Pero los niños del agua me ayudaron a desenmarañarme y me liberaron. Ahora me voy recuperando día a día, pero estoy muy enferma y triste: quizá no pueda volver a casa nunca más para jugar con las rayas.

—¡Anda! —gritó Tom—. ¿Has visto niños del agua? ¿Has visto a alguno por aquí cerca?

—Sí. Si ayer por la noche no hubieran vuelto a ayudarme, se me habría zampado una gran marsopa negra.

¡Qué irritante! Los niños del agua cerca de él y, sin embargo, no encontraba a ninguno.

Entonces se alejó de la boya. Solía pasear por la arena y rodear las rocas, salía por la noche —como el tritón abandonado del hermosísimo poema del señor Arnold, que algún día tendrás que aprenderte de memoria— y acostumbraba a sentarse en la punta de una roca, entre las relucientes algas, durante las mareas bajas de octubre, mientras gritaba y llamaba a los niños del agua. Pero nunca oyó ninguna voz que le respondiera. Al final, se quedó muy enjuto y flaco a causa de su agitación y su continuo llanto.

Sin embargo, un día encontró a un compañero de juegos entre las rocas. ¡Qué pena! No era un niño del agua, sino una langosta; y una langosta muy distinguida, pues tenía percebes vivos en las garras, lo que representa una gran marca de distinción en el reino de las langostas que, igual que la buena conciencia o la Cruz Victoria, no se puede comprar con dinero.

Tom no conocía a ninguna langosta y ésta lo fascinó extraordinariamente, pues le pareció la criatura más curiosa, rara y ridícula que había visto. Y en eso no estaba muy equivocado, porque todos los hombres ingeniosos, todos los hombres científicos y todos los hombres imaginativos del mundo —metiendo a los antiguos pintores alemanes de espectros en el mismo saco— no podrían inventar nada tan curioso, ni tan ridículo como una langosta, incluso si se hirvieran todas sus ideas en un mismo cazo.

Tenía una garra nudosa y otra serrada, y a Tom le deleitaba contemplar cómo se agarraba a las algas con su garra nudosa mientras cortaba ensalada con la serrada, y

luego se las metía en la boca, después de olerlas, como un mono. Y los pequeños percebes siempre lanzaban sus redes, rastreaban el agua y se preparaban para recibir una ración de lo que hubiera para cenar.

Pero lo que dejó más perplejo a Tom fue cómo se impulsaba: ¡pam!, como el juego de la rana saltarina que te fabricas con el hueso de la pechuga de una oca. Efectivamente, daba unos saltos maravillosos y además hacia atrás. Cuando quería meterse en una grieta estrecha que estaba a diez metros, ¿qué crees que hacía? Si hubiera entrado de frente, evidentemente no habría podido darse la vuelta. Así que solía entrar de cola, con la espalda extendida para que la guiaran sus largas antenas, que tienen el sexto sentido en las puntas (y nadie sabe lo que es el sexto sentido). Luego retorcía los ojos hacia atrás, hasta que casi se le salían de sus órbitas, y después: ¡presenten armas... apunten... fuego! ¡Pam! Entonces salía disparada y entraba de un salto en el agujero. A continuación se asomaba y hacía girar sus bigotes, como diciendo: «¿A que no sabes hacer eso?».

Tom le preguntó sobre los niños del agua. «Sí», respondió. Los había visto a menudo. Pero no les tenía demasiada consideración. Eran unas criaturitas entrometidas que iban por ahí ayudando a los peces y a las conchas que se metían en líos. Claro, desde su punto de vista, le habría dado vergüenza que la ayudaran unas suaves criaturitas que ni siquiera tenían caparazón en la espalda. Había vivido en este mundo el tiempo suficiente como para cuidar de sí misma.

La vieja langosta era orgullosa y no muy educada con Tom; aunque más adelante descubrirás que tuvo que cambiar de opinión antes de que todo acabara, como ocurre habitualmente con las personas engréidas. Sin embargo, era tan divertida y Tom estaba tan solo que no pudo reñir con él. Solían sentarse en los agujeros de las rocas y charlar durante horas y horas.

Un día de aquellos, Tom participó en una aventura muy extraña e importante. Tan importante que estuvo a punto de no encontrar jamás a los niños del agua. Seguro que eso te habría sabido mal.

Espero que durante todo este tiempo no te hayas olvidado de la pequeña y blanca dama. En cualquier caso, ahora aparecerá esa limpia, blanca, buena y pequeña preciosidad, como siempre fue y siempre será. Sucedió durante los días cortos y agradables de diciembre, cuando el viento siempre sopla del sudoeste hasta que el viejo Papá Noel llega y extiende el gran Carito blanco, y los niños y niñas están listos para dar a los pajaritos su cena de Navidad a base de migas... Sucedió (como iba diciendo) durante los agradables días de diciembre, cuando Sir John estaba tan ocupado cazando que nadie en casa podía sacarle ni una sola palabra. Cazaba cuatro días a la semana realizando una gran cacería; los otros dos días ejercía la judicatura y acudía a la junta de guardianes, y actuaba con muy buena justicia. Cuando llegaba a casa a tiempo, cenaba a las cinco, pues odiaba esa nueva moda absurda de cenar a las

ocho durante la temporada de caza, lo cual obliga a un hombre a pedir al lacayo el favor de darle carne de ternera y cerveza frías al llegar a casa. De esta forma, pierde el apetito, y luego duerme en el sofá de su dormitorio, agarrotado y cansado, durante dos o tres horas antes de poder cenar como un caballero. Cuando seas tu propio dueño, pequeñín, debes ser como Sir John y, si quieres leer mucho y montar mucho a caballo, mantén los horarios tradicionales de Cambridge —el desayuno a las ocho y la cena a las cinco—, con lo cual conseguirás hacer el trabajo de dos jornadas en una sola. Aunque, claro, si encuentras un zorro a las tres de la tarde, lo persigues hasta que oscurezca y lo dejas a más de treinta kilómetros de casa, debes retrasar la cena hasta que puedas cazarlo, tal como han hecho hombres mejores que tú. Sólo debes tener en cuenta que si a ti te entra hambre, a tu caballo no; no obstante, dale sus gachas calientes y su cerveza, y llévalo a casa con tacto. Recuerda que los buenos caballos no crecen en el seto como las moras.

Sucedió (como iba diciendo por segunda vez) que Sir John, que salía a cazar durante todo el día y cenaba a las cinco, se dormía cada noche y roncaba de un modo tan terrible que todas las ventanas de Harthover temblaban y el hollín caía de las chimeneas. Por esta razón, la señora, viendo que tenía tantas posibilidades de conseguir una conversación con él como de obtener el canto de un ruiseñor, decidió irse y dejar que todas las noches Sir John, el doctor y el capitán Swinger, el apoderado, roncaran al unísono y a sus anchas. De modo que partió hacia la costa con sus hijos para hacer vida sana gracias a una ligera exposición al yodo. También podría haberse quedado en casa y haber utilizado las vejigas acuosas de caballo de parry, pues había muchas en los establos. En ese caso se habría ahorrado el dinero y la posibilidad de que todos sus hijos enfermaran (como pasa con cientos de niños) por haberlos llevado a un hostel que apestara y estuviera mal drenado, preguntándose después cómo podían haber cogido la escarlatina y la difteria. Pero la gente no será suficientemente lista para comprender eso hasta que haya muerto debido a los malos olores. Y entonces será demasiado tarde. Además, era cierto que Sir John roncaba muy fuerte.

Sin embargo, nadie debe saber adónde fue la señora por si las jóvenes damas empiezan a pensar que allí hay niños del agua. Porque entonces los perseguirían y escarbarían para encontrarlos (además de causar un aumento en el precio de los hostales), y los pondrían en acuarios, igual que las damas de Pompeya (como puedes ver en los cuadros) que solían poner a los cupidos en jaulas. Pero nadie ha oído decir nunca que las damas de Pompeya hicieran pasar hambre a los cupidos o los dejaran morir de suciedad y abandono, como hacen las jóvenes damas inglesas con las pobres bestias del mar. De modo que nadie debe saber adonde fue la señora. Dejar morir a los niños del agua está tan mal como robar los huevos de los pájaros cantarines, porque, aunque haya miles, qué digo, millones de ambos en el mundo, no sobra

ninguno.

Pues bien, sucedió que un día, justo en la orilla y por las rocas donde Tom estaba sentado con su amiga la langosta, pasó caminando Ellie, la pequeña y blanca dama, acompañada por un hombre realmente sabio: el profesor Ptthmlnsprts.

Su madre era holandesa y, por lo tanto, nació en Curaçao (evidentemente tú ya sabes geografía y, por consiguiente, ya sabes por qué); y su padre era polaco y, por lo tanto, se crió en Petropaulowski (evidentemente ya sabes de política moderna y, por consiguiente, ya sabes por qué). A pesar de todo, como buen inglés, codiciaba los bienes de sus vecinos. Se llamaba, como he dicho, profesor Ptthmlnsprts, que es un nombre polaco muy antiguo y noble.

Como también he dicho, era un grandísimo naturalista y el profesor principal de Necrobioneopaleonthidroctonantropopitecología de la nueva universidad que había fundado el rey de las islas Caníbal. Como miembro de la Sociedad por la Aclimatación, había venido hasta aquí para recoger todas las cosas asquerosas que pudiese encontrar en la costa de Inglaterra y dejarlas en libertad en las islas Caníbal, porque allí no tenían suficientes cosas asquerosas que se comieran sus sobras.

Sin embargo, era un caballero respetable, amable, bondadoso, pequeño y viejo. Le gustaban mucho los niños (pues no era caníbal en lo más mínimo) y se portaba muy bien con el mundo entero, siempre que éste se portara bien con él. Sólo tenía un defecto (que los petirrojos machos también tienen, como podrás comprobar si miras por la ventana de la habitación): cuando cualquier otra persona encontraba un gusano curioso, daba saltitos a su alrededor, lo picoteaba, levantaba la cola y erizaba las plumas, como haría un petirrojo macho, y aseguraba que él había encontrado al gusano primero y que, por lo tanto, era su gusano. Si no, afirmaba que eso no era un gusano en absoluto.

Había conocido a Sir John en Scarborough, Fleetwood o en alguna otra parte (si a ti no te interesa saber dónde, a los demás todavía menos). Empezó a relacionarse con él, y sus hijos le gustaron mucho. Ahora bien, Sir John no sabía nada de los pajaritos de mar y no le interesaban de ningún modo, siempre y cuando el pescadero le trajera buen pescado para cenar. En cuanto a la señora, sabía tan poco como él; sin embargo, pensó que sería adecuado que los niños supieran algo. Tienes que comprender que en los estúpidos tiempos antiguos a los niños se les enseñaba a saber una cosa y a saberla bien. En cambio, en estos ilustrados y nuevos tiempos se les enseña a saber un poco de todo y a saberlo mal, lo cual es muchísimo más agradable y fácil y, por tanto, muy acertado.

Así que Ellie y el profesor iban caminando por las rocas, mientras éste le mostraba alguna de las diez mil cosas bonitas y curiosas que se pueden ver allí. A pesar de todo, a la pequeña Ellie no la complacían en absoluto. Prefería jugar con niños vivos o incluso con muñecas, fingiendo que estaban vivas, y finalmente dijo

Pero el profesor fue, siento decirlo, incluso más lejos, pues en la Asociación Británica de Melbourne, Australia, de 1899 [sic], leyó una ponencia que aseguraba a todos aquellos que se creían mejores o más listos para todo lo novedoso que no existía, que nunca había existido y que no podía existir ningún ser racional o semirracional, salvo los hombres, en ningún sitio, en ningún momento y de ninguna manera. Que las ninfas, los sátiros, los faunos, los esquimales, los enanos, los trols, los elfos, los gnomos, las hadas, los duendes, las ondinas, los wills, los kobolds, los leprechaunos, los cluricaunos, las banshees, el fuego fatuo, los diablillos, los lutinos, los magots, los goblins, los afrits, los marids, los jinns, los ghouls, los peris, los deevs, los ángeles, los arcángeles, los imps, los espectros o cosas peores no eran nada de nada, sino puras majaderías, aire. Tuvo que levantarse muy temprano por la mañana para demostrarlo y por eso desayunó la noche anterior. Pero lo demostró, al menos para quedarse a gusto. Hubo un gran teólogo, uno muy inteligente, que le dijo que lo consideraba un saduceo; y seguramente estaba en lo cierto. Y el profesor, como respuesta, le aseguró que lo consideraba un fariseo; y seguramente también estaba en lo cierto. Pero no discutieron lo más mínimo, pues cuando los hombres son hombres de mundo, las palabras mayores no les afectan, igual que el agua que cae por la espalda de un pato. Así que el profesor y el teólogo se encontraron por la noche a la hora de la cena. Después de comer se sentaron juntos en el sofá durante una hora, hablaron de la situación del trabajo femenino en el continente antártico (pues nadie habla de trabajo después de un clarete) y el uno juró al otro que eran la mejor compañía que se habían encontrado en su vida. ¡Qué ventaja es ser hombre de mundo!

Por todo esto, podrías suponer que el profesor no estaba de acuerdo con la pequeña Ellie. Le hizo un sucinto compendio de su famosa ponencia en la Asociación Británica de forma adaptada a la mente de una joven. Pero, como ya hemos hablado de sus argumentos en contra de los niños del agua (y con una vez es suficiente), no los vamos a repetir aquí.

Ahora bien, supongo que la pequeña Ellie era una niña estúpida porque en vez de dejarse convencer por los argumentos del profesor se limitó a hacer la misma pregunta:

—Pero, ¿por qué no hay niños del agua?

Confío y espero que el hecho de que en ese instante el profesor pisara el borde de un mejillón muy afilado y lamentablemente se hiciera daño en uno de sus callos fue lo que causó que respondiera bruscamente, olvidando que era un hombre científico y que, por lo tanto, debía haber tenido en cuenta que él mismo podía no saberlo; y que también era un lógico y que, por lo tanto, debía haber tenido en cuenta que no podía demostrar una negación universal. Como decía, confío y espero que fuera el hecho de que el mejillón le hiciera daño en el callo lo que causó que el profesor respondiera tan

bruscamente:

—Porque nanay.

Lo cual no estaba muy bien dicho, mi chiquitín, pues, como debes saber por los *Razonamientos* de la Tía Agitate, si el profesor estaba tan enfadado como para decir una cosa así, tendría que haber dicho: porque no hay, porque no hay ninguno o porque no hay absolutamente ninguno; o (si él también hubiera leído a la Tía Agitate) porque no existen.

Entonces metió la red por debajo de las algas tan violentamente que pilló al pobrecillo Tom.

Sintió que la red pesaba mucho y la sacó rápidamente, con Tom enredado en las mallas.

—¡Caramba! —gritó—. ¡Qué gran holotúrido rosa, con manos y todo! Debe de estar conectado con los sináptidos.

Y lo sacó.

—¡De hecho, tiene ojos! —volvió a gritar—. ¡Entonces, tiene que ser un cefalópodo! ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—¡Nanay! —exclamó Tom tan alto como pudo, pues no le gustaba que lo llamaran con malos nombres.

—¡Es un niño del agua! —gritó Ellie. Y obviamente lo era.

—¡Bobadas del agua, querida! —rebató el profesor, y se giró con brusquedad.

Era innegable. Era un niño del agua y un minuto antes había dicho que no existían. ¿Qué iba a hacer?

Le habría gustado llevarse a Tom a casa dentro de un cubo, por supuesto. No lo habría puesto en alcohol. Claro que no. Lo habría dejado vivir, lo habría mimado (pues era un viejo caballero muy amable), habría escrito un libro sobre él y le habría adjudicado dos largos nombres, de los cuales el primero diría un poquito sobre Tom, y el segundo, todo sobre él. Pues, obviamente, lo habría llamado Hydrotecnon Pthmlnsprtsianum o cualquier otro nombre largo, ya que ahora los científicos se ven forzados a llamarlo todo con nombres largos, porque, desde que empezaron a hacer nueve especies de una sola, ya han agotado todos los nombres cortos. Pero... ¿qué le dirían los eruditos después de su discurso en la Asociación Británica? ¿Y qué diría Ellie después de lo que le acababa de explicar?

Una vez, hubo un viejo y sabio pagano que dijo: *Maxima debetur pueris reverentia* (la mayor reverencia hay que dedicarla a los niños), es decir, que los mayores nunca deberían decir ni hacer nada mal delante de los niños para no dar un mal ejemplo. Sin embargo, el Primo Cramchild asegura que significa: «El mayor respeto hay que esperararlo de los chiquillos».

Él se crió en un país donde no se espera que los chiquillos sean respetuosos, porque todos son tan buenos como el presidente... Bueno, cada uno conoce

perfectamente sus propios asuntos, de modo que puede que lo sean. Pero para hacer justicia al pobre Primo Cramchild, teniendo en cuenta que no comparto su opinión, puesto que hay que tener una misión moral y que no se le puede considerar un erudito y apenas una autoridad... bueno, para él era una gran tentación. Sin embargo, hay gente, y me temo que el profesor era uno de ellos, que interpreta esta frase de una forma incluso más extraña, curiosa, parcial, deshonesto, trastornada, del revés y patas arriba que el Primo Cramchild. Porque hacen que signifique que debes mostrar respeto a los niños sin confesarte nunca equivocado ante ellos, aunque sepas que lo estás, para que no pierdan la confianza en los mayores.

Pues bien, si el profesor le hubiera dicho a Ellie: «Sí, cariño, es un niño del agua y es algo maravilloso. Demuestra lo poco que conozco las maravillas de la naturaleza, a pesar de haber trabajado honradamente durante cuarenta años. Te acabo de decir que no podían existir tales criaturas y, mira por dónde, aquí ha aparecido una que ha aturrullado mi engreimiento y me ha demostrado que la naturaleza puede obrar, y ha obrado, más allá de todo lo que la pobre mente del hombre es capaz de imaginar. Así que demos las gracias al creador, inspirador y señor de la naturaleza por todas sus maravillosas y gloriosas obras, e intentemos descubrir algo de ella». Creo que si el profesor le hubiera dicho esto, la pequeña Ellie lo habría creído con mayor firmeza, lo habría respetado y lo habría querido más que antes. Pero él opinaba algo distinto. Vaciló un momento. Quería quedarse a Tom y, sin embargo, en cierto modo, deseaba no haberlo atrapado. Finalmente, sintió ansias de deshacerse de él. De modo que se giró, golpeó a Toro con el dedo, a falta de nada mejor que hacer, y comentó de manera despreocupada: «Mi doncella, seguro que anoche soñaste con niños del agua y te han llenado la cabeza».

Durante todo ese rato, Tom pasó un miedo horripilante y atroz, y se quedó tan callado como pudo, aunque le hubieran llamado holotúrido y cefalópodo, porque tenía la idea fija en su cabecita de que si un hombre vestido lo pillaba, quizá lo vistiese a él también y lo convirtiese de nuevo en un deshollinador sucio y negro. Pero cuando el profesor lo golpeó, ya no lo pudo soportar y, a medio camino entre el miedo y la rabia, plantó cara al asedio con la misma valentía que un ratón en una esquina y mordió el dedo del profesor hasta que éste sangró.

—¡Uy!, ¡ay!, ¡ay! —gritó y, contento por tener una excusa para deshacerse de Tom, lo soltó encima de las algas. Entonces, Tom se zambulló en el agua y desapareció al instante.

—¡Pero era un niño del agua, lo he oído hablar! —exclamó Ellie—. ¡Oh, se ha ido! —Y saltó de la roca para tratar de asir a Tom antes de que se escabullera en el mar.

¡Demasiado tarde! Y lo peor de todo fue que, al saltar, resbaló, rodó dos metros, se dio con la cabeza en una roca puntiaguda y se quedó inmóvil.

El profesor la levantó, intentó despertarla, gritó su nombre y se echó a llorar sobre ella, ya que la quería muchísimo: pero no se despertó. De modo que la izó en brazos, la llevó con la institutriz y se fueron todos a casa. Pusieron a la pequeña Ellie en la cama y la dejaron allí, inmóvil; sólo de vez en cuando se despertaba y llamaba al niño del agua, pero nadie sabía de qué hablaba y el profesor no contó lo sucedido, pues se sentía avergonzado.

Al cabo de una semana, una noche en que la luna brillaba, entraron las hadas volando por la ventana y le trajeron un par de alas tan bonitas que no pudo resistir ponérselas. Ellie salió volando con ellas por la ventana y viajó por tierra, por mar, por las nubes, allí en lo alto, y nadie la vio ni oyó hablar de ella durante mucho tiempo.

Por eso dicen, que todavía nadie ha visto nunca a un niño del agua. Por lo que a mí respecta, creo que los naturalistas se los encuentran a docenas cuando salen a dragar, pero no dicen nada y los vuelven a tirar al agua por miedo a que sus teorías queden anuladas. Pero, ya sabes, el profesor fue descubierto, como lo es todo el mundo a su debido tiempo. Un hada terrible y vieja pescó al profesor, le palpó los bultos de la cabeza, le leyó el horóscopo y le sacó las manchas interiores con cuidado, de modo que sabía lo que éste haría con tanta certeza como si lo hubiera visto en un libro impreso, como dicen en mi querido sudoeste de Inglaterra. Así lo hizo, y fue descubierto con anticipación, como ocurre siempre con todo el mundo. Además, algún día, la vieja hada descubrirá a los naturalistas, hará que todo esto salga en el *Times* y entonces... ¡A ver quién se ríe!

Inmediatamente después, la vieja hada le apretó las clavijas con severidad. Ella dice que siempre es más severa con las personas que son mejores porque hay más posibilidades de curarlas y que, por lo tanto, son los pacientes que mejor le pagan, pues tiene que trabajar con el mismo salario que los médicos del emperador de China (qué lástima que no sea así con todos): si no hay curación, no hay paga.

Así que le apretó las clavijas al pobre profesor. Puesto que no estaba satisfecho con las cosas tal como son, le llenó la cabeza con las cosas tal como no son, para ver si le gustaban más. Dado que decidió no creer en los niños del agua cuando vio a uno, le hizo creer en cosas peores que los niños del agua: en unicornios, dragones, mantícoras, basiliscos, anfisbenas, grifos, fénix, rochos, orcos, hombres canicéfalos, perros tricéfalos, geriones de tres cuerpos y otras criaturas agradables que la gente cree que hasta ahora no han existido y que espera que nunca existan, aunque no sepan nada sobre el asunto ni esperen saberlo. Estas criaturas alteraron, aterraron, aturrullaron, exasperaron, confundieron, asombraron, horrorizaron y pasmaron totalmente al pobre profesor de un modo tan absoluto que durante tres meses los médicos afirmaron que no estaba en sus cabales; y quizás estaban en lo cierto, como ocurre de vez en cuando.

Citaron a todos los médicos del condado para dar un informe sobre el caso y,

evidentemente, todos se contradijeron de forma rotunda entre ellos: si no, ¿qué utilidad hay en ser hombres de ciencia? Al final, la mayoría se puso de acuerdo en redactar un informe en lengua verdaderamente médica: la mitad en mal latín, la otra mitad en un griego todavía peor y el resto en lo que habría sido inglés, si hubieran aprendido a escribirlo. Empezaba así:

«Las anastomosis subanhipapospurnales de diaceluritis peritómica en la región encefalodigital del distinguido individuo de cuyos fenómenos sintomáticos tuvimos el triste honor (subsecuentemente a una inspección diagnóstica preliminar) de hacer una inspección diagnóstica, presentando la diátesis interexclusivamente cuadrilateral y antinómica conocida como los folículos azules de Bumpsterhausen, nos dispusimos a...»

Sin embargo, la señora nunca supo qué se disponían a hacer, pues las largas palabras la asustaron tanto que salió corriendo y se encerró en su dormitorio por miedo a ser aplastada por aquellos términos y estrangulada por la conclusión. Una boa constrictor, afirmó, era una compañía suficientemente mala. Pero, ¿qué era una boa constrictor hecha con losas?

—¡Ha sido espeluznante! ¿Qué creen que le pasa? —le preguntó a la vieja niñera.

—Que está chalado. Puede que por incrédulo y pagano —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué no lo dicen?

Y el cielo, el mar, las rocas y los valles resonaron: «¡Eso! ¿Por qué?». Pero los médicos no lo escucharon.

Así que la señora hizo que Sir John escribiera al *Times* para ordenar al ministro de Economía del momento que aprobara un impuesto sobre las palabras largas.

Un impuesto leve sobre las palabras de más de tres sílabas, que son males necesarios como las ratas pero que, al igual que ellas, hay que mantenerlas a raya diplomáticamente.

Un impuesto fuerte sobre las palabras de más de cuatro sílabas, como *heterodoxia*, *espontaneidad*, *espiritualismo*, etc.

Sobre las palabras de más de cinco sílabas (de las cuales espero que nadie querrá ver ningún ejemplo), un impuesto prohibitivo.

Y un impuesto prohibitivo similar sobre las palabras derivadas de tres o más lenguas a la vez y sobre las palabras derivadas de dos lenguas que se hubieran hecho tan comunes que hubiera las mismas esperanzas de erradicarlas como de erradicar los convólvulos.

El ministro de Economía, un erudito y hombre de sentido común, se lanzó sobre la idea, pues en ella descubrió el único plan para abolir el Impuesto D. No obstante, cuando presentó su proyecto de ley, la mayoría de los diputados irlandeses y (siento decirlo) también algunos de los escoceses, se opusieron enérgicamente, aduciendo que en un país libre ningún hombre tenía la obligación de entenderse a sí mismo ni

hacer que los demás le entendieran. Así que el proyecto de ley fracasó tras el primer debate y el ministro, que era un filósofo, se consoló pensando que no era la primera vez que una mujer había dado con una gran idea y los hombres le volvían su estúpido rostro.

Pues bien, los médicos lo hicieron todo a su manera: se pusieron a trabajar muy en serio y le dieron al pobre profesor varias y diversas medicinas, tal como estaban prescritas por los antiguos y los modernos, desde Hipócrates a Feuchtersleben. Eran las siguientes, a saber:

1. Eléboro para la cordura: Eléboro de Aeta, Eléboro de Galacia, Eléboro de Sicilia. Y todos los demás eléboros, según el método de los eleboristas eleborizadores de la era elebórica.

Pero no hicieron efecto. Los folículos azules de Bumpsterhausen no se movieron ni un centímetro de la región encefalodigital.

2. Trataron de descubrir qué le pasaba según el método de Hipócrates, de Areteo, de Celso, de Coelius Aurelianus y de Galeno, pero lo encontraron demasiado dificultoso, como desde entonces le ha sucedido a la mayoría de la gente. De modo que tuvieron que recurrir a:

3. Borraja. Cauterios.

Abrirle un agujero en la cabeza para dejar salir los gases, lo cual, dice Gordonius, «hará, sin duda, mucho bien». Pero no fue así.

Bezoar. Diamargaritum. El cerebro de un carnero hervido en especias. Aceite de ajeno. Agua del Nilo. Alcaparras. Buen vino (pero no encontraron ninguno). El agua de la forja de un herrero. Ámbar gris. Fustanes de mandragora. Grasa de lirón. Orejas de liebre. Inanición. Alcanfor. Sulfato de magnesia y diasén. Almizcle. Opio. Camisas de fuerza. Intimidaciones. Azotes. Sangrías. Airojamientos de cubos de agua fría. Abatimientos. Aplastarle el pecho con las rodillas, etc., según el método medieval. Pero nada de eso hacía efecto. Los folículos azules de Bumpsterhausen aún estaban allí pegados.

Entonces...

4. Persuasión. Besos. Champán y tortuga. Arenque ahumado y agua con gas. Buenos consejos. Jardinería. Croquet.

Soirées musicales. La Tía Sally. Tabaco suave. El *Saturday Review*. Un carruaje con escoltas, etc., según el método moderno. Pero nada de eso hacía efecto.

Y si hubiera sido un lunático convicto y hubiera disparado contra la Reina, si hubiera matado a todos sus acreedores, para evitar pagarles, o se hubiera permitido cualquier otra pequeña y afable excentricidad de ese estilo, además le habrían dado la mejor ubicación de Inglaterra en la llanura de Easthampstead. Libre acceso al Bosque de Windsor. El *Times* cada mañana. Una escopeta de doble cañón, perros de muestra y permiso para disparar a tres chicos de la Escuela de Wellington a la semana (no

más) en caso de que el urogallo negro escaseara.

Sin embargo, como no estaba lo suficientemente loco ni lo suficientemente mal como para que le permitieran lujos así, se desesperaron y cayeron en las malas maneras, a saber:

5. Sufumigaciones de sulfuro. Herrwiggius y su «Incomparable bebida para los locos». Sólo que no pudieron descubrir de qué se componía.

Sufumigación de hígado de pescado.... Sólo que se habían olvidado de su nombre, así que el doctor Gray no pudo facilitarles un espécimen.

Tractores metálicos.

Ungüento de Holloway.

Electrobiología.

Valentine Greatrakes y su remedio por frotación.

Espiritismo dando golpes sobre la mesa.

Pastillas de Holloway.

Movimientos de mesa mediante espiritismo.

Pastillas de Morrison.

Homeopatía.

Pastillas revitalizadoras de Parr.

Mesmerismo.

Puras majaderías.

Exorcismos, para los cuales leyeron Malleus Maleficarum, Mideri Formicarium, Delrio, Wierus, etc.. Pero no pudieron encontrar ninguno que mencionara a los niños del agua.

Hidropatía.

El elixir de la juventud de Madame Rachel.

El visionario de Poughkeepsie y sus profecías.

El licor destilado de huevos podridos.

Piropatía, empleada con éxito igual que los antiguos inquisidores para curar el mal del pensamiento y, actualmente, utilizada por los mollahs persas para curar el reumatismo.

Geopatía, o enterrarlo.

Atmopatía, o cocerlo al vapor.

Simpatía, según el método de Basil Valentine (su triunfo del antimonio) y de Kenelm Digby (su unguento del arma), que algunos denominan un solo pelo del perro que lo mordió.

Hermopatía o verterle mercurio por la garganta para remover los espíritus animales.

Meteoropatía o ir a la Luna a buscar su cordura perdida, como hiciera Ruggiero para encontrar la de Orlando Furioso, sólo que, no teniendo un hipogrifo, se vieron

forzados a utilizar un globo y, al caer en el Mar del Norte, los recogió una embarcación de arenques de Yarmouth y llegaron a casa mucho más sabios y llenos de escamas.

Antipatía o usarlo como «un hombre y un hermano».

Apatía o no hacer nada de nada.

Aplicaron todas las demás ipatías y opatías inventadas por Bobo y probadas por Requetebobo desde que los negros descantillaban sílex en Abbeville (de lo cual hace un tiempo considerable, a juzgar por la Gran Exposición).

Sin embargo, nada hizo efecto. El profesor chilló y gritó todo el día llamando a un niño del agua para que viniese a ahuyentar a los monstruos. Por supuesto, no trataron de encontrar a ninguno, porque no creían en ellos y no pensaban en nada salvo en los folículos azules de Bumpsterhausen. Habían puesto, como es habitual, la carreta delante de los bueyes y habían tomado el efecto por la causa.

Así que, finalmente, se vieron forzados a dejar que el pobre profesor aliviara su mente escribiendo un gran libro, completamente opuesto a todas sus viejas opiniones, en el cual demostraba que la Luna era de queso verde y que todas las motitas que tiene (que a veces se pueden ver nítidamente a través de un telescopio con sólo tener las lentes lo suficientemente sucias, igual que el señor Weekes y su batería voltaica) no pertenecen a nada de este mundo, sino que son bebés pequeñitos que están formándose y pululando allí arriba a millones, listos para bajar a este mundo cuando los niños quieran un nuevo hermano o hermana.

Lo cual tiene que ser un error por la siguiente razón: porque no habiendo atmósfera alrededor de la Luna (aunque hay quien dice que sí, al menos en el otro lado, porque ha dado la vuelta para verlo y ha descubierto que la Luna tenía justamente la forma de un bollo de Bath y que estaba tan húmeda que el hombre de la Luna caminaba durante el día del solsticio estival con macintoshes y botas de Cording, arponeando anguilas y estornudando); así pues, como decía, no habiendo atmósfera, no puede darse la evaporación y, por lo tanto, la temperatura de condensación nunca podrá ser inferior a 24 grados centígrados bajo cero.

Por consiguiente, hacia las cuatro de la madrugada no puede hacer el frío suficiente para condensar los apotegmas mesentéricos de los bebés en sus ventrículos izquierdos y, por tanto, no pueden tener la tos ferina; y si no tienen la tos ferina, no pueden ser bebés en absoluto. Así pues, en la Luna no hay bebés. Q.E.D.

Esto puede parecer una razón indirecta y quizá lo sea, aunque las habrás oído peores y de hombres mejores que tú.

Pero hay una cosa que está clara: que cuando el bueno del profesor acabó de escribir su libro, se sintió considerablemente aliviado de los folículos azules de Bumpsterhausen y de unas cuantas cosas infinitamente peores. A saber, del orgullo y la vanagloria, y de la ceguera y la dureza de corazón, que son las verdaderas causas

de los folículos azules de Bumpsterhausen y, además, de un montón de cosas feas. Por lo que el sucio caudal de la crecida que tuvo lugar en su cerebro disminuyó y se aclaró hasta obtener el color de un buen café, como el que les gusta a los peces para hacer piruetas, hasta que unos peces muy grandotes, limpios y acabados de pescar empezaron a dar saltos en su cerebro. Él atrapó a dos o tres (lo cual es una pesca sumamente buena para los ríos cerebrales), los analizó minuciosamente y nunca mencionó lo que había descubierto, salvo a los niños pequeños. Desde entonces se convirtió en un hombre más triste y sabio, lo cual, chiquitín, es muy bueno aunque uno tenga que pagar un alto precio por esa bendición.

CAPÍTULO V

*¡Severo Legislador! Si bien te arropas
con la gracia más benigna del gran Dios;
y no conocemos nada más hermoso
que la sonrisa que en tu rostro asoma;
las flores se ríen ante ti en sus arriates
y la fragancia se abre paso por tu baluarte;
tú proteges del mal al destino;
y, gracias a ti, el cielo más antiguo es fresco y recio.*

WORDSWORTH, *Oda al deber*

¿Y qué fue del pequeño Tom?

Se escabulló entre las rocas hacia el agua, como he dicho antes. Pero no podía evitar pensar en la pequeña Ellie. No se acordaba de quién era, pero sabía que era una niña, aunque fuera cien veces más grande que él. Eso no es sorprendente: el tamaño no tiene nada que ver con el parentesco. Una hierba minúscula puede ser prima hermana de un gran árbol y una perrita como Vick sabe que Lioness también es una perra, aunque sea veinte veces mayor que ella. Así que Tom sabía que Ellie era una niña y estuvo pensando en ella durante todo ese día. Deseaba que hubiera estado allí para jugar juntos; sin embargo, muy pronto tuvo que pensar en otra cosa. Ahora viene la explicación de lo que le sucedió, tal como salió publicado a la mañana siguiente en la Gaceta a Prueba de Agua, sobre el mejor papel mojado, para la gran hada, la señora Hagancontigocomohiciste, que cada mañana lee las noticias con mucha atención, sobre todo los casos de la policía, como vas a descubrir muy pronto.

Tom iba por las rocas, a tres brazas bajo el agua, mirando cómo el gado cazaba langostinos y los labros mordisqueaban a los percebes y los desenganchaban de las rocas, las conchas y todo eso, cuando vio una jaula redonda de juncos verdes y, dentro, con cara de avergonzada, a su amiga la langosta con las antenas cruzadas, en vez de los brazos cruzados.

—¿Cómo? ¿Has sido mala y te han encerrado en el calabozo? —preguntó Tom.

La langosta se sintió un poco indignada ante una idea como aquella, pero tenía los ánimos demasiado bajos para discutir, así que sólo dijo: «No puedo salir».

—¿Por qué te has metido ahí?

—Iba detrás de ese asqueroso trozo de pez muerto.

Cuando estaba fuera pensó que tenía muy buen aspecto y que olía muy bien, y,

para una langosta, así era. Pero ahora cambió completamente de opinión y lo insultó porque estaba enfadada consigo misma.

—¿Por dónde has entrado?

—Por ese agujero redondo de ahí arriba.

—Entonces, ¿por qué no sales por ahí?

—Porque no puedo —y la langosta hizo girar sus antenas con más fiereza que nunca, pero se vio forzada a confesarlo—: He saltado hacia arriba, hacia abajo, hacia atrás y hacia los lados al menos cuatro mil veces, y no puedo salir. Cada vez que subo hasta ahí arriba no encuentro el agujero.

Tom echó un vistazo a la trampa y, con más tino que la langosta, vio claramente cuál era el problema, como tú bien lo verías si echaras un vistazo a una nasa.

—Estáte quieta —dijo Tom—. Gira la cola hacia mí, yo tiraré de ti por detrás y así no te engancharás en las púas.

Pero la langosta era tan boba y torpe que no acertaba con el agujero. Aunque podía ser muy avispada, siempre y cuando estuviera en su propio territorio, igual que muchísimos cazadores de zorros que, cuando salen de su territorio pierden la calma. De esa forma, la langosta, por así decirlo, perdió la cola.

Tom se abrió paso agarrándose por el agujero hasta que la sujetó; luego, como era de esperar, la torpe langosta tiró de él por la cabeza.

—¡Bueno! ¡Vaya lío! —exclamó Tom—. Ahora utiliza las garras, rompe las puntas de las púas y entonces saldremos los dos tranquilamente.

—Caramba, eso no se me había ocurrido —confesó la langosta—, ¡y con tanta experiencia como he tenido en la vida!

Verás, la experiencia sirve de muy poco a menos que un hombre, o una langosta, tenga bastante sensatez para utilizarla. Hay un montón de gente, como el viejo Polonio, que ha visto el mundo entero y, a pesar de todo, continúa siendo poco más que un niño.

Pero todavía no se habían deshecho de la mitad de las púas cuando descubrieron una gran nube oscura por encima de ellos; y, mira por dónde, era la nutria.

No veas cómo sonrió a Tom y le enseñó los dientes al reconocerlo. «¡Ja!», le dijo. «Ya te tengo, pequeño sinvergüenza entrometido! ¡Te voy a dar tu merecido por decirle a los salmones dónde estaba!». Y se puso a dar vueltas alrededor de la nasa para entrar.

Tom se sintió terriblemente asustado y todavía más cuando la nutria encontró el agujero de arriba y se embutió por él: era toda ojos y dientes. Pero antes de que introdujera la cabeza, la valiente señora langosta la agarró por la nariz y la sujetó.

Y allí estaban los tres, dentro de la nasa, dando vueltas y vueltas, apretujados. La langosta arañó a la nutria, la nutria arañó a la langosta y las dos exprimieron y manosearon al pobre Tom hasta que no le quedó aliento en el cuerpo. No sé lo que le

habría ocurrido si al final no se hubiera colado por encima de la espalda de la nutria y se hubiera puesto a salvo saliendo por el agujero.

Al escapar, se puso requequetecontento. Pero no iba a abandonar a la amiga que lo había salvado. Así que, tan pronto como vio que la cola de la langosta apuntaba hacia arriba, la sujetó y tiró de ella con todas sus fuerzas.

Pero la langosta no se soltaba.

—Ven —dijo Tom—. ¿No ves que está muerta?

Y así era; estaba ahogada y muerta. Ése fue el fin de la malvada nutria. Pero la langosta no se soltaba.

—¡Ven, boba, no seas cabezota —gritó Tom—; si no, el pescador te cogerá!

Y era verdad, pues Tom notó que alguien allí arriba empezaba a recoger la nasa.

Sin embargo, la langosta no se soltaba. Tom observó cómo se la llevaban hasta la embarcación y pensó que estaba perdida. Pero cuando la señora langosta vio al pescador, dio un coletazo tan furioso y tremendo que se escabulló de sus manos, se escapó de la nasa y se metió en el mar a buen recaudo. No obstante, se dejó allí su garra nudosa, pues, a pesar de todo, a su estúpida cabeza no se le ocurrió soltarse. De modo que, como método más sencillo, al sacudirse soltó la garra. Eso era absurdo, pero debes tener en cuenta que la langosta era una langosta irlandesa y que se crió en la isla Magee, en la boca de la Bahía de Belfast.

Tom preguntó a la langosta por qué no se le había ocurrido soltarse. Y ella contestó con determinación que entre las langostas era una cuestión de honor. Y así es, como descubrió una vez el alcalde de Plymouth a un alto precio (hace ochocientos o novecientos años, claro, pues si hubiera sucedido recientemente se hubiese considerado un asunto privado).

Un día, el alcalde se cansó tanto de estar sentado en una silla dura, de llevar una gran toga de piel, con una cadena de oro alrededor del cuello, escuchando a un policía tras otro venir y canturrear: «¿Qué quiere que hagamos con el marinero bebido tan temprano, a estas horas de la mañana?»; y contestándoles exactamente de la misma manera: «Ponedlo en la chupeta hasta que esté sobrio, a estas horas de la mañana», que, cuando hubo terminado, dio un brinco y se puso a jugar a saltar al potro con el secretario del ayuntamiento hasta que le estallaron los botones. Luego almorzó hasta que le estallaron algunos botones más y entonces anunció: «Hoy hay marea baja de primavera; esta tarde saldré a dar gambetas».

Bueno, no se refería a dar las gambetas que se comen al ajillo. Fue el comandante de artillería de Valetta el que solía divertirse pescándolas y el que dejó colgada una nota en uno de los bastiones: «Aquí nadie puede pescar gambas salvo yo». Lo cual edificó sobremanera a los guardiamarinas del puerto y a los malteses de las escaleras de Nix Mangiare. Pero lo único que el alcalde quería decir era que pasaría la tarde divirtiéndose como cualquier niño y pescando langostas con un gancho de acero.

De modo que se fue a Mewstone a coger langostas y, cuando estuvo delante de una determinada grieta en las rocas, se sintió tan excitado que, en lugar de meter el gancho, metió la mano. La señora langosta estaba en casa, así que le pilló el dedo y lo sujetó.

—¡Ay! —gritó el alcalde, y tiró tan fuerte como pudo. Pero cuanto más tiraba, la langosta más lo pellizcaba, de modo que se vio forzado a quedarse quieto.

Entonces trató de meter el gancho con la otra mano, pero el agujero era demasiado estrecho.

Luego volvió a tirar, pero no podía soportar el dolor.

Después gritó y se desgañó para pedir ayuda, pero no había nadie más cerca que los buques de guerra en la parte de dentro del rompeolas.

A continuación empezó a ponerse un poco pálido, pues la marea subía y la langosta seguía sujetándolo.

Luego se puso blanco, pues la marea le llegaba hasta las rodillas y la langosta seguía sujetándolo.

Entonces pensó en cortarse el dedo, pero necesitaba dos cosas para hacerlo: coraje y un cuchillo, y no tenía ninguna de las dos cosas.

Inmediatamente se puso amarillo, pues la marea le llegaba hasta la cintura y la langosta seguía sujetándolo.

Seguidamente pensó en todas las cosas malas que había hecho: toda la arena que había puesto en la azucarera, las hojas de endrino en el té, el agua en la melaza y la sal en el tabaco (porque su hermano era cervecero y un hombre tiene que ayudar a sus parientes).

Luego se puso azul, pues la marea le llegaba hasta el pecho y la langosta seguía sujetándolo.

Después, no lo dudo, se arrepintió totalmente de todas las cosas malas que había hecho y que ya he mencionado, y prometió enmendar su vida, como hacen demasiadas personas cuando ya no les queda vida que enmendar y por eso creen haber hecho un trato muy barato. Pero la vieja hada de la vara de abedul pronto los desengaña.

Y finalmente se puso de todos los colores a la vez y los ojos se le quedaron en blanco, pues el agua le llegaba hasta la barbilla y la langosta seguía sujetándolo.

Entonces apareció el bote de un buque de guerra por detrás de Mewstone y sus tripulantes se fijaron en la cabeza que sobresalía por encima del agua. Uno dijo que era un barril de brandy; otro, que era un coco; el tercero, que era una boya suelta y el último, que era un nadador negro, por lo que estaba decidido a dispararle, y esto no habría sido muy agradable para el alcalde. Sin embargo, justo en ese momento les llegó tal alarido procedente de un gran agujero situado en la parte media de la cabeza, que el guardiamarina encargado acertó a comprender lo que era y ordenó que se

acercaran tan rápido como pudiesen. Así que, de un modo u otro, los marineros sacaron a la langosta, liberaron al alcalde y lo llevaron hasta la costa en la barbacana. Nunca volvió a pescar langostas y esperamos que no pusiera más sal en el tabaco, ni siquiera para vender la cerveza de su hermano.

Ésta es la historia del alcalde de Plymouth, que tiene dos ventajas: la primera, que es totalmente cierta; y la segunda, que no tiene moraleja (como dice la gente que debería ocurrir con todas las buenas historias). Precisamente no hay ninguna parte de este libro que la tenga porque, verás, es un cuento de hadas.

Entonces, a Tom le sucedió una cosa maravillosa, ya que no habían pasado ni cinco minutos desde que dejó a la langosta, cuando se encontró con un niño del agua. Un niño del agua vivaz y real, sentado en la arena blanca, muy atareado, junto al borde de una roca. Cuando vio a Tom, levantó la mirada un instante y luego gritó: «Anda, tú no eres uno de los nuestros. ¡Eres nuevo! ¡Oh, qué maravilla!».

Y corrió hacia Tom y Tom corrió hacia él, y se abrazaron y se besaron durante mucho rato sin saber por qué. Pero no querían hacer presentaciones bajo el agua.

Finalmente, Tom exclamó:

—Jo, ¿dónde habéis estado todo este tiempo? ¡Os he estado buscando durante tantos días y me he sentido tan solo!

—Hemos estado aquí días y días. Hay cientos de nosotros en las rocas. ¿Cómo es que no nos has visto u oído cuando cantamos y retozamos todas las noches antes de irnos a casa?

Tom volvió a mirar al niño y entonces afirmó:

—¡Pero qué maravilla! He visto seres exactamente iguales que tú una y otra vez, pero creía que eran conchas o criaturas de mar. Nunca pensé que erais niños del agua como yo.

Y bien, qué cosa más rara, ¿no? Tan rara, realmente, que sin duda querrás saber lo que sucedió y por qué Tom no pudo encontrar a un niño del agua hasta que hubo sacado a la langosta de la nasa. Si vuelves a leer esta historia nueve veces y luego piensas por ti mismo, averiguarás por qué. No es bueno que a los niños se les tenga que decir todo y que nunca se vean forzados a usar su inteligencia. Porque entonces no aprenderían más de lo que aprenden en el famoso centro aburguesado del doctor Dulcimer, creado para los miembros haraganes de la aristocracia joven, donde los maestros se aprenden las lecciones de memoria y los niños los escuchan —lo cual ahorra un montón de problemas por el momento.

—Venga —propuso el niño—, ven a echarme una mano. Si no, no habré terminado antes de que mis hermanos y hermanas lleguen, y ya es hora de irse a casa.

—¿Cómo quieres que te ayude?

—Se trata de esta pobre roca pequeñita y querida. Una gran piedra tosca cayó dando tumbos en la última tormenta, se le desprendió la punta entera y se le

desenclavijaron todas las flores. Ahora tengo que volver a plantarle algas, coralina y anémonas, y la voy a convertir en el jardincillo de roca más hermoso de toda la costa.

Así que no pararon de trabajar en la roca: la sembraron, allanaron la arena a su alrededor y se lo pasaron en grande hasta que la marea empezó a subir. Entonces, Tom oyó que los demás niños se acercaban riendo, cantando, gritando y desgañitándose. El ruido que hacían era igual que el murmullo del agua y, entonces, se dio cuenta de que había estado viendo y oyendo a los niños durante todo el tiempo, sólo que no los había reconocido porque sus ojos y oídos no estaban abiertos.

Vinieron docenas y docenas, algunos más grandes que Tom y otros más pequeños. Todos llevaban unos vestiditos de baño blancos preciosos. Cuando supieron que era nuevo, lo abrazaron y lo besaron; luego lo pusieron en el medio y bailaron a su alrededor, sobre la arena. Nunca nadie se ha sentido tan feliz como el pobrecillo Tom en aquel momento.

—Bueno —gritaron todos a la vez—, tenemos que irnos a casa; si no, la marea nos dejará secos. Ya hemos remendado todas las algas rotas, hemos arreglado todos los remansos rocosos, hemos vuelto a plantar todas las conchas en la arena y nadie sabrá por dónde pasó la tormenta la semana pasada, arrollándolo todo.

Por este motivo los remansos rocosos siempre están tan bonitos y limpios, porque los niños del agua vienen desde la costa después de cada tormenta para ordenarlos, desenmarañarlos y volverlos a dejar como les corresponde.

Sólo donde los hombres lo tiran todo, puesto que son muy sucios y permiten que las cloacas vayan a parar al mar en lugar de poner los desechos en los campos como pequeñas almas prudentes y razonables; o donde tiran las cabezas de los arenques, las lijas muertas o cualquier otro residuo; o donde, de alguna manera, dejan la limpia costa hecha un desastre... allí los niños del agua no van, a veces durante cientos de años (pues no pueden soportar en absoluto que el aire apeste o sea desagradable), y dejan que las anémonas y los cangrejos lo limpien todo hasta que el pulcro mar cubra la suciedad con suave lodo y arena limpia. Entonces los niños del agua empiezan a plantar neguillas, buccinos y pepinos de mar, y vuelven a hacer un jardín bonito y vivaz, siempre y cuando la suciedad del hombre haya sido eliminada. Supongo que ésa es la razón por la que no hay niños del agua en ningún lugar con riego de los que he visto.

¿Y dónde está la casa de los niños del agua? En la isla de hadas de San Brandán.

¿No has oído nunca hablar del bendito San Brandán, que predicaba a los salvajes irlandeses en la muy y muy salvaje costa de Kerry? Lo hacían él y cinco ermitaños más, hasta que se cansaron y quisieron reposar. Pues los salvajes irlandeses no los escuchaban, ni se confesaban, ni acudían a misa, sino que preferían destilar whisky ilegalmente, bailar clpater o 'pee, golpearse unos a otros en la cabeza con cachiporras, dispararse desde detrás de los diques de turba, robarse el ganado y quemar las casas

de los demás. Por eso San Brandán y sus amigos se cansaron de ellos, porque no aprendían de ningún modo a ser unos cristianos pacíficos.

Así que San Brandán fue hasta la punta del Viejo Dunmore y miró por encima del canal de mareas, que rugía alrededor de las Blasquets, hacia el final del mundo entero y la lejanía del océano, y suspiró: «¡Ay, si tuviera alas como una paloma!». Y a lo lejos, delante del sol poniente, vislumbró un mar azul de hadas y unas islas doradas, y dijo: «Ésas son las islas de los benditos». Entonces, él y sus amigos zarparon en una balandra de pesca y se fueron navegando y navegando hacia el oeste, y ya nunca se supo nada de ellos. Sin embargo, las personas que no lo escucharon se transformaron en gorilas, y gorilas son hasta el día de hoy.

Cuando San Brandán y los ermitaños llegaron a la isla de las hadas, se la encontraron enmalezada con cedros y repleta de pájaros preciosos. Entonces, el santo se sentó debajo de los cedros y empezó a hablar a todos los pájaros del aire. A éstos les gustaron tanto sus sermones que se lo contaron a los peces del mar, que vinieron para oír hablar a San Brandán. Los peces se lo contaron a los niños del agua, que viven en las cuevas que hay debajo de las islas, y cada domingo venían a cientos, de modo que San Brandán creó una pequeña escuela muy maja de catequesis para los domingos. Allí enseñó a los niños del agua durante cientos de años, hasta que los ojos le empezaron a fallar y la barba le creció tanto que no se atrevía a andar por miedo a pisársela y caerse. Al final, él y los cinco ermitaños se durmieron profundamente bajo la sombra de los cedros y allí siguen durmiendo por el momento. Entonces, las hadas acogieron a los niños del agua y ellas mismas les dieron las lecciones.

Hay quien dice que San Brandán se despertará y empezará a enseñar a los niños de nuevo; pero hay quien cree que continuará durmiendo, para bien o para mal, hasta que lleguen las Cocqcigrues. Sin embargo, en las noches de verano tranquilas y claras, cuando el sol se hunde dentro del mar entre los cabos e islas dorados que forman las nubes, y entre rías y estuarios de un cielo de azur, los marineros imaginan ver, hacia el oeste, la isla de hadas de San Brandán.

No obstante, tanto si los hombres pueden verla como si no, hubo un tiempo en que la isla de San Brandán estuvo allí. Era una gran tierra en medio del océano, que fue hundiéndose más y más bajo las olas. El viejo Platón la llamó Atlantis y contó extrañas historias sobre los sabios que allí vivían y sobre las guerras que tuvieron lugar en los tiempos antiguos. De esa isla llegaron flores extrañas que todavía existen en esta tierra: el brezo de Cornualles, la hierba de la moneda de Cornualles, el delicado culantrillo, la saxífraga que cubre las montañas de Kerry, la pequeña grasilla de Devon, la gran grasilla azul de Irlanda, el brezo de Connemara, el helecho de la cascada de Turk y muchas otras plantas singulares. Todas son obsequios que las hadas de la isla de San Brandán han dejado a los sabios y a los niños buenos.

Pues bien, cuando Tom llegó allí, descubrió que la isla se sostenía sobre pilares y

que sus bases estaban llenas de cuevas. Había pilares de basalto negro, como la Staffa; pilares de serpentina verde y carmín, como la Kynance; y pilares con franjas de arenisca roja, blanca y amarilla, como la Livermead. Había grutas azules, como las de Capri, y grutas blancas, como las de Adelsberg, todas con cortinas y pliegues hechos con algas de color violeta y carmín, verde y marrón, y con arena suave y blanca esparcida, donde dormían todas las noches los niños del agua. Para tenerlo todo limpio y agradable, los cangrejos recogían las sobras del suelo y se las comían, como hacen tantos monos. Las rocas estaban cubiertas por diez mil anémonas, corales y madréporas, que se pasaban el día hurgando en el agua y la dejaban nítida y pura. Sin embargo, para compensarlos por tener que hacer un trabajo tan desagradable, no los dejaban a todos negros y sucios, como ocurre con los pobres deshollinadores y basureros. No, las hadas son más consideradas y justas, y los han vestido a todos con los colores y las formas más hermosos, hasta parecer vastos arriates con alegres flores. Si piensas que estoy diciendo bobadas, sólo puedo decirte que es la verdad y que un anciano llamado Fourier solía decir que deberíamos hacer lo mismo con los deshollinadores y los basureros: honrarlos en lugar de despreciarlos. Era un caballero muy listo. Pero, desafortunadamente para él y para el mundo, estaba más loco que una cabra.

En vez de vigilantes y policías que por la noche protegieran a las criaturas de las cosas malas, había miles y miles de serpientes de agua, que son unos seres maravillosos. Se llamaban como las Nereidas, las hadas del mar que cuidaban de ellas: Eunice y Polinoe, Filodoce y Sámate, y como las demás preciosidades que nadan alrededor de su reina Anfitrite y su carruaje de concha de camafeo. Vestían con terciopelo verde, terciopelo negro y terciopelo violeta, y estaban todas articuladas con anillos. Algunas tenían trescientos cerebros, de modo que eran unos detectives inusualmente sagaces. Algunas tenían ojos en la cola y otras tenían ojos en cada articulación, y mantenían una vigilancia muy atenta. Cuando querían tener un hijito, sólo desarrollaban uno en la punta de la cola y, cuando era capaz de cuidar de sí mismo, se soltaba; así que criaban a sus familias de un modo muy barato. Pero si cualquier cosa mala se acercaba, se abalanzaban sobre ella y, entonces, cada uno de sus cientos de pies se convertía en la tienda de un cuchillero, compuesta de guadañas, jabalinas, podaderas, lanzas, picos, alabardas, horcas, hachas de guerra, navajas, hachas, estoques, anzuelos, sables, punzones, yataganes, barrenas, crises, tirabuzones, espadas de Ghurka, clavos, espadines, agujas, etc., con los cuales apuñalaban, acribillaban, golpeaban, pinchaban, arañaban, desgarraban, perforaban y cortaban a esas malas bestias de una forma tan terrible que tenían que salir por pies, porque, si no, las habrían picado a pedacitos y después se las habrían comido. Y si todo esto, cada una de estas palabras, no fuese cierta, entonces no podríamos confiar en los microscopios, y la Sociedad Linneana habría llegado a su fin.

Y allí estaban los niños del agua, a miles, más de los que Tom —y tú también— podría contar. Todos los niñitos que las hadas buenas acogen, porque sus crueles madres y padres no lo hacen; todos los que no reciben educación y son criados como paganos; todos los que se malogran por malos tratos, ignorancia o negligencia; todos los niñitos que mueren ahogados porque los aplastan, o porque les dan ginebra cuando son muy pequeños, o porque les dejan beber de teteras calientes o caer en el fuego. Todos los que viven en callejones, plazuelas y casas en ruinas, que mueren debido a la fiebre, el cólera, el sarampión, la escarlatina y otras dolencias desagradables que nadie debería sufrir (y que algún día nadie sufrirá, cuando la gente tenga sentido común). Todos los niñitos que han sido asesinados por patronos crueles y soldados malvados. Todos estaban allí, exceptuando, evidentemente, a los niños de Belén que fueron asesinados por el malvado rey Herodes, porque subieron al cielo hace mucho tiempo, como sabe todo el mundo, y los llamamos los Santos Inocentes.

Sin embargo, ojalá Tom hubiera dejado de hacer diabluras. Ahora que tenía un montón de compañeros de juego con quienes divertirse, ojalá hubiera dejado de atormentar a los animales bobos. En lugar de eso —siento decirlo—, seguía metiéndose con las criaturitas, con todas menos con las serpientes de agua, pues ellas no estaban dispuestas a aguantar tonterías. Así que hacía cosquillas a las madrêporas para que se cerraran, asustaba a los cangrejos para que se escondieran en la arena y se asomaran para mirarlo con el rabillo del ojo, y metía piedras en la boca de las anémonas para que creyeran que era la cena.

Los demás niños lo avisaban y le decían: «Cuidado con lo que haces. La señora Hagancontigocomohiciste está a punto de venir». Pero Tom no les hacía caso. Estaba descontrolado, se sentía muy animado y tenía suerte. Hasta que un viernes por la mañana, muy temprano, la señora Hagancontigocomohiciste efectivamente llegó.

Era una dama tremenda y cuando los niños la veían se ponían todos en fila, muy rígidos, se alisaban los vestidos de baño y colocaban las manos detrás, igual que si el inspector fuera a examinarlos.

Iba con un sombrero negro, un chal negro y sin miriñaque. Llevaba unas gafas grandes y verdes, y tenía una gran nariz aguileña tan ganchuda que el caballete le sobresalía por encima de las cejas. Debajo del brazo guardaba una gran vara de abedul. Era realmente tan fea que Tom estuvo tentado de hacerle muecas; pero no lo hizo, pues no sentía ninguna admiración por el aspecto de la vara de abedul debajo del brazo.

La dama miró a los niños uno por uno. Parecía muy complacida con ellos y nunca les hacía ni una sola pregunta acerca de cómo se estaban portando. Entonces empezó a darles todo tipo de cosas del mar muy bonitas: pasteles de mar, manzanas de mar, naranjas de mar, caramelos de mar, tojfees de mar y, a los más buenos, helados de mar hechos con nata de vacas de mar, que bajo el agua no se derriten.

Si no me crees, piensa esto: ¿qué es más barato y abundante que las rocas de mar? Entonces, ¿por qué no tendría que haber también tojfees de mar? Todo el mundo puede encontrar limones de mar (también preparados y cortados en trozos) si los busca con la marea baja y, a veces, también uvas de mar colgando en racimos.

Si vas a Niza, verás que el mercado de pescado está lleno de frutas de mar, que ellos llaman *frutta di mare*. Aunque supongo que ahora las llaman *fruits de mer*, por consideración a ese exitoso —y por lo tanto immaculado— potentado que, al parecer, está deseoso de heredar la bendición otorgada a aquellos que eliminan el mojón de sus vecinos. Quizás ésta sea la razón por la que ese lugar se llama Nice, porque allí hay muchas cosas bonitas en el mar. Y si no es así, debería serlo.

Pues bien, Tom estuvo mirando cómo les regalaba todas estas cosas hasta que se le hizo la boca agua y sus ojos se hicieron redondos como los de un búho, ya que esperaba que le llegara su turno, y así fue. La dama lo llamó, estiró los dedos con algo entre ellos y se lo metió en la boca. Y, mira por dónde, era un guijarro asqueroso, frío y duro.

—Es usted una mujer muy cruel —se quejó Tom, y se puso a gimotear.

—¡Y tú eres un niño muy cruel que mete guijarros en la boca de las anémonas para que se las traguen y crean que han encontrado una buena cena! Eso es lo que hiciste, de modo que tengo que hacer lo mismo contigo.

—¿Quién le ha contado eso? —le preguntó Tom.

—Has sido tú, ahora mismo.

Tom no había abierto los labios, así que realmente se quedó desconcertado.

—Sí, cada uno me cuenta exactamente lo que ha hecho mal sin saberlo. Así que es inútil intentar ocultarme nada. Ahora ve, sé un niño bueno y no te meteré más guijarros en la boca si tú no metes ninguno en la de otras criaturas.

—No sabía que hacía mal —se disculpó Tom.

—Pues ahora ya lo sabes. La gente continuamente me dice eso, pero yo les respondo: si no sabes que el fuego quema, no es razón para que no te queme; si no sabes que la suciedad provoca fiebre, no es razón para que las fiebres no te maten. La langosta no sabía que hacía mal en meterse en la nasa, pero aún así quedó atrapada.

«¡Dios mío —pensó Tom—, lo sabe todo!» Y, efectivamente, así era.

—De modo que si no sabes que las cosas están mal, no es razón para que no seas castigado por ellas. Sin embargo, no con tanta dureza, no con tanta dureza, hombrecito mío (a pesar de todo, la dama parecía muy amable), como en el caso de que sí lo supieras.

—Pero es un poco dura conmigo, pobre de mí.

—Para nada. Soy el mejor amigo que hayas tenido en tu vida. Aunque te advierto una cosa: no puedo evitar castigar a las personas cuando hacen algo malo. A mí me gusta tan poco como a ellas. A menudo me sabe muy, muy mal, pobres criaturas, pero

no lo puedo evitar. Si intentara no hacerlo, igualmente lo haría. Porque yo trabajo por medio de un mecanismo, como un motor. Estoy llena de engranajes y muelles por dentro, y me han dado mucha cuerda, de manera que no puedo dejar de funcionar.

—¿Ha pasado mucho tiempo desde que le dieron cuerda? —preguntó Tom. Pues el muy listillo pensó: «Algún día dejará de funcionar o puede que se olviden de darle cuerda, igual que el viejo Grimes solía olvidarse de dar cuerda a su reloj cuando venía de la taberna. Entonces estaré a salvo».

—Me dieron cuerda de una vez por todas hace ya tanto tiempo que no me acuerdo.

—¡Dios mío —exclamó Tom—, debieron de crearla hace mucho tiempo!

—Yo nunca fui creada, hijo mío, y seguiré viviendo por siempre jamás, pues soy vieja como la Eternidad y, sin embargo, joven como el Tiempo.

Entonces, la dama cambió de expresión y puso una cara muy curiosa (muy solemne, muy triste y, al mismo tiempo, muy dulce). Levantó la vista y miró a la lejanía, como si traspasara el mar, el cielo, y contemplara algo muy, muy lejano. En ese momento su cara sonrió de un modo tan apacible, tierno, paciente y esperanzado que, por un instante, Tom pensó que no era fea en absoluto. Y estaba en lo cierto, pues era como tantísimas personas que no tienen ni una facción bonita en la cara y que, no obstante, resultan preciosas e inmediatamente atraen a los corazones de los niños porque, aunque la casa sea fea, desde las ventanas un espíritu hermoso y bueno mira hacia fuera.

Tom le sonrió; en ese instante ella parecía amabilísima. La extraña hada también sonrió y dijo:

—Sí. Acabas de pensar que soy fea, ¿verdad?

Tom se quedó cabizbajo y se le sonrojaron las orejas.

—Soy muy fea. Soy el hada más fea del mundo y seguiré siéndolo hasta que la gente se comporte como debería. Entonces me volveré tan guapa como mi hermana, que es el hada más encantadora del mundo; se llama señora Hazcomoquisierasquetehicieranati. Ella empieza donde yo termino y yo empiezo donde ella termina, y los que no la escuchan me escuchan a mí, como ya tendrás ocasión de comprobar. Bueno, todos vosotros ya podéis ir, excepto Tom. Él puede quedarse para ver lo que voy a hacer. Para empezar, será una buena advertencia antes de que vaya a la escuela. Bueno, Tom, todos los viernes vengo aquí, llamo a los que han maltratado a los niños y los trato tal como ellos han hecho con los demás.

Al oír eso, Tom se asustó y corrió a esconderse debajo de una piedra, lo cual hizo enfadar mucho a los dos cangrejos que vivían allí y dio un susto de muerte a su amiga, la salpa. Pero no por eso se movió de su escondite.

Lo primero que hizo el hada fue llamar a todos los médicos que dan tantos medicamentos a los niños pequeños (la mayoría eran viejos, pues los jóvenes ya han

aprendido, todos excepto unos cuantos cirujanos militares que aún creen que el estómago de un niño es muy parecido al de un granadero escocés) y los hizo ponerse en fila. Parecían muy compungidos, pues ya sabían lo que les esperaba.

Primero, les arrancó todos los dientes y luego les hizo una sangría; después, les dio unas dosis de calomelanos, jalapa, sulfato de magnesia y diasén, azufre y melaza, y pusieron unas caras horribles. A continuación les ofreció un gran vomitivo de mostaza y agua. Y así se pasó toda la mañana. También llamó a un tropel de señoritas estúpidas que estrujan la cintura y los dedos de los pies de sus niñas. Las acordonó con ceñidos corsés y éstas se ahogaban y se ponían enfermas, la nariz se les enrojecía y las manos y los pies se les hinchaban. Luego embutió sus pobres pies en unas botas espantosamente ceñidas y las hizo bailar, lo cual hicieron con gran torpeza. Entonces les preguntó si les gustaba y, cuando dijeron que para nada, las dejó libres. Porque sólo lo habían hecho por la estúpida moda, creyendo que era por el bien de sus niñas como si la cintura de avispa y los dedos de cerdo pudiesen ser bonitos, sanos o útiles para alguien.

Más tarde llamó a las niñeras poco cuidadosas, las pinchó por todas partes y las paseó en cochecitos con correas ceñidas alrededor de sus barrigas, con las cabezas y los brazos colgando por los lados, hasta que se pusieron muy enfermas y se sintieron estúpidas. Podían haber cogido una insolación, sólo que, bajo el agua, únicamente podían haber cogido una insolación de agua, lo cual te aseguro que es casi igual de malo, como comprobarás si intentas ponerte debajo de la rueda de un molino. Recuérdalo: cuando oigas un ruido sordo en el fondo del mar, los marineros te dirán que es marejada de fondo; sin embargo, ahora ya sabes lo que es: es la vieja dama paseando a las niñeras en cochecito.

Por entonces se sintió tan cansada que tuvo que irse a almorzar. Después del almuerzo, volvió a ponerse manos a la obra y llamó a todos los maestros crueles: regimientos y brigadas enteras. Cuando el hada los vio, frunció el ceño de un modo terrible y empezó a trabajar en serio, como si la mejor parte de la tarea diaria aún tuviese que llegar. Más de la mitad de los maestros eran monjes viejos asquerosos, sucios, desaliñados, mugrientos y malolientes que, en vez de atreverse a golpear a un hombre de su talla, se divertían pegando a los niños pequeños, tal como puedes ver en el cuadro del viejo Papa Gregorio (aunque fuera un hombre justo cuando se inmiscuía en cosas que podía entender), enseñando a unos niños a cantar el fa-fa-mi-fa con un azote de nueve ramales debajo de su silla. Como no tenían hijos, se les metió en la cabeza (como todavía ocurre con algunos) que eran las únicas personas del mundo que sabían manejar a los niños: fueron los primeros que importaron a Inglaterra, en los antiguos tiempos anglosajones, la moda de tratar a los niños insolentes, y también a las niñas, peor de lo que tratarías a un perro o a un caballo. Pero la señora Hagancontigocomohiciste se ocupó de ellos hace ya mucho tiempo y les hizo probar

sus propias varas (y puede que les sentara muy bien).

Les dio unos buenos cachetes, los golpeó en la coronilla con reglas, les pegó con la palmeta en las manos y los acusó de contar mentiras y de ser tal o cual suerte de gente. Y cuanto más se indignaban, juraban por su honor y aseguraban que decían la verdad, más afirmaba ella que no, que sólo contaban mentiras. Finalmente, los azotó a todos de forma contundente con su gran vara de abedul e impuso a cada uno el castigo de aprenderse de memoria trescientas mil líneas de hebreo antes del viernes siguiente. Al oírlo, todos gritaron y aullaron tanto que sus bocanadas subieron mar arriba como las burbujas del agua con gas. Y eso explica que haya burbujas en el mar. Existen otras razones, pero ésa es la que principalmente concierne a los chiquillos.

Para entonces, el hada estaba tan cansada que se alegró de dejar de trabajar, puesto que ese día había hecho una buena tarea.

A Tom, la vieja dama no le disgustaba del todo. Pero no podía evitar pensar que era un poco rencorosa (y no me extraña que lo sea, la pobrecilla, pues si para volverse guapa tiene que esperar a que las personas hagan como quisieran que les hicieran a ellas, tendrá que pasar muchísimo tiempo).

¡Pobre señora Hagancontigocomohiciste! Le aguarda un trabajo muy duro y en abundancia. Todo habría ido mejor si hubiera sido lavandera de nacimiento y pasara el día sobre la tina; pero, mira, la gente no siempre puede escoger la profesión que quiere.

Sin embargo, Tom deseaba hacerle una pregunta. A pesar de todo, cuando ella lo miraba, no parecía en absoluto enojada. De vez en cuando, se le dibujaba una sonrisa divertida en la cara y se reía entre dientes de una forma que dio coraje a Tom hasta que preguntó:

—Usted perdone, señorita, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Pues claro, cielo.

—¿Por qué no trae aquí a todos los patronos malos y les da también su merecido? Los intermediarios que dan palizas a los pobres niños mineros, los de las fábricas de clavos que liman la nariz a los chiquillos y les dan martillazos en los dedos y todos los patronos deshollinadores, como mi patrón, Grimes. Lo vi caer en el agua hace mucho tiempo, así que estaba seguro de que estaría aquí. Estoy convencido de que fue lo bastante malo conmigo.

Entonces la vieja dama adoptó un aspecto tan severo que Tom se asustó mucho y se arrepintió de haber sido tan atrevido. Pero no estaba enfadada con él. Únicamente respondió:

—Los vigilo durante toda la semana y ahora están en un lugar que es muy distinto a éste, porque sabían que estaban obrando mal.

Habló muy bajito, pero había algo en su voz que hizo que Tom sintiera un hormigueo de pies a cabeza, como si se hubiera metido en un cúmulo de ortigas de

mar.

—En cambio, estas personas —prosiguió—, no sabían que estaban obrando mal. Sólo eran estúpidas e impacientes y, por lo tanto, sólo las castigo hasta que sean pacientes y aprendan a utilizar el sentido común como seres razonables. Sin embargo, en cuanto a los deshollinadores, los niños mineros y los chiquillos de las fábricas de clavos, mi hermana ha puesto a buenas personas para detener ese tipo de cosas. Y le estoy muy agradecida, pues si ella consigue evitar que los patronos crueles maltraten a los pobres niños, yo me volveré hermosa como mínimo mil años antes. Y ahora sé bueno y haz como quisieras que te hicieran a ti, lo cual ellos no hicieron, y entonces, cuando el próximo domingo venga mi hermana, Madame Hazcomoquisierasquetehicieranati, puede que te haga caso y te enseñe cómo debes comportarte. Ella entiende de eso mejor que yo.

Y se fue.

Tom se alegró mucho de oír que no había ninguna posibilidad de volver a encontrarse con Grimes, aunque le daba un poco de lástima, teniendo en cuenta que a veces solía darle los restos de su cerveza. Así pues, Tom se propuso ser bueno durante todo el sábado. Y así fue, pues no asustó a ningún cangrejo, ni hizo cosquillas a ningún coral vivo, ni metió ninguna piedra en la boca de las anémonas para hacerles creer que era la cena. Cuando llegó el domingo por la mañana, se presentó la señora Hazcomoquisierasquetehicieranati. Los niños pequeños empezaron a bailar y a dar palmas, y Tom también bailó con todas sus fuerzas.

En cuanto a esta hermosa dama, no sabría decirte de qué color era su pelo ni sus ojos. Y Tom tampoco, pues cuando alguien la mira, todo lo que puede pensar es que tiene la cara más dulce, amable, tierna, divertida y alegre que nunca haya deseado ver. Tom se fijó en que era una dama muy alta, igual de alta que su hermana; pero, en lugar de ser retorcida y callosa, escamosa y espinosa, era la criatura más bonita, suave, rechoncha, tersa, cariñosa, adorable y deliciosa que nunca había arrullado a un niño. Entendía muchísimo de niños, pues había muchos que eran suyos, hileras y regimientos enteros, y aún hoy sigue teniéndolos. Siempre que disponía de tiempo libre, su gran deleite era jugar con los niños, con lo cual demostraba ser una mujer con sentido común, pues los niños son la mejor compañía y los compañeros de juego más agradables del mundo; al menos, eso es lo que creen todos los sabios del planeta. Por lo tanto, cuando los niños la vieron, naturalmente fueron todos hacia ella, la estiraron hasta que se sentó sobre una piedra, se subieron en su regazo, se colgaron de su cuello y la tomaron de las manos. Entonces, todos se metieron los pulgares en la boca y empezaron a arrimarse y a ronronear como gatitos, tal como deberían haber hecho.

Mientras tanto, los que no encontraron sitio se sentaron sobre la arena y acurrucaron los pies (pues, verás, en el agua nadie lleva zapatos, salvo las vigilantes

de la playa, que tienen miedo de que los niños del agua les pinchen los callos de los pies). Tom se quedó observándolos, ya que no comprendía lo que pasaba.

—Y tú, ¿quién eres, cariño mío? —preguntó la dama.

—¡Ah, ése es el nuevo! —gritaron todos, sacándose los pulgares de la boca—. Nunca ha tenido una madre. —Y todos volvieron a meterse el pulgar en la boca, pues no querían perder ni un minuto.

—Entonces yo seré su madre y tendrá el mejor sitio. Así que todos vosotros salid ahora mismo.

Levantó dos brazadas de niños —novecientos debajo de un brazo y mil trescientos debajo del otro— y los lanzó al agua, hacia la derecha y hacia la izquierda. Sin embargo, se inmutaron tan poco como los niños malos de Struwelpeter cuando Santa Claus los remojó en el tintero. Y ni siquiera se sacaron los pulgares de la boca, sino que volvieron hacia el hada chapoteando y serpenteando igual que renacuajos, hasta que llegó un momento en que no se la podía distinguir debido al enjambre de niños que la cubría de pies a cabeza.

Pero tomó a Tom en brazos y lo acomodó en el lugar más acogedor de todos; lo besó, le dio palmaditas y le habló con voz tierna y baja de cosas de las que él nunca había oído hablar en su vida. Tom la miró a los ojos y la amó, la amó hasta que se quedó profundamente dormido de puro amor.

Cuando se despertó, ella estaba contando un cuento a los demás niños. ¿Qué cuento les contaba? Les contó un cuento que comienza cada Nochebuena y que, sin embargo, no termina jamás de los jamases. Mientras hablaba, los niños se sacaron los pulgares de la boca y escucharon muy serios, aunque para nada tristes, pues nunca les contaba nada triste. Tom también escuchaba y en ningún momento se cansó de escuchar. Estuvo escuchando tanto rato que se volvió a quedar profundamente dormido y, cuando se despertó, la dama todavía estaba arrullándolo.

—No te vayas —susurró el pequeño Tom—. Esto es muy bonito. Nunca nadie me había abrazado.

—No te vayas —repitieron todos los niños—. Aún no nos has cantado una canción.

—Bueno, sólo tengo tiempo para una. Así que, ¿cuál queréis?

—¡La muñequita que perdiste! ¡La muñequita que perdiste! —gritaron a la vez todos los niños. Entonces la extraña hada cantó:

Una vez tuve una dulce muñequita, queridos míos,
la muñeca más hermosa del mundo;
tenía las mejillas rojas y blancas, queridos míos,
y unos rizos embelesadores.
Pero perdí a mi muñequita, queridos míos,
mientras jugaba en el brezal un día;

estuve llorando más de una semana, queridos míos,
pero nunca supe dónde yacía.
Encontré a mi pobre muñequita, queridos míos,
mientras jugaba en el brezal un día;
la gente dice que está terriblemente cambiada, queridos míos,
ha perdido los colores que tenía,
se ha quedado sin un brazo por las pisadas de las vacas,
queridos míos,
y el cabello ya no tiene rizo alguno; sin embargo, por los viejos tiempos, sigue
siendo,
queridos míos, la muñeca más hermosa del mundo.

¡Mira que cantar una canción tan tonta un hada como ella!

¡Y mira qué niños del agua más tontos, que les gustaba!

Bueno, verás, en las profundidades del mar no tienen la ventaja de contar con los
Razonamientos de la Tía Agitate.

—Bien —le dijo el hada a Tom—, hazlo por mí. ¿Vas a ser bueno y vas a dejar de atormentar a las bestias del mar hasta que vuelva?

—¿Volverás a abrazarme? —le preguntó el pobrecillo Tom.

—Por supuesto que sí, pichoncito. Me gustaría llevarte conmigo y darte abrazos durante todo el camino, sólo que no debo hacerlo.

Y se fue.

Así que Tom trató de ser bueno y, después de este episodio, mientras vivió, dejó de atormentar a las bestias del mar. Y te aseguro que aún está muy vivo.

Ay, qué buenos serían los niños si tuvieran una mamá amable y cariñosa que los abrazara y les contara cuentos. Y cómo les asustaría ser malos y hacer brotar lágrimas en los bonitos ojos de sus mamás.

CAPÍTULO VI

*¡Ay, mi niño! Si bien eres glorioso en la noche
de la libertad nacida del cielo, en la cúspide de tu Ser,
¿por qué haces que los Años traigan
el yugo inevitable con tan intenso pesar...
luchando, así, ciegamente contra tu santidad?
Muy pronto tu alma soportará su carga terrenal
y la costumbre se posará sobre ti con un peso
plomizo como el hielo y casi tan profundo como la vida.*

WORDSWORTH

Ahora viene la parte más triste de todo mi cuento. Sé que habrá gente que se reirá y dirá que hago mucho ruido y pocas nueces. Pero conozco a un hombre que no se reiría. Era un oficial con unos bigotes grises largos como tu brazo, que una vez, estando rodeado de gente, confesó que dos de las escenas más estremecedoras del mundo, que lo conmovían hasta hacerle llorar —lo cual trataba de impedir por todos los medios— eran un niño con un juguete roto y un niño robando golosinas.

Las personas que lo acompañaban no se burlaron de él; sus bigotes eran demasiado largos y demasiado grises para eso.

Sin embargo, cuando se hubo ido, todos lo llamaron sentimental. Todos, excepto una querida dama cuáquera con un alma blanca como su gorro que, evidentemente, no tenía una especial debilidad por los soldados. Esta dama afirmó en voz baja, como los cuáqueros:

—Amigos, a mi juicio ése es un hombre verdaderamente valiente.

Crearás que Tom se hizo muy bueno cuando consiguió todo lo que quería o deseaba; pero, de ser así, estás muy equivocado. Tener comodidad es algo muy bueno, aunque no hace buenas a las personas. Efectivamente, a veces las hace malas, tal como hizo con los americanos y con la gente de la Biblia, que se dedicaron a engordar y a dar coces, como caballos sobrealimentados y subexplotados. Y lamento decir que eso fue lo que le ocurrió al pequeño Tom, pues le llegaron a gustar tanto los caramelos de mar y las piruletas de mar que su estúpida cabecita no podía pensar en otra cosa: siempre quería más y se preguntaba cuándo volvería la extraña dama, qué le daría, cuánto y si obtendría más que los demás. De día, no pensaba en otra cosa que no fuesen piruletas y de noche sólo soñaba en dulces. Y entonces, ¿qué pasó?

Que empezó a espiar a la dama para ver dónde guardaba las golosinas. Empezó a

escondese, a mirar a hurtadillas, a seguirla por todas partes y a fingir que estaba mirando hacia otro lado o que iba a hacer otra cosa, hasta que averiguó que las guardaba en un armario de nácar. Y, mira por dónde, el armario estaba abierto.

Sin embargo, cuando vio todas las cosas bonitas que había dentro, en lugar de sentirse complacido, se sintió muy asustado y deseó no haber ido nunca. Después decidió tocarlas —y lo hizo—, luego sólo quiso probar una —y lo hizo—, a continuación pensó en comerse dos, luego tres y así sucesivamente. Entonces le aterrorizó la idea de que la dama pudiese volver y pillarlo, y empezó a engullirlas tan rápidamente que dejó de degustarlas y de sentir algún placer. Después le dolió la barriga y pensó en comerse la última, pero continuó con otra y con otra hasta que se las zampó todas.

Y durante todo el rato, justo detrás de él, estuvo la señora Hagancontigocomohiciste.

Habrá quien dirá: «Pero, ¿por qué no cerró el armario con llave?». Sí, ya lo sé. Puede parecer algo extraño, pero nunca deja el armario cerrado: todos los que quieran pueden ir, servirse y, por lo tanto, comer. Es muy raro, pero es así, y estoy seguro de que la dama sabe lo que se hace. Tal vez quiere que la gente no meta los dedos en el fuego para evitar que se quemem.

Se quitó las gafas, puesto que no le gustaba ver demasiado. Entonces, sintiendo una gran pena, arqueó las cejas hasta donde le empezaba el cabello y sus ojos se abrieron tanto que habrían podido albergar todos los dolores del mundo, y se llenaron de grandes lágrimas, como les sucede a menudo.

Sin embargo, todo lo que dijo fue:

«¡Ay, queridito mío! Eres como los demás.»

Pero lo dijo para sus adentros y Tom ni la oyó ni la vio. Ahora bien, no pienses que era muy sentimental. Si crees que es así y que a ti te va a perdonar, o a mí, o a cualquier ser humano, cuando actuamos mal, porque tiene un corazón demasiado tierno como para castigarnos, estás muy equivocado, como les ocurre a muchos hombres cada año y cada día.

¿Qué crees que hizo la extraña hada cuando vio que Tom se había comido todas sus piruletas?

¿Crees que se abalanzó sobre él, que lo agarró por el pescuezo, lo sujetó, lo empujó, lo inclinó, lo acució, le pegó, lo golpeó, lo arrastró, lo pinchó, lo aporreó, lo puso en una esquina, lo sacudió, lo abofeteó, lo desterró a una roca fría para que recapacitara, etc.?

En absoluto. Si sabes dónde encontrarla podrás ver cómo trabaja. Pero nunca la verás hacer algo así. Porque, si lo hubiera hecho, sabía perfectamente que en ese preciso instante Tom habría peleado, habría dado patadas, habría mordido, habría dicho palabrotas y se habría vuelto a convertir en un pequeño deshollinador malo y

pagano, con su mano contra todo el mundo —como la de Ismael en la antigüedad— y la mano de todo el mundo contra él.

¿Crees que lo interrogó, lo presionó, lo asustó y lo amenazó para que confesara? En absoluto. Como te he dicho, si sabes dónde encontrarla, a menudo podrás ver cómo trabaja. Pero nunca la verás hacer eso. Pues, si lo hubiera hecho, con lo asustado que él estaba, lo habría tentado a contar mentiras y eso incluso habría sido peor, si cabe, que volver a convertirse en un deshollinador pagano.

No. Todas esas medidas las deja para los padres y los profesores ansiosos (hay quien los llama holgazanes) que, en lugar de ofrecer a sus niños un juicio justo, como el que esperarían tener y reivindicarían para ellos, los fuerzan asustándolos para que confiesen sus culpas. Eso es tan cruel e injusto que no hay ningún juez en la judicatura que se atreva a practicarlo ni con los ladrones o los asesinos más malvados, pues la gran ley británica lo prohíbe. Sí, sí, e incluso hay quien los castiga para que confiesen, lo cual es un crimen tan detestable que hoy en día ya nadie lo comete, salvo los inquisidores, los reyes de Nápoles y unos cuantos desgraciados de los cuales el mundo ya está harto. Y luego dicen: «Nosotros hemos instruido al niño en el camino por el que debería ir y al crecer se ha apartado de él. Entonces, ¿por qué dijo Salomón que no se apartaría?». Sin embargo, el camino de pegar, acuciar, asustar e interrogar quizá no sea el camino por el que el niño debería ir, pues ni siquiera es el camino por el que debería ir un potro, si lo que quieres es domarlo y hacer que sea un caballo tranquilo y útil.

Algunas personas dirán: «¡Ah!, pero al Hada no le hace falta hacer eso si ya lo sabe todo». Es verdad. Pero, si no lo supiera, seguro que no se comportaría peor que un juez y un jurado británicos, y los padres y los profesores tampoco deberían hacerlo.

De modo que no dijo nada de nada sobre el asunto, ni siquiera cuando, al día siguiente, Tom se acercó con los demás para recibir golosinas. Tenía un miedo terrible de ir, pero aún tenía más miedo de no ir, por si alguien sospechaba de él. También temía que no hubiera golosinas —como era de esperar, dado que se las había comido todas—, por si en ese caso el hada preguntaba quién se las había llevado. Pero, mira por dónde, sacó tantas como siempre, lo cual dejó a Tom atónito y lo asustó más todavía.

Cuando el hada lo miró directamente a los ojos, Tom se estremeció de pies a cabeza; no obstante, le dio su parte, como a los demás, y para sus adentros pensó que no podía haberlo descubierto.

Sin embargo, cuando se metió las golosinas en la boca, le repugnó el sabor que tenían y le dolió tanto la barriga que tuvo que huir tan rápido como pudo. Durante toda la semana se sintió fatal, y muy enojado y triste.

A la semana siguiente, volvió a recibir su parte y el hada volvió a mirarlo

directamente a los ojos, pero tenía un aspecto triste como nunca antes lo había tenido. Tom no podía soportar las golosinas, pero se las volvió a comer en contra de su voluntad.

Cuando vino la señora Hazcomoquisierasquetehicieranati, quiso que lo abrazara como a los demás, pero ella dijo, muy seria:

—Me encantaría abrazarte, pero no puedo. Tienes muchos callos y espinas.

Tom se miró: estaba lleno de espinas como un erizo de mar.

Lo cual era muy natural, pues tienes que saber y creer que el alma de las personas constituye su cuerpo, igual que un caracol hace su concha (no lo digo en broma, chiquitín, lo digo muy en serio y muy solemnemente). Por lo tanto, cuando el alma de Tom empezó a espinarse con mal genio, su cuerpo no pudo evitar que le crecieran espinas. Por eso nadie quería abrazarlo ni jugar con él; ni siquiera lo miraban.

¿Qué podía hacer Tom ahora sino huir, esconderse en una esquina y llorar? Porque nadie quería jugar con él y él sabía perfectamente por qué.

Durante toda esa semana se sintió tan miserable que cuando el hada fea vino y volvió a mirarlo directamente a los ojos, más seria y triste que nunca, no lo pudo aguantar más y tiró los dulces, diciendo: «No, no quiero. Ya no me sientan bien». Y entonces el pobrecito rompió a llorar y le contó detalladamente a la señora Hagancontigo comohiciste todo lo que había sucedido.

Después de contárselo se sintió terriblemente asustado, pues esperaba que el hada lo castigara con gran dureza. Sin embargo, en lugar de eso, sólo lo cogió y lo besó, lo cual no era muy agradable, pues realmente tenía una barbilla muy peluda. Pero se sentía tan solo en el fondo de su corazón que pensó que era mejor que le dieran besos ásperos a que no le dieran ninguno.

—Te voy a perdonar, pequeño —dijo ella—. Siempre perdono a todo el mundo cuando me cuentan la verdad voluntariamente.

—Entonces, ¿me quitarás todas estas espinas asquerosas?

—Eso ya es algo muy distinto. Has sido tú el que las ha puesto ahí y solamente tú puedes quitarlas.

—¿Y cómo lo hago? —preguntó Tom, empezando a llorar otra vez.

—Bueno, creo que ya es hora de que vayas a la escuela, de modo que voy a ponerte una maestra que te enseñe a deshacerte de las espinas.

Y se fue.

A Tom le asustó la idea de tener una maestra, ya que pensó que vendría con una vara de abedul o con un bastón. Finalmente se consoló pensando que podría ser como la anciana de Vendale. Pero no lo fue en absoluto. Pues, cuando el hada la trajo, pudo comprobar que se trataba de la niña más bonita jamás vista, con largos rizos flotándole por detrás de la espalda como una nube dorada y largas ropas flotando a su alrededor como una nube plateada.

—Aquí está —anunció el hada—. Debes enseñarle a ser bueno, te apetezca o no.

—Ya lo sé —dijo la niña. Pero no parecía apeteecerle, pues se metió el dedo en la boca y miró a Tom por debajo de las cejas. Tom también se metió el dedo en la boca y la miró por debajo de las cejas, pues estaba terriblemente avergonzado.

La niña apenas sabía por dónde empezar y puede que nunca hubiera empezado si el pobre Tom no se hubiese puesto a llorar y le hubiera suplicado que le enseñara a ser bueno y le ayudara a curar sus espinas. Al oír esto, a la niña se le enterneció tanto el corazón que empezó a enseñarle de la forma más bonita que jamás se le haya enseñado a un niño en el mundo.

¿Qué le enseñó la niña a Tom? Primero, le enseñó lo que a ti siempre te han enseñado desde que rezaste las oraciones por primera vez sobre las rodillas de tu madre, aunque se lo enseñó de un modo mucho más simple. Pues en aquel mundo, hijo mío, las lecciones no tienen las palabras difíciles de las lecciones de éste y, por lo tanto, a los niños del agua les gustan más que a ti y desean aprenderlas con más insistencia. Los mayores no pueden cavilar ni discutir sobre su significado, como hacen aquí, en tierra, pues esas lecciones surgen nítidas y puras, como el Test cuando nace en el Estanque de Overton, de la tierra eterna de toda la vida y de toda la verdad.

Así pues, enseñaba a Tom cada día de la semana, sólo que los domingos ella siempre se iba a casa y el hada amable ocupaba su lugar. Y antes de que hubiera estado muchos domingos enseñando a Tom, las espinas se esfumaron y su piel volvió a estar suave y limpia.

—¡Dios mío! —exclamó la niña—. Caray, ahora te reconozco. Eres el mismo deshollinador que entró en mi habitación.

—¡Dios mío! —gritó Tom—. Ahora también te reconozco. Eres la misma pequeña dama blanca que vi en la cama.

Entonces saltó hacia ella y deseó abrazarla y besarla, pero no lo hizo, ya que recordó que era una dama de nacimiento. Así que saltó dando más y más vueltas alrededor de ella hasta que se cansó.

Luego empezaron a contarse sus respectivas historias: cómo él se había metido en el agua y ella se había caído de la roca, cómo él había nadado hasta llegar al mar y cómo ella había salido volando por la ventana, y cómo esto y aquello y lo de más allá, hasta que se lo contaron todo. Entonces los dos volvieron a empezar y no sabría decir cuál de ellos hablaba más rápido.

Después volvieron a trabajar en sus lecciones y les gustó tanto que continuaron hasta que pasaron y se les fueron siete años enteros.

Pensarás que durante todos esos años Tom se sintió muy contento y feliz, pero la verdad es que no. Siempre tuvo una cosa en la cabeza, y era la siguiente: ¿adonde iba la pequeña Ellie cuando volvía a casa los domingos?

A un lugar muy bonito, decía ella.

Pero, ¿cómo era ese bonito lugar y dónde estaba?

¡Ah!, eso es precisamente lo que no podía decir. Lo raro, pero cierto, es que nadie puede decirlo. Y que los que han estado allí más a menudo, o incluso más cerca, aún pueden decir menos y menos pueden hacer entender a la gente cómo es. Hay muchísimas personas por El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio (donde Tom fue más tarde) que pretenden conocerlo de norte a sur con la misma certeza que si hubieran trabajado allí de carteros.

Sin embargo, como están a buen recaudo en El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio, a novecientos noventa y nueve millones de kilómetros, lo que digan no nos concierne.

Pero las personas queridas, dulces, afectuosas, sabias y sacrificadas que realmente van allí nunca pueden contarte nada, salvo que es el lugar más bonito del mundo. Si les haces más preguntas, se vuelven reservados y guardan silencio, por miedo a que se rían de ellos; y tienen mucha razón.

Así que todo lo que la pequeña Ellie podía decir era que aquel lugar valía tanto como el resto del mundo entero. Evidentemente, eso sólo hizo que, a pesar de todo, Tom estuviera aún más ansioso de conocerlo.

—Señorita Ellie —dijo finalmente—, si no me dices por qué no puedo ir contigo los domingos cuando te vas a casa, no me voy a estar quieto y no voy a dejarte tranquila.

—Eso tienes que preguntárselo a las hadas.

De modo que, cuando al día siguiente vino el hada —la señora Hagancontigo comohiciste—, Tom se lo preguntó.

—Los niñitos que sólo saben jugar con las bestias de mar no pueden ir —explicó ella—. Los que van allí, primero tienen que ir adonde no les apetece, hacer lo que no les apetece y ayudar a alguien que no les apetece.

—Anda, ¿y Ellie lo hizo?

—Pregúntaselo a ella.

Ellie se sonrojó y confesó: «Sí, Tom, al principio no me apetecía venir aquí. Era mucho más feliz en casa, donde siempre es domingo. Al principio, Tom, me dabas miedo, porque... porque...»

—¿Porque estaba lleno de espinas? Pero ahora ya no tengo, ¿no es verdad, señorita Ellie?

—No —respondió Ellie—. Ahora me gustas mucho y también me apetece venir aquí.

—Quizás —continuó el hada— aprendas a que te apetezca ir adonde no te apetece y ayudar a alguien que no te apetece, como ha hecho Ellie.

Pero Tom se metió el dedo en la boca y se quedó cabizbajo, pues no lo entendía en absoluto.

Así que cuando vino la señora Hazcomoquisierasquete-hicieranati, Tom se lo

preguntó, pues su cabecita pensó: «Ella no es tan estricta como su hermana y puede que me perdone con más facilidad».

Ay, Tom, Tom, ¡qué bobo eres! Y, sin embargo, no sé por qué tendría que culparte mientras haya tantos mayores que tengan la misma idea en su cabeza.

A pesar de todo, cuando lo intentan, reciben la misma respuesta que Tom. Porque al preguntárselo a la segunda hada, ella le dijo exactamente lo mismo que la primera y con las mismas palabras.

Y al oírlo, Tom se sintió muy decepcionado. Cuando el domingo siguiente Ellie se fue a casa, se disgustó y estuvo llorando durante todo el día, y se negó a escuchar los cuentos de las hadas sobre niños buenos, aunque fueran más hermosos que nunca. Efectivamente, cuanto más los oía de refilón, menos le gustaba escucharlos, porque todos eran sobre niños que hacían lo que no les apetecía, se esforzaban por otras personas y trabajaban para alimentar a sus hermanitos y hermanitas en lugar de pensar sólo en jugar. Cuando el hada empezó a contar un cuento sobre un niño sagrado de la antigüedad que fue martirizado por los paganos porque no quería rendir culto a los ídolos, Tom no aguantó más, se fue corriendo y se escondió entre unas rocas.

Cuando Ellie volvió, él se comportó con timidez, porque creía que lo menospreciaba y lo consideraba un cobarde. Después, se sintió muy enojado con ella, porque era superior a él y hacía lo que él no podía hacer. La pobre Ellie se quedó muy sorprendida y triste; finalmente, Tom se echó a llorar, pero no le dijo lo que realmente pensaba.

Mientras tanto, como le corroía por dentro la curiosidad de averiguar adonde iba Ellie, empezó a desinteresarse por sus compañeros de juego, por el palacio de mar y por cualquier otra cosa. Puede ser que eso lo hiciera todo más fácil para él, ya que se sentía tan descontento con todo lo que le rodeaba que no tenía ningún interés en quedarse ni le importaba adonde pudiera ir.

—Bueno —anunció finalmente—, aquí soy miserable. Me voy. Me encantaría que vinieses conmigo.

—¡Ay! —se lamentó Ellie—, ojalá pudiera, pero lo malo es que el hada dice que, si vas, debes ir solo. Ah, y no molestes a ese pobre cangrejo, Tom (pues éste estaba teniendo pensamientos muy malos y traviosos), o el hada no tendrá más remedio que castigarte.

Tom estuvo a punto de decir: «Y a mí qué, si me castiga», pero se detuvo a tiempo.

—Ya sé lo que quiere que haga —aseguró, gimoteando, muy compungido—. Quiere que busque al espantoso Grimes. Está claro que no me apetece. Y si lo encuentro, va a volver a convertirme en un deshollinador, lo sé. Eso es lo que siempre me ha asustado más.

—No, no lo haré, eso sí que lo sé. Nadie puede convertir niños del agua en deshollinadores, ni hacerles ningún daño, siempre y cuando sean buenos.

—Ja —replicó el malo de Tom—, ya veo lo que te propones. Me has estado persuadiendo para que vaya porque ya te has hartado y quieres deshacerte de mí.

Al oír eso, la pequeña Ellie abrió mucho los ojos, que rebosaban de lágrimas.

—¡Oh, Tom, Tom! —dijo ella, muy dolida. Luego gritó—: ¡Eh, Tom! ¿Dónde estás?

Y Tom gritó:

—¡Eh, Ellie! ¿Dónde estás?

No podían verse. La pequeña Ellie se esfumó muy lejos y Tom oyó su voz llamándolo y haciéndose más y más baja, más y más tenue, hasta que todo quedó en silencio. Entonces, ¿quién era el que estaba asustado, sino Tom? Buceó arriba y abajo por entre las rocas, entrando en todos los salones y habitaciones más rápido que nunca, pero no la encontró. La llamó a gritos, pero no respondió. Preguntó a los demás niños, pero no la habían visto. Finalmente, subió hasta la superficie del agua y se puso a llorar y a chillar para que viniera la señora Hagancontigocomohiciste (y quizás era lo mejor que podía hacer, pues se presentó en un instante).

—¡Ay! —exclamó Tom—. ¡Dios santo, Dios santo! He sido malo con Ellie y la he matado, sé que la he matado.

—No, eso no —respondió el hada—, pero la he mandado a casa, muy lejos, y no volverá en no sé cuánto tiempo.

Al oír estas palabras Tom lloró con tanta amargura que el mar salado aumentó con sus lágrimas y la marea se hizo 0,3.954.620.819 partes de un centímetro más alta que el día anterior (aunque quizá fuera debido al crecimiento de la luna). Sí, podría ser; pero, verás, según la nueva filosofía, lo correcto es atribuir causas espirituales a los fenómenos físicos —sobre todo en los salones donde se practica espiritismo— y, evidentemente, atribuir causas físicas a los fenómenos espirituales, tales como pensar, rezar y distinguir el bien del mal. De modo que lo ponen del revés hasta que queda del derecho, como dicen en Berkshire.

—¡Qué cruel eres mandando a Ellie lejos de aquí! —sollozó Tom—. Sin embargo, volveré a encontrarla, aunque tenga que ir a buscarla al fin del mundo.

El hada no abofeteó a Tom ni le dijo que refrenara la lengua. Por el contrario, lo puso en su regazo con mucha suavidad, igual que habría hecho su hermana, y lo convenció de que no era culpa suya, porque a ella le habían dado cuerda, como a los relojes, y no podía evitar hacer las cosas, le gustaran o no. Luego le explicó que había estado en la guardería el tiempo suficiente y que ahora debía salir a ver el mundo si quería llegar a ser un hombre. Le dijo que tenía que ir completamente solo, como deben hacer todas las personas que nacen: ver con sus propios ojos, oler con su propia nariz, hacerse él mismo la cama y echarse en ella y, si metía los dedos en el

fuego, quemarse. Después le aseguró que había muchísimas cosas interesantes que ver en el mundo y que sería un lugar muy singular, curioso, agradable, ordenado, respetable, organizado y, en general, bien conseguido (como, efectivamente, cabría esperar), si la gente que vive en él fuera tolerablemente valiente, honesta y buena. Luego le aconsejó que no tuviera miedo de nada, pues nada podía hacerle daño mientras se acordara de las lecciones e hiciera lo que sabía que era correcto. Finalmente, consoló tanto al pobre Tom que a éste le entraron muchas ganas de salir y deseó partir en aquel mismo instante.

—¡Lo único que desearía —añadió—, es ver a Ellie una sola vez antes de irme!

—¿Y por qué quieres eso?

—Porque... porque sería muchísimo más feliz si supiera que me ha perdonado.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, apareció Ellie, sonriente y tan contenta que Tom deseó besarla. Pero todavía temía no ser lo bastante respetuoso porque ella era una dama de nacimiento.

—¡Me voy, Ellie! —dijo Tom—. Me voy, aunque sea hasta el fin del mundo. Pero la verdad es que no me apetece nada.

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah! —exclamó el hada—. Te va a encantar, granuja, en el fondo del corazón lo sabes. Y si no lo sabes, voy a hacer que te apetezca. Ven aquí y mira lo que le pasa a la gente que sólo hace cosas agradables.

De uno de sus armarios (tenía todo tipo de armarios misteriosos en las grietas de las rocas) sacó el libro a prueba de agua más maravilloso, lleno de fotografías jamás vistas. Pues había descubierto la fotografía (y esto es un hecho) más de 13.598.000 años antes de que nadie naciera. Es más, sus fotografías no representaban meramente las luces y las sombras, como hacen las nuestras, sino también los colores y, además, todos los colores, igual que si miras la cola de un gallo lira, las alas de una mariposa o, de hecho, todo lo que lo sea o pueda serlo, por decirlo de algún modo. Así pues, sus fotografías eran muy curiosas y famosas, y los niños esperaban con deleite a que abriera el libro.

En la página del título ponía: «Historia de la gran y famosa nación de los Hazloqueteapetezca, que se marcharon del país de Muchotrabajo porque querían pasarse el día tocando el arpa judía».

En la primera foto, vieron a los Hazloqueteapetezca viviendo en el país de Todohecho al pie de las Montañas Afortunadas, donde crece la memez silvestre. Si quieres saber qué es eso, debes leer *Peter Simple*.

Llevaban una vida muy parecida a la de los antiguos y joviales griegos de Sicilia, a los que puedes ver pintados en los antiguos jarrones, y realmente no parecía que recurrieran a muchas excusas, porque no tenían necesidad de trabajar.

En lugar de casas, vivían en hermosas cuevas de toba y se bañaban en cálidas fuentes tres veces al día. En cuanto a la ropa, hacía tanto calor que los caballeros

andaban por ahí con poco más que un sombrero de tres picos y un par de tiras, o algún avío ligero de verano de ese tipo, y en otoño las damas cogían finas telarañas (cuando no se sentían demasiado perezosas) para confeccionar sus vestidos de invierno.

Les encantaba la música, pero aprender piano o violín era demasiado trabajo, y en cuanto a bailar, habría requerido demasiado esfuerzo. De modo que se quedaban todo el día sentados sobre los hormigueros y tocaban el arpa judía, y si las hormigas los mordían se levantaban y se iban al siguiente hormiguero hasta que las hormigas los volvían a morder.

Luego se sentaban debajo de los árboles de memez y esperaban a que los memeces les cayeran en la boca; y hacían lo mismo debajo de las vides y se tragaban el zumo exprimido de las uvas. Y si había algún cochinillo corriendo por ahí, ya asado, que gritaba: «Ven a comerme», como tenían por costumbre en ese país, esperaban a que se acercaran a sus bocas y entonces les daban un mordisco y se quedaban muy satisfechos, igual que hacen tantas ostras.

Las armas no les hacían falta, pues no había ningún enemigo que se acercara a su país, ni tampoco necesitaban utensilios, pues todo estaba hecho para ser usado y la vieja y severa hada Necesidad nunca aparecía por allí para obligarlos a usar su inteligencia o morir.

Y así sucesivamente, cada vez más, hasta el punto que nunca en el mundo hubo una gente más cómoda, tranquila y afortunada.

—Anda, qué vida más alegre —dijo Tom.

—¿Eso crees? —replicó el hada—. ¿Ves esa gran montaña puntiaguda que hay allí, de cuya cima está saliendo humo?

—Sí.

—¿Y ves esas cenizas, esa escoria y esos rescoldos esparcidos por todas partes?

—Sí.

—Entonces, gira página a los siguientes quinientos años y ya verás qué pasa a continuación.

Y, mira por dónde, la montaña había estallado como un barril de pólvora y después se había desbordado como una tetera, por lo que una tercera parte de los Hazloqueteapetezca salió volando por los aires y otra tercera parte se ahogó entre las cenizas, de modo que sólo quedó a salvo un tercio de la población.

—¿Ves? —dijo el hada—. Eso es lo que pasa por vivir en una montaña en llamas.

—Jo, ¿y por qué no los avisaste? —le preguntó la pequeña Ellie.

—Los avisé tanto como pude. Dejé que el humo saliera de la montaña y allí donde hay humo, hay fuego. Puse las cenizas y los rescoldos por todas partes, y allí donde hay rescoldos, volverá a haberlos. Pero no les apetecía enfrentarse a los hechos, queridos, como muy poca gente hace. De modo que se inventaron un cuento

chino, que estoy segura de no haberles enseñado, que decía que el humo era el aliento de un gigante que uno u otro dios había enterrado debajo de la montaña, que los rescoldos eran lo que los enanos utilizaban para asar los cochinitos y otras bobadas así. Y cuando la gente se pone en ese plan, no les puedo enseñar sino con la gran vara de abedul.

Entonces giró página a los siguientes quinientos años. Allí estaban los que quedaban de los Hazloqueteapetezca haciendo lo que les apetecía, igual que antes. Eran demasiado perezosos para alejarse de la montaña, así que argumentaron: «Si ha estallado una vez, razón de más para que no vuelva a estallar». Eran muy pocos, pero dijeron: «Cuanto más seamos, más nos divertiremos; en cambio, cuanto menos seamos, más comida tendremos».

No obstante, eso no era del todo cierto, pues el volcán quemó todos los árboles de memez. Los Hazloqueteapetezca se habían comido todos los cochinitos asados que, obviamente, no habían podido tener crías. De manera que tuvieron que vivir con dificultades, alimentándose de frutos secos y raíces que extraían de la tierra usando palos.

Algunos de ellos hablaron de sembrar cereales, como solían hacer sus antepasados antes de venir al país de Todohecho, pero habían olvidado cómo se construían los arados (para entonces incluso habían olvidado cómo se tocaban las arpas judías) y hacía años que se habían comido todas las semillas de cereales que habían traído del país de Muchotrabajo. Y, claro, marcharse e ir a buscar más era demasiado complicado. De modo que vivieron miserablemente de raíces y frutos secos, y todos los niñitos debiluchos padecieron un gran apetito y luego murieron.

—Anda —observó Tom—, se están convirtiendo en algo parecido a salvajes.

—Y mira qué feos se están volviendo —dijo Ellie.

—Sí, cuando la gente se alimenta de vegetales inconsistentes, en vez de rosbif y budín de ciruelas, las mandíbulas se les hacen grandes y los labios se les hacen gruesos, como los pobres irlandeses que comen patatas.

Entonces giró página a los siguientes quinientos años. Los Hazloqueteapetezca estaban viviendo en los árboles y haciendo nidos para resguardarse de la lluvia. Y debajo de los árboles había leones merodeando.

—Anda —señaló Ellie—, parece que los leones se han comido a muchísimos, porque ahora quedan muy pocos.

—Sí —confirmó el hada—. Verás, sólo los más fuertes y activos pudieron subir a los árboles y, por lo tanto, escapar.

—Vaya tipos más grandullones, bestias y anchos de espaldas —dijo Tom—. Son la gente más dura que he visto nunca.

—Sí, ahora se están haciendo muy fuertes, pues las damas no se quieren casar con ningún caballero que no sea el más fuerte y fiero, ya que las pueden ayudar a subir a

los árboles y así escapar de los leones.

Acto seguido giró página a los siguientes quinientos años. En ésa aún quedaban menos, y aún eran más fuertes y fieros; sin embargo, la forma de sus pies había cambiado de un modo muy raro, pues se agarraban a las ramas con los grandes dedos de sus pies, como si fueran pulgares, igual que los marineros hindúes los usan para enhebrar la aguja.

Los niños se quedaron muy sorprendidos y le preguntaron al hada si había sido obra suya.

—Sí y no —dijo sonriendo—. Los que pudieron usar los pies y las manos fueron los únicos que consiguieron llevar una buena vida o, de hecho, casarse, así que se quedaron con lo mejor de todo y dejaron que los demás se murieran de hambre. Y los que quedan han seguido su camino como la raza de hom-bres-que-usan-los-dedos-de-los-pies-y-de-las-manos, del mismo modo que siguen su camino las vacas de cuernos cortos, los terriers escoceses de la isla de Skye o las palomas torcaces.

—Pero entre ellos hay uno peludo —indicó Ellie. —¡Ah! —comentó el hada—, con el tiempo ése será un gran hombre, el jefe de toda la tribu.

Cuando giró página a los siguientes quinientos años, lo que había dicho se hizo realidad.

Este jefe peludo había tenido hijos peludos y ellos, hijos aún más peludos. Todas querían casarse con maridos peludos y, asimismo, tener hijos peludos, pues el clima se estaba volviendo tan húmedo que únicamente los peludos podían sobrevivir. Los demás tosían y estornudaban, sufrieron dolor de garganta y cogieron tisis antes de hacerse mayores.

Luego el hada giró página a los siguientes quinientos años. Y aún quedaban menos.

—Anda, hay uno en el suelo recolectando raíces —apuntó Ellie—, y no puede caminar derecho.

Ya no podía, porque igual que la forma de los pies les había cambiado, la forma de la espalda también les cambió.

—¡Vaya! —exclamó Tom—. Diría que son simios.

—Algo espantosamente parecido, pobres criaturas bobas —añadió el hada—. Ahora se han hecho tan estúpidos que apenas pueden pensar: ninguno de ellos ha utilizado la inteligencia durante muchos cientos de años. Además, casi han olvidado cómo se habla. Todos los niños bobos olvidaron algunas de las palabras que oían de sus padres bobos y no tenían suficiente inteligencia como para crear palabras nuevas. Es más, se han hecho tan fieros, desconfiados y brutales que se alejan los unos de los otros y vagan alicaídos y enfurruñados por las oscuras selvas, sin oír nunca la voz de los demás, hasta que casi se han olvidado de cómo se habla. Me temo que muy pronto se convertirán en simios, y todo por hacer sólo lo que les apetecía.

Al cabo de quinientos años, se murieron todos y desaparecieron debido a la mala comida, las bestias salvajes y los cazadores; todos salvo uno, tremendo y viejo, con unas mandíbulas como las de un asno, que medía más de dos metros. M. Du Chaillu fue hacia él y le pegó un tiro mientras rugía y se daba puñetazos en el pecho. Se acordó de que, antaño, sus antepasados fueron hombres, e intentó decir: «¿No soy un hombre y un hermano?». Pero había olvidado cómo utilizar la lengua. Luego intentó llamar a un médico, pero se había olvidado de la palabra apropiada. Así que todo lo que dijo fue: «¡Ubbobuu!», y murió.

Y aquí terminó la gran y jovial nación de los Hazloqueteapetezca. Cuando Tom y Ellie llegaron al final del libro, se les veía muy tristes y solemnes. Y tenían una buena razón para estarlo, pues realmente creyeron que los hombres eran simios y, teniendo en cuenta su simplicidad, no se les ocurrió preguntar si las criaturas tenían hipopótamos mayores en el cerebro o no. En ese caso, como ya te he dicho, habría sido imposible que fueran simios, aunque fueran más simioscos que los simios de todos los simiales.

—Pero, ¿no podrías haberlos salvado de convertirse en simios? —preguntó la pequeña Ellie finalmente.

—Al principio sí, cariño; si se hubieran comportado como hombres y se hubieran puesto a trabajar para hacer lo que no les apetecía. Pero cuanto más esperaron y se comportaron como las bestias tontas, que sólo hacen lo que les apetece, más bobos y torpes se hicieron hasta que al final ya eran incurables, pues habían desperdiciado su inteligencia. Este tipo de cosas contribuye a que yo sea tan fea y por eso no sé cuándo voy a ser hermosa.

—¿Y dónde están, ahora? —preguntó Ellie.

—Justo donde deben estar, cariño.

—¡Sí! —afirmó el hada, solemnemente, medio por dentro, mientras cerraba el maravilloso libro—. Ahora la gente dice que puedo convertir a las bestias en hombres mediante las circunstancias, la selección, la competición, etcétera. Bueno, puede que tengan razón y, vuelvo a repetir, puede que no la tengan. Ésa es una de las siete cosas que tengo prohibido desvelar hasta que vengan las Cocqcigrues y, en todo caso, no es de su incumbencia. Fueran quienes fueran sus antepasados, son hombres y les aconsejo que se comporten como tales y actúen en consonancia. Pero que recuerden esto: que cada cuestión tiene dos caras y un camino de bajada pero también uno de subida. Si yo puedo convertir a las bestias en hombres, también puedo, por las mismas leyes de las circunstancias, la selección y la competición, convertir a los hombres en bestias. Tú, pequeño Tom, has estado una o dos veces muy cerca de que te convirtiera en una bestia. Efectivamente, si no hubieras decidido emprender este viaje y ver el mundo, como un buen inglés, de lo único que estoy segura es de que habrías acabado como un tritón en un estanque.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Tom—. Y no sólo en el estanque, también estaría envuelto en el cieno. Me voy ahora mismo, aunque sea hasta el fin del mundo.

CAPÍTULO VII

*Y poniéndose al niño en su regazo,
dijo esa vieja Nodriza, la naturaleza:*

*«Para ti ha escrito tu padre
este libro de cuentos, su regalo».*

*Dijo: «Ven a errar conmigo
por regiones vírgenes
y lee lo que aún no se ha leído
en los Manuscritos de Dios».*

*Y el niño vagó más y más lejos,
con la vieja Nodriza, la naturaleza,
quien le cantaba noche y día
las rimas del universo.*

LONGFELLOW

—Bueno —dijo Tom—, estoy listo para irme, aunque sea hasta el fin del mundo.

—¡Ah! —exclamó el hada—, ése es un chico valiente y bueno. Pero si quieres encontrar al señor Grimes, tendrás que ir más lejos que al fin del mundo porque está en El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio. Tendrás que ir al Muro Brillante y pasar la puerta blanca jamás abierta; luego llegarás al Lagodepaz y al Puerto de la Madre Carey, donde van las buenas ballenas cuando mueren. Allí, la Madre Carey te enseñará cómo se va a El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio, donde encontrarás al señor Grimes.

—¡Ay, Dios mío! —se lamentó Tom—. Pero no sé cómo se va al Muro Brillante, ni dónde está.

—Los niños tienen que molestarse en descubrir las cosas por sí mismos; si no, no se harán hombres. Así que tienes que preguntarlo a todas las bestias del mar y a los pájaros del aire y, si eres bueno con ellos, algunos te dirán cómo se llega al Muro Brillante.

—Bueno —dijo Tom—, va a ser un largo viaje, de modo que lo mejor sería marcharme ahora mismo. Adiós, señorita Ellie, ya sabes que me estoy haciendo mayor y que tengo que irme a ver el mundo.

—Ya sé que tienes que hacerlo —respondió Ellie—, pero no me olvides, Tom. Te esperaré aquí hasta que regreses.

Le tomó de las manos y le dijo adiós. Tom volvió a desear besarla, pero pensó que no sería respetuoso, teniendo en cuenta que era una dama de nacimiento; de

modo que prometió que no la olvidaría. Sin embargo, el pequeño remolino que tenía por cabeza estaba tan obsesionado en irse a ver el mundo que en cinco minutos se olvidó de ella. No obstante, aunque su cabeza la olvidara, me complace decir que su corazón no.

Así pues, preguntó a todas las bestias del mar y a todos los pájaros del aire, pero ninguno sabía cómo se iba al Muro Brillante. ¿Y por qué? Aún estaba demasiado al sur.

Entonces encontró un barco mucho más grande de lo que jamás había visto —un galante buque de vapor, con una gran nube de humo coleando por detrás—, y se preguntó cómo podía avanzar sin velas y se acercó nadando para echarle una ojeada. Un grupo de delfines estaba haciendo carreras dando más y más vueltas alrededor del barco, tres veces más rápido que él, y Tom les preguntó cómo se iba al Muro Brillante. Pero no lo sabían. Luego intentó averiguar cómo se movía el barco y, finalmente, descubrió la hélice, que lo embelesó tanto que se pasó el día jugando debajo de la aleta, hasta que casi se quedó sin nariz por culpa de las aspas, y pensó que ya era hora de irse. Después contempló a los marineros en la cubierta y a las damas, con sus sombreros y sus parasoles; pero nadie lo podía ver porque nadie tenía los ojos abiertos (ya que, de hecho, los ojos de la mayoría de la gente no lo están).

Finalmente, una dama muy bonita salió a la galería, vestida con ropa de luto de viuda de un color negro profundo y con un bebé en brazos. Se apoyó encarada a la galería y miró más y más al fondo, en dirección a la alejada Inglaterra. Y mientras miraba, cantó:

Suave, suave viento, que desde el dulce sur te deslizas,
sopla por el mar estival tus telarañas de nubes plateadas;
finas, finas hebras de bruma que envuelven dedos cubiertos
de rocío, tejed un velo de cendal moteado para sombrearnos a mí y a
este niño mío.

Profundo, profundo Amor, que en tu abismo descansas,
emerge, oh Señor, por tierra, aire y mar a tus anchas;
corazones rotos y cansados que se esconden en Tu templo
bendito, protegédnos, pobres de nosotros, del dolor, el pecado y la
vergüenza a mí y a este niño mío.

Su voz era tan suave y tenue, y la música del aire tan dulce, que Tom podría haberse pasado el día escuchándola. Entonces, mientras cogía al bebé apoyada en la barandilla de la galería para enseñarle cómo saltaban los delfines y cómo borboteaba el agua en la estela del barco, mira por dónde, el bebé vio a Tom.

Tom estaba seguro de ello, pues, cuando sus ojos se encontraron, el bebé sonrió y

levantó las manos, y Tom también sonrió y levantó las suyas. Entonces, el bebé pataleó y se impulsó, como si quisiera saltar por la borda para acercarse a Tom.

—¿Qué has visto, cariño? —preguntó la dama, y sus ojos siguieron a los del bebé hasta que descubrió a Tom, nadando allá en el fondo, sobre las burbujas de la espuma.

Dio un chillido y un respingo; pero luego dijo en voz baja: «¿Niños en el mar? Bueno, quizá sea el lugar más feliz para ellos». Saludó a Tom con la mano y gritó: «Espera un poco, cariño, sólo un poco, puede que vengamos contigo y descansemos en paz».

En ese instante, una vieja niñera, vestida toda de negro, salió, habló con ella y se la llevó adentro. Tom partió hacia el norte, triste y pensativo. Contempló cómo el gran barco de vapor se desvanecía en el anochecer, cómo las luces del barco se asomaban, una a una, y volvían a perecer y cómo la larga estela de humo se esfumaba hacia la bruma nocturna, hasta que todo se perdió de vista.

Entonces volvió a nadar hacia el norte, día tras día, hasta que por fin se encontró al Rey de los Arenques, a quien por la nariz le crecía una almohaza y en la boca, como puro, tenía un espadín. Tom le preguntó cómo se llegaba al Muro Brillante. El arenque engulló el espadín por la cabeza y respondió:

—Yo de ti, joven caballero, iría a la Rocasola y se lo preguntaría a la última de las alcas. Forma parte de un clan muy antiguo, casi tan antiguo como el mío, y sabe muchas cosas que estos advenedizos modernos no saben, como muy posiblemente ocurre con las damas de las casas antiguas.

Tom le preguntó dónde podría encontrarla y el Rey de los Arenques se lo dijo con mucha amabilidad, pues era un buen caballero cortés de la vieja escuela a pesar de ser horriblemente feo e ir emperejilado de un modo muy extraño, como los dandis viejos que holgazanean en las ventanas de los clubs.

Justo cuando Tom le había dado las gracias y ya se iba, le gritó:

—¡Eh! Oye, ¿sabes volar?

—Nunca lo he intentado —respondió Tom—. ¿Por qué?

—Porque, si sabes, te aconsejo que no le digas nada a la vieja dama sobre ello. Lo entiendes, ¿no? Adiós.

Tom avanzó durante siete días y siete noches en dirección noroeste, hasta que tropezó con un gran cardumen de bacalaos; algo que no había visto jamás. Abajo, decenas de miles de grandes bacalaos se pasaban el día tragando marisco y, por encima merodeaban cientos de tiburones azules que se los zampaban cuando subían. Así que se comieron, se comieron y se comieron los unos a los otros, como habían hecho desde la creación del mundo, pues aún no había venido ningún hombre a pescarlos y a averiguar cuan rica es la vieja Madre Carey.

Allí Tom encontró a la última de las alcas, sola y de pie sobre las Rocasolas. Era

una gran dama, vieja, de un metro de alta y muy erguida, como una antigua jefa de un clan de las Highlands. Llevaba un vestido negro de terciopelo, una toca y un delantal blancos, y su nariz tenía un caballete muy salido (que es una marca clara de una raza elevada). Encima sobresalían unas grandes gafas blancas que le daban un aspecto muy singular; no obstante, era la antigua costumbre de su casa.

En lugar de alas, tenía dos bracitos con plumas con los que se abanicaba. Continuamente se quejaba del calor espantoso. Además, no dejaba de cantar para sus adentros, con una voz suave, una vieja canción que aprendió cuando era una pequeña bebé-pajarito, hace mucho tiempo:

Érase una roca con dos pajaritos,
uno se fue nadando y el otro se quedó solito,
con una tra-la-ra-la-dama.
Luego no había ninguno, pues el otro lo siguió,
y la pobre roca sola se quedó;
con una tra-la-ra-la-dama.

Lo correcto sería: se fue «volando» y no «nadando», pero, como no podía volar, tenía derecho a cambiarla. Sin embargo, era una canción muy adecuada, porque ella era una dama.

Tom se le acercó con una actitud muy humilde y le hizo una reverencia, y lo primero que ella le dijo fue:

—¿Tienes alas? ¿Puedes volar?

—Dios mío, no, señora; no pienso en cosas así—contestó el astuto Tom.

—Entonces será un gran placer hablar contigo, querido. Hoy en día, ver criaturas sin alas resulta muy alentador. Ciertamente, ahora todos los nuevos pájaros advenedizos tienen que tener alas y vuelan. ¿Para qué les servirá volar y elevarse por encima de la posición que les corresponde en la vida? En los tiempos de mis antepasados no había ningún pájaro que pensara en tener alas y se las arreglaban muy bien sin ellas. Ahora todos se ríen de mí porque me mantengo fiel a la antigua usanza. Caramba, incluso los frailecillos y los araos aliblanco tienen alas, los muy vulgares, y son diminutos, los pobres; y mis propias primas, las alcas comunes, que son gente de buena familia, también las tienen, y tendrían que saber que no deberían imitar a los que son inferiores a ellas.

Y seguía y seguía mientras Tom trataba de introducir alguna palabra de lado. Y al final, cuando la vieja dama se quedó sin aliento y volvió a abanicarse, lo consiguió. Le preguntó si sabía cómo se iba al Muro Brillante.

—¿Al Muro Brillante? ¿Quién, sino yo, podría saberlo mejor? Todos vinimos del Muro Brillante hace miles de años, cuando hacía un frío decente y el clima era

adecuado para la gente de buena familia. Sin embargo, menudo calor hace ahora y qué criaturas voladoras más vulgares, que vuelan arriba y abajo y se lo comen todo, de manera que se echa a perder la caza de la gente de buena familia, y uno no puede ni ganarse la vida o ni siquiera aventurarse a alejarse de la roca por miedo a que una criatura que hace mil años no se habría atrevido a acercarse a menos de un kilómetro choque contra ti... ¿De qué hablaba? Vaya si hemos ido cada vez a menos, querido, y no nos queda nada más que el honor. Yo soy la última de mi familia. Cuando éramos jóvenes, un amigo mío y yo vinimos y nos instalamos en esta roca para apartarnos de la gente baja. Antaño fuimos una gran nación y nos extendimos por todas las islas del Norte. Pero los hombres nos dispararon mucho, nos golpearon mucho en la cabeza y nos cogieron los huevos. Caray, si no te lo crees, dicen que en la costa de Labrador los marineros solían poner un tablón desde la roca a la cubierta de una cosa que llamaban barco y nos hacían pasar por el tablón a cientos, hasta que caíamos desplomados en el centro del barco. ¡Luego, supongo que se nos comían, los muy asquerosos! Bueno, pero, ¿de qué hablaba? Al final ya no quedó ninguno, salvo en el viejo Alcaskerry, tocando la costa de Islandia, donde no podía subir ningún hombre. Incluso allí no estuvimos en paz, pues un día, cuando yo era una muchacha muy joven, la tierra se tambaleó, el mar hirvió, el cielo se oscureció, todo el aire se llenó de humo y polvo, y el viejo Alcaskerry se precipitó dentro del mar. Evidentemente, todos los araos aliblanco y los frailecillos se fueron volando, pero nosotras éramos demasiado orgullosas para hacer eso. Algunas se hicieron añicos, otras se ahogaron y las que quedaron vivas se fueron a Eldey. Los araos aliblanco me han dicho que ahora ya están todas muertas y que, del mar, ha surgido otro Alcaskerry cerca del viejo, pero es un lugar tan pobre y llano que no es seguro, así que aquí estoy, sola.

Ésta fue la historia del alca que, aunque pueda parecer extraña, es verdadera.

—¡Ojalá hubierais tenido alas! —dijo Tom—. Así, también habríais podido escapar volando.

—Sí, jovencito. Y si las personas no se comportan como caballeros y damas y se olvidan de que los nobles deben actuar con nobleza, vivir en este mundo les parecerá tan fácil como a los que no les importa lo que hagan. Caray, si no me hubiera acordado de que los nobles deben actuar con nobleza, ahora no estaría sola. —Y la pobre dama suspiró.

—¿Y por qué sucedió así, señora?

—Verás, querido, un caballero vino aquí conmigo y, después de estar aquí durante algún tiempo, quiso casarse conmigo; de hecho, me pidió la mano. Bueno, no lo culpo, entonces yo era joven y muy guapa, no lo niego, pero, mira, no quería ni oír hablar de eso porque era el marido de mi hermana fallecida, ¿sabes?

—Claro que no, señora —aseguró Tom, aunque era evidente que no sabía nada de eso—. Supongo que estuvo muy enferma.

—No me entiendes, querido. Lo que quiero decir es que, siendo una dama y teniendo unos sentimientos correctos y honorables, como siempre ha tenido nuestra casa, consideraré que mi deber era desairarlo, empujarlo y darle picotazos continuamente para mantenerlo a la distancia adecuada. A decir verdad, una vez le di un picotazo demasiado fuerte al pobre, se cayó de espaldas desde la roca y, realmente, tuvo muy mala suerte, pero no fue culpa mía. Un tiburón que pasaba por allí lo vio y se lo zampó. Desde entonces he vivido sola... Con una tra-la-ra-la-dama. Y muy pronto desapareceré, queridito mío, y nadie me echará de menos. Entonces, la pobre roca se quedará sola.

—Pero, por favor, ¿cómo se va al Muro Brillante? —preguntó Tom.

—Uy, tienes que irte, cariño, tienes que irte. Déjame ver... estoy segura... que es... de verdad, mi pobre cabecita vieja está muy confundida. ¿Sabes qué, querido? Me temo que, si quieres saberlo, tendrás que preguntárselo a cualquiera de esos pájaros vulgares, porque se me ha olvidado.

Entonces, la pobre alca empezó a llorar con unas lágrimas de aceite puro. Tom sintió mucha lástima por ella y también por sí mismo, pues ya no sabía a quién preguntar.

No obstante, apareció por allí una bandada de petreles, que son los pajaritos de la Madre Carey. Tom pensó que eran mucho más hermosos que la dama alca, y puede que así fuera, pues la Madre Carey había adquirido muchísima experiencia entre la época en que inventó el alca y la época en que inventó a los petreles. Iban revoloteando como una bandada de golondrinas negras y daban brincos y saltitos, levantando sus piecitos hacia atrás con tanta delicadeza y silbándose los unos a los otros con tanta ternura que Tom se enamoró de ellos instantáneamente y los llamó para averiguar cómo se iba al Muro Brillante.

—¿Al Muro Brillante? ¿Quieres ir al Muro Brillante? Pues ven con nosotros y te enseñaremos el camino. Somos los pajaritos de la Madre Carey, y nos manda por todos los mares para que enseñemos a los buenos pájaros cómo se vuelve a casa.

Tom se mostró encantado y, después de hacer una reverencia al alca, nadó hacia ellos. Sin embargo, el alca no le devolvió la reverencia, sino que se quedó erguida y lloró con lágrimas de aceite puro mientras cantaba:

Y la pobre roca sola se quedó
con una tra-la-ra-la-dama.

Pero en eso se equivocaba, pues la roca no se quedó sola: la próxima vez que Tom pase por allí verá algo que valdrá mucho la pena.

La vieja alca ya ha desaparecido; sin embargo, cosas mejores han ocupado su lugar. Cuando Tom vuelva, verá que hay cientos de barcas de pesca ancladas, de

Escocia, de Irlanda, de las islas Oreadas, de las islas Shetland y de todos los puertos del norte, llenas de niños de los viejos vikingos nórdicos, que son los señores del mar. Los hombres recogerán grandes bacalaos, a miles, hasta que les salgan heridas en las manos debido a los cordeles; luego elaborarán aceite y guano con el hígado de bacalao y curarán el pescado con sal. Habrá un buque de guerra de vapor para protegerlos y un faro para mostrarles el camino. Quizás algún día tú y yo iremos a la Rocasola, a la gran feria marina del verano, recogeremos extrañas criaturas que el hombre jamás ha visto y oiremos a los marineros fanfarroneando de que no es la peor joya de la corona de la reina Victoria, pues hay ciento veinte kilómetros de cardúmenes de bacalao y comida para todos los pobres del país. Eso es lo que Tom verá, y puede que tú y yo también lo veamos. Entonces no deberemos sentir pena porque no podamos encontrar ningún alca para disecar, y aún menos porque no podamos encontrar suficientes alcas para llevarlas a las cercas de piedra y matarlas, como hacían los antiguos nórdicos, o porque no podamos conducir las a cubierta por un tablón hasta que el barco esté bien avituallado, como solían hacer los antiguos trotamundos ingleses y franceses, de los que habla el querido Hakluyt. Sin embargo, hay que recordar lo que dice el señor Tennyson:

El viejo orden cambia; dando lugar al nuevo,
y Dios se realiza de muchas maneras.

Ahora Tom estaba muy ansioso por llegar al Muro Brillante, pero los petreles dijeron que no. Tenían que ir al Paraje de Todaslasaves y asistir a la gran reunión de todos los pájaros de mar, antes de partir hacia los lugares de cría del verano, muy lejos, en las islas del Norte. Estaban seguros de que allí encontrarían a algunos pájaros que irían al Muro Brillante; pero Tom tenía que prometer que nunca contaría a nadie dónde se encuentra el Paraje de Todaslasaves para que los hombres no pudieran ir a disparar contra los pájaros, ni disecarlos y ponerlos en estúpidos museos, en lugar de dejar que jugaran, criaran y trabajaran en el jardín de agua de la Madre Carey, donde debían estar.

Así pues, nadie debe saber dónde se encuentra el Paraje de Todaslasaves y todo lo que puede decirse es que Tom estuvo esperando allí muchos días. Mientras esperaba, vio algo muy curioso: en las madrigueras de los conejos que había en la costa se reunieron cientos y cientos de cornejas cenicientas, como las que se ven en Cambridgeshire. Hacían tanto ruido que Tom fue a la costa para ver qué ocurría.

Estaba teniendo lugar su gran comité, que organizan cada año en el Norte. Todos los oradores públicos pronunciaban sus discursos y, a modo de tribuna, el orador se ponía encima de la calavera de una oveja vieja.

Graznaban y graznaban, y fanfarroneaban de todas las cosas inteligentes que

habían hecho; los muchos ojos de cordero que habían picoteado, los muchos bueyes muertos que se habían comido, los muchos urogallos jóvenes que se habían tragado enteros, los muchos huevos de urogallo que habían robado llevándoselos en la punta del pico mientras iban volando (lo cual es la hazaña más inteligente de la corneja cenicienta; se enorgullece tanto de ella como un gitano de ser un gran trolero, de lo cual yo no te voy a hablar).

Finalmente, hicieron salir a la dama cuervo más hermosa, fina y joven jamás vista. La pusieron en el centro y todos empezaron a insultarla, vilipendiarla, acusarla e intimidarla porque no había robado ningún huevo de urogallo y, de hecho, se había atrevido a decir que no pensaba robar ninguno. Así pues, había que juzgarla públicamente según sus leyes (pues las cornejas siempre juzgan a unos cuantos delincuentes en su gran parlamento anual). Allí estaba ella, en el centro, con un vestido negro y una capucha gris, con un aspecto dócil y pulcro como el de una cuáquera, y todos se pusieron a gritar contra ella a la vez (mientras ella suplicaba clemencia en vano): que no le gustaban los huevos de urogallo, que podía arreglárselas muy bien sin ellos, que temía comérselos por miedo a los guardianes de la caza, que no tenía agallas para comérselos porque los urogallos eran unos pájaros tan bonitos, amables y joviales... Y una docena de razones más.

Los demás cuervos se abalanzaron sobre la dama y en un instante la picotearon hasta matarla antes de que Tom pudiera acercarse a ayudarla. Luego se fueron volando, muy orgullosos de lo que habían hecho.

Y bien, ¿no fue eso un procedimiento escandaloso?

Sin embargo, estas cornejas son verdaderas republicanas; cada una hace lo que le apetece y que las demás hagan lo mismo, de modo que, teniendo en cuenta la libertad de expresión, pensamiento o acción que se permiten, podrían pasar perfectamente por ciudadanas americanas de la nueva escuela.

Entonces, las hadas cogieron a la buena cuerva, le dieron nueve juegos de plumas nuevos, uno tras otro, y finalmente la convirtieron en el pájaro más hermoso del paraíso, con un vestido verde de terciopelo y una larga cola, y la mandaron a comer fruta a las islas Molucas, donde crece el clavero y la mirística.

Después, la señora Hagancontigo comohiciste ajustó las cuentas con las malvadas cornejas. Cuando se fueron volando, ¿qué iban a encontrarse, sino un asqueroso perro muerto, con el cual se pusieron manos a la obra, mirándose de reojo, engullendo, graznando y forcejeando a sus anchas? Sin embargo, al cabo de un instante, todas levantaron sus picos y dieron un único chillido; luego cayeron hacia atrás, patas arriba, y se quedaron tiasas, ciento veintitrés a la vez. ¿Por qué? El hada le había dicho en sueños al guardián de la caza que llenara al perro muerto con estricnina, y así lo hizo.

Al cabo de un tiempo, los pájaros empezaron a reunirse en el Paraje de

Todas las aves, a miles y a cientos de miles, ennegreciendo todo el aire. Cisnes y barnaclas, patos arlequín y eiders, cercetas carretonas, mergos y somorgujos, colimbos, castañeros y araos aliblanco, alcas y alcas comunes, alcatraces y petreles, págalos y golondrinas de mar, e innumerables e incontables gaviotas. Chapoteaban, se lavaban, salpicaban, se revolcaban y se restregaban en la arena, hasta que la costa quedaba emblanquecida de plumas, y cuando hablaban de las cosas con los amigos y decidían adonde iban a ir a criar en verano, graznaban, cloqueaban, cotorreaban, chachareaban, chillaban y berreaban, hasta tal punto que se les podía oír a quince kilómetros. Tenían suerte de que no había nadie que los oyera, salvo el viejo guardián que vivía solo en el río Ness, en una cabaña de turba cubierta con brezo y bordeada con pedruscos colgados por todo el tejado con cuerdas, para que los vendavales de invierno no se llevaran la cabaña entera. Sin embargo, los pájaros no le interesaban ni les hacía daño porque no era temporada de caza. Efectivamente, sólo había dos cosas en el mundo que le importasen, su Biblia y sus urogallos, ya que era un escocés como Dios manda, que tejía calcetines en las noches de invierno. Cuando todos los pájaros partían, lo único que hacía era salir, saludarlos quitándose el sombrero y desearles que tuvieran un feliz viaje y un retorno seguro. Luego recogía todas las plumas que habían dejado y las limpiaba para venderlas, allá en el sur, para que hiciesen camas de plumas y la gente rechoncha pudiera tumbarse.

Entonces, los petreles preguntaron a los pájaros si podían llevar a Tom al Muro Brillante: pero un grupo iba a Sutherland; otro, a las islas Shetland; otro, a Noruega; otro, a las islas Spitsbergen; otro, a Islandia y otro, a Groenlandia. Ninguno iba al Muro Brillante. Así pues, los buenos de los petreles dijeron que le mostrarían parte del camino, aunque sólo llegarían hasta la tierra de Jan Mayen; después tendría que arreglárselas solo.

Seguidamente, todos los pájaros se elevaron y se fueron alejando —formando unas largas líneas negras— hacia el norte, el noreste y el noroeste, surcando el cielo de verano, reluciente y azul. Su griterío era como el de diez mil jaurías y diez mil campanas repicando. Los únicos que se quedaron atrás fueron los frailecillos, que mataron a los conejos y pusieron sus huevos en las madrigueras de éstos, lo cual, ciertamente, era una práctica burda (pero un hombre debe cuidar de su familia).

A medida que Tom y los petreles avanzaban hacia el noreste, el viento empezó a soplar con mucha fuerza, pues al anciano vestido con el sobretodo gris, que vigila el gran caldero de cobre del Golfo de México, se le había atrasado el trabajo, de modo que la Madre Carey le envió un mensaje eléctrico para que pusiera más vapor y ahora había más vapor en una hora del que tendría que haber en una semana. Soplaba, rugía, silbaba y se arremolinaba hasta tal punto que no se podía distinguir dónde terminaba el cielo y empezaba el mar. Sin embargo, a Tom y a los petreles no les importaba, porque el vendaval venía por detrás y ellos avanzaban por encima de las

crestas de las olas, alegres como muchos peces voladores.

Finalmente, vieron algo muy feo: el costado negro de un gran barco anegado en el seno del mar. La chimenea y los mástiles estaban en el agua, y se balanceaban y ondeaban por debajo del lado de sotavento; las cubiertas estaban limpias como el suelo de un establo y no había ni un alma.

Los petreles volaron hacia el barco y se pusieron a gimotear a su alrededor, pues estaban realmente muy apenados; además, esperaban encontrar algún tocino. Tom recorrió toda la cubierta y buscó, asustado y triste.

Y allí, en una cunita bien amarrada debajo del macarrón, había un bebé profundamente dormido. Tom se dio cuenta al instante de que era el mismo bebé que había visto en brazos de la dama que cantaba.

Se acercó a él y quiso despertarlo, pero, mira por dónde, de debajo de la cuna saltó un pequeño terrier de color canela y negro, que empezó a ladrar y a dar mordiscos en el aire impidiendo que Tom tocara la cuna.

Tom sabía que los dientes del perro no podían hacerle daño, pero al menos lo obligaba a retirarse y lo conseguía. Entonces, él y el perro pelearon y lucharon, pues Tom deseaba ayudar al bebé y no quería tirar al pobre perro por la borda. Pero mientras luchaban, se precipitó un golpe de mar, alto y verde, que entró por el costado de barlovento y los arrolló a todos llevándolos hacia las olas.

—¡Eh, el bebé, el bebé! —chilló Tom. Pero al cabo de un instante dejó de chillar, pues vio cómo la cuna se quedaba quieta en medio del agua verde, con el bebé dentro, sonriente y profundamente dormido. Luego contempló cómo las hadas subían desde las profundidades: cogieron al bebé, lo sacaron suavemente y se lo llevaron. Tom sabía que todo estaba en orden y que habría un nuevo niño del agua en la isla de San Brandán.

¿Y el pobre perrito?

Bueno, después de toser y dar unas cuantas patadas, estornudó tan fuerte que se salió de su piel y se convirtió en un perro del agua; brincó y bailó alrededor de Tom, corrió por encima de las crestas de las olas, mordisqueó a las medusas y las caballas, y siguió a Tom a lo largo de todo el camino hasta El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio.

De este modo prosiguieron la marcha, hasta que empezaron a ver el pico de la tierra de Jan Mayen: era como un pan de azúcar blanco, sobresaliendo casi cuatro kilómetros por encima de las nubes.

Entonces tropezaron con una bandada entera de fulmares que se estaba comiendo una ballena muerta.

—Éstos son los tipos que te enseñarán cómo se va —dijeron los pájaros de la Madre Carey—. Nosotros no podemos ir más hacia el norte. No nos gusta meternos entre las placas flotantes de hielo por miedo a que nos pellizquen los dedos de los pies; sin embargo, los fulmares se atreven a volar por donde sea.

Así pues, los petreles llamaron a los fulmares. Pero estaban tan ocupados y eran tan avariciosos, engullendo, mirándose de reojo, resoplando y peleándose por el esperma de la ballena que no les hicieron ni caso.

—Venid, venid —gritaron los petreles—. ¡Mira que sois palurdos, holgazanes y avariciosos! Este joven caballero va a ver a la Madre Carey y, si no lo atendéis, no conseguiréis que os deje libres, ¿sabéis?

—Seremos avariciosos —replicó un fulmar rechoncho—, pero holgazanes nanay. Y en cuanto a palurdos, no lo somos más que vosotros. Echemos un vistazo al chico.

Batió las alas hasta ponerse justo delante de la cara de Tom; lo miró fijamente de una forma muy insolente (pues los fulmares son unos tipos muy audaces, como saben todos los balleneros) y le preguntó de dónde provenía y qué tierra había visto por última vez.

Cuando Tom se lo contó, pareció complacido y aseguró que era muy valiente por haber llegado tan lejos.

—Venid, chicos —llamó a los demás—, y llevad a este mozo por las placas de hielo; hacedlo por la Madre Carey. Hoy ya hemos comido bastante esperma y, si lo ayudamos, incluso nos reducirá la condena.

De modo que los fulmares se pusieron a Tom en la espalda y se lo llevaron volando, riendo y bromeando. ¡Y cómo olían a aceite de tren!

—¿Quiénes sois, alegres pájaros? —preguntó Tom.

—Somos los espíritus de los viejos capitanes de barco de Groenlandia (como bien saben todos los marineros), que cazaban ballenas francas y morsas por estas aguas hace muchísimos años. Pero como éramos descarados y avariciosos, fuimos convertidos en fulmares, destinados a comer esperma de ballena durante el resto de nuestros días. Sin embargo, no somos palurdos y ahora mismo podríamos gobernar un barco en contra de la voluntad de cualquier hombre de los mares del norte, aunque no aprobamos este vapor moderno. Es una vergüenza que esos diablillos negros de petreles nos llamen palurdos. Pero, como son los animales de compañía de su Excelencia, piensan que pueden decir lo que les apetezca.

—Y tú, ¿quién eres? —le preguntó Tom, pues vio que era el rey de todos los pájaros.

—Me llamo Hendrick Hudson, fui un gran capitán y, a pesar de todo el mal que hice, mi nombre perdurará hasta el fin del mundo. Porque yo descubrí el río Hudson y puse nombre a la bahía de Hudson; y hubo muchos hombres que siguieron mi estela y, sin embargo, no se atrevieron a mostrarme el camino. Pero yo era un hombre duro, ésa es la verdad: me llevé a los pobres indios de la costa de Maine y los vendí como esclavos en el sur, en el estado de Virginia. Al final, fui tan cruel con mis marineros, precisamente en estos mares, que me dejaron en un bote descubierto, a la deriva, y nunca se oyó hablar más de mí. Así que ahora soy el rey de todos los fulmares hasta

que haya cumplido mi condena.

Entonces llegaron al borde de la placas y, más allá, pudieron ver el Muro Brillante elevándose, majestuoso, por entre la bruma, la nieve y la tormenta. Pero las placas retumbaron de un modo horrible por encima del oleaje y los gigantes de hielo se pelearon y rugieron, saltando por encima de unos y otros y triturándose entre sí hasta convertirse en polvo, de manera que Tom no se atrevió a pasar entre ellos, por miedo a que también lo trituraran hasta convertirlo en polvo. Y aún se asustó más cuando descubrió los escombros de muchos barcos imponentes, algunos con los mástiles y las vergas en pie; otros, con los marineros dentro, totalmente congelados. ¡Ay, pobres! Tenían unos corazones genuinamente ingleses y llegaron a su fin como buenos caballeros andantes, en busca de la puerta blanca jamás abierta.

No obstante, los fulmares se pusieron a Tom y a su perro en la espalda, los llevaron volando sin peligro por encima de las placas y de los rugientes gigantes de hielo, y los dejaron al pie del Muro Brillante.

—¿Y dónde está la puerta? —preguntó Tom.

—No hay ninguna puerta —contestaron los fulmares.

—¿No la hay? —gritó Tom, estupefacto.

—No, nunca ha habido ni una grieta. Ése es el secreto, tal como tipos mejores que tú se han visto obligados a averiguar. Si la hubiera habido, a estas alturas ya habrían matado a todas y cada una de las ballenas francas que nadan por el mar.

—Entonces, ¿qué hago?

—Bueno, pues bucear por debajo del témpano de hielo, si tienes coraje.

—No he llegado hasta tan lejos para dar la vuelta —dijo Tom—, así que ¡a bucear se ha dicho!

—Que tengas suerte en tu viaje, amigo —se despidieron los fulmares—. Sabíamos que eras de los buenos. Adiós.

—¿Por qué no venís? —preguntó Tom.

Pero los fulmares sólo gimotearon con tristeza: «Aún no podemos ir, aún no», y se alejaron volando por encima de las placas.

Así pues, Tom buceó por debajo de la gran puerta blanca jamás abierta y siguió adentrándose en la negra oscuridad de las profundidades del mar durante siete días y siete noches. Sin embargo, no estaba asustado en lo más mínimo. ¿Por qué debería estarlo? Era un inglés valiente, cuyo deber consistía en salir a ver el mundo.

Finalmente, vio la luz; y allí, por encima de él, el agua era muy, muy transparente. Subió mil brazas entre nubes de polillas de mar que revoloteaban alrededor de su cabeza. Había polillas con la cabeza y las alas de color rosa y el cuerpo de ópalo que braceaban por allí lentamente; polillas con las alas marrones que braceaban por allí rápidamente; gambas amarillas que daban unos saltos y brincos rapidísimos y medusas de todos los colores del mundo que ni daban saltos ni brincos, sino que sólo

haraganeaban, bostezaban y no se apartaban para dejarlo pasar. El perro hacía como si las mordiera, hasta que sus mandíbulas se cansaban; en cambio, a Tom apenas lo molestaban. ¡Estaba tan ansioso de llegar a la superficie del agua y ver el lago adonde van las buenas ballenas!

Era un lago muy grande, de kilómetros y kilómetros de longitud y el aire era tan nítido que parecía que los acantilados de hielo del otro lado estuvieran al alcance de la mano. A su alrededor se elevaban los acantilados de hielo, formando muros, chapiteles y almenas, cuevas y puentes, pisos y galerías, donde viven las hadas del hielo que alejan a las tormentas y las nubes para que el lago de la Madre Carey esté tranquilo de fin de año a fin de año. El sol hacía de policía, paseando cada día por el exterior, observando justo por encima del muro de hielo para cerciorarse de que todo funcionaba bien. De vez en cuando, hacía trucos de magia o daba exhibiciones de fuegos artificiales para divertir a las hadas del hielo. Se desdoblaba en cuatro y cinco soles a la vez o pintaba el cielo con anillos, cruces y medias lunas de fuego blanco, y se metía justo en el medio y guiñaba el ojo a las hadas.

Yo diría que las divertía mucho, ya que en el campo cualquier cosa es divertida.

Allí, en el mar tranquilo y manchado de aceite, estaban las buenas ballenas, que son unas bestias felices y soñolientas. Tienes que saber que todas eran ballenas francas, yubartas, rorcuales, cachalotes y unicornios de mar con manchas y con unos cuernos largos de marfil. Sin embargo, las ballenas con esperma son tan bravas, furiosas, rugientes y ruidosas que, si la Madre Carey las dejara entrar, en el Lagodepaz no habría paz. Así que las manda a un gran lago especial para ellas en el Polo Sur, a cuatrocientos veinticinco kilómetros al sur-sureste del Monte Erebus, el gran volcán del hielo. Allí se dan golpes mutuamente con sus feas narices, día y noche, de fin de año a fin de año.

En cambio, aquí sólo había unas bestias buenas y tranquilas, vagando como los cascos negros de los balandros y soltando de vez en cuando chorros de vapor blanco o pululando con sus inmensas bocas abiertas para que las polillas de mar nadaran hacia las profundidades de sus gargantas. No había zorros de mar que pudieran trillar sus pobrecitas espaldas, ni peces espada que pudieran atravesarles el estómago, ni peces sierra que pudieran destriparlas, ni oreas que pudieran llevarse pedazos de sus costados de un mordisco, ni balleneros que pudieran arponearlas y clavarles lanzas. Allí eran muy felices y estaban en lugar seguro, y todo lo que tenían que hacer era esperar tranquilamente en el Lagodepaz hasta que la Madre Carey las llamara para convertir a las bestias viejas en bestias nuevas.

Tom nadó hasta la ballena más cercana y le preguntó dónde podía encontrar a la Madre Carey.

—Está allí, sentada, allí en medio —le indicó la ballena.

Tom echó un vistazo, pero en medio del lago no vio nada, salvo un iceberg

puntiagudo, y se lo dijo.

—Eso es la Madre Carey —aclaró la ballena—, ya lo verás cuando te acerques. Está allí, sentada, convirtiendo bestias viejas en nuevas durante todo el año.

—¿Cómo lo hace?

—Eso es asunto suyo, no mío —contestó la vieja ballena, y bostezó con la boca tan abierta (pues era muy grande) que le entraron novecientas cuarenta y tres polillas de mar, trece mil ochocientas cuarenta y seis medusas no mayores que una cabeza de alfiler, una cadena de salpas de ocho metros y cuarenta y tres cangrejos pequeños que se dieron todos, unos a otros, un pellizco de despedida, se pusieron las patas debajo del estómago y decidieron morir decentemente, como Julio César.

—Supongo —dijo Tom— que corta a una ballena grande como tú y hace un banco entero de marsopas, ¿no?

Al oír eso, la vieja ballena se carcajeó tan violentamente que tosió y expulsó a todas las criaturas, que se fueron nadando muy agradecidas por haber escapado de esa red de ballena, de cuyos confines ningún viajero regresa. Entonces, Tom se acercó al iceberg, pensativo.

A medida que se aproximaba el iceberg tomó la forma de la dama más grande que jamás había visto: una dama blanca de mármol, sentada en un trono blanco de mármol. Del pie del trono salían nadando, adentrándose más y más en el mar, millones de criaturas acabadas de nacer, de más formas y colores de los que un hombre haya podido soñar. Eran los hijos de la Madre Carey, que crea a partir del agua del mar durante todo el día.

Evidentemente, Tom —como algunos mayores que ya deberían saberlo— esperaba encontrársela tijereteando, remendando, encajando, bordando, arreglando, hilvanando, limando, alisando, martilleando, torneando, puliendo, moldeando, midiendo, cincelando, recortando, etc., como hacen los hombres cuando van al trabajo a hacer cualquier cosa.

Sin embargo, en lugar de eso, estaba sentada tranquilamente, con la barbilla apoyada en la mano, mirando hacia el mar, allá abajo, con dos grandes ojos azules, tan azules como el mar. Tenía el cabello blanco como la nieve, pues era muy, muy vieja; de hecho, era tan vieja como cualquier cosa que te puedas encontrar, salvo la diferencia entre el bien y el mal.

Cuando vio a Tom, lo miró con mucha ternura.

—¿Qué quieres, chiquitín? Hacía mucho tiempo que no veía a un niño del agua por aquí.

Tom le contó cuál era su cometido y le preguntó cómo se iba a El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio.

—Ya deberías saberlo, pues has estado allí.

—¿De verdad, señora? Estoy seguro de que lo he olvidado.

—Entonces, mírame.

Cuando Tom miró dentro de sus grandes ojos azules, recordó el camino perfectamente. ¿No te parece raro?

—Gracias, señora —dijo Tom—. Ya no molestaré más a la señora, he oído decir que está muy ocupada.

—Nunca he estado tan ocupada como ahora —comentó ella sin mover un dedo.

—He oído decir, señora, que siempre está creando nuevas bestias a partir de las viejas.

—Eso es lo que la gente cree. Pero no voy a molestarme en crear cosas. Me siento aquí y hago que se creen ellas mismas.

«Realmente, es un hada muy lista», pensó Tom. Es un gran truco, y una gran respuesta, que la buena de la Madre Carey ha tenido la oportunidad de hacer en varias ocasiones a la gente impertinente.

Por ejemplo, una vez hubo un hada tan lista que descubrió cómo hacer mariposas. No me refiero a las falsas, no, sino a las que están vivas y son de verdad, que vuelan, comen, ponen huevos y hacen todo lo que deben hacer. Esta hada estaba tan orgullosa de su habilidad que inmediatamente se fue volando hasta el Polo Norte para fanfarronear delante de la Madre Carey de cómo hacía mariposas. Pero la Madre Carey se rió.

—Tienes que saber, hija mía —le dijo—, que cualquiera puede hacer cosas con sólo tomarse tiempo y dedicarle esfuerzo; sin embargo, no todo el mundo puede, como yo, hacer que las cosas se creen por sí solas.

No obstante, la gente todavía no cree que no haya nadie más listo que la Madre Carey y tampoco lo creerá hasta que no haga el viaje a El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio.

—Y bien, pequeño —dijo la Madre Carey—, ¿estás seguro de que sabes cómo se va a El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio?

Tom pensó y, mira por dónde, se le había olvidado completamente.

—Eso es porque has apartado los ojos de mí.

Tom volvió a mirarla y lo recordó. Luego apartó la vista y, al cabo de un instante, volvió a olvidarlo.

—Pero, ¿qué tengo que hacer, señora? No podré mirarla cuando esté en otra parte.

—Tienes que arreglártelas sin mí, como tiene que hacer la mayoría de la gente durante novecientas noventa y nueve milésimas partes de sus vidas. En vez de mirarme a mí, mira al perro, pues él conoce bien el camino y no se le olvidará. Además, quizás allí te encuentres a algunas personas con un carácter muy extraño que no te dejarán pasar sin este pasaporte. Debes colgártelo del cuello y cuidarlo bien. Y, evidentemente, como el perro irá siempre detrás de ti, tienes que ir de espaldas durante todo el camino.

—¡De espaldas! —gritó Tom—. Pero así no podré ver por dónde voy.

—Todo lo contrario, si miras hacia delante no vas a poder distinguir ni un paso y seguro que te desviarás. En cambio, si miras hacia atrás, observas con atención todo lo que dejas y no pierdes de vista al perro, que actúa por instinto y por lo tanto no se puede desviar, entonces sabrás todo lo que viene con la misma claridad que si lo vieras en un espejo.

Tom se quedó perplejo pero la obedeció, pues había aprendido a creer siempre lo que las hadas le decían.

—Así es, hijo mío —sentenció la Madre Carey—, y voy a contarte un cuento que te demostrará que tengo toda la razón, como es costumbre en mí. Érase una vez dos hermanos. Uno se llamaba Prometeo, porque siempre miraba hacia delante y fanfarroneaba de que sabía las cosas de antemano. El otro se llamaba Epimeteo, porque siempre miraba hacia atrás y no fanfarroneaba nada, sino que decía humildemente, como los irlandeses, que prefería hacer profecías después de los acontecimientos.

»Pues bien, Prometeo era un tipo muy listo, por supuesto, e inventaba toda clase de cosas maravillosas. Pero, por desgracia, cuando se ponían a funcionar, precisamente lo que no hacían era ponerse en marcha: de modo que han servido de bien poco y bien poco ha quedado de ellas. Ahora nadie sabe qué eran, salvo unos cuantos ancianos arqueólogos que escarban en esquinas raras y encuentran pocas cosas aparte de *Ptinum Furem*, *Blaptem Mortisgam*, *Acarum Horridum* y *Tineam Laciniarum*.

»Sin embargo, Epimeteo era realmente un tipo muy lento y la gente lo tomaba por zopenco, por chapucero, por gallina, por tardón, por un cualquiera, por inútil, etcétera. Y durante muchos años hizo bien poco: sin embargo, lo que hacía una vez ya no tenía que volver a hacerlo.

»¿Y qué pasó al final? A los dos hermanos se les acercó la criatura más hermosa que se hubiera visto jamás, llamada Pandora, que significa "Todos los regalos de los Dioses". Pero como llevaba una extraña caja en las manos, el Prometeo imaginativo, vaticinador, desconfiado, prudente, teórico, deductivo y profeta, que siempre estaba estableciendo lo que iba a ocurrir, no tuvo ninguna relación con la bonita Pandora.

»Sin embargo, Epimeteo la acogió, a ella y a la caja, como acogía todo lo que llegaba y se casó con ella, para bien o para mal, como deberían hacer todos los hombres, incluso cuando sólo tengan la posibilidad de conseguir una buena esposa. Entonces abrieron la caja entre los dos, por supuesto, para ver qué había dentro; si no, ¿de qué podía haberles servido?

»De la caja salieron todos los males que la carne ha heredado; todos los hijos de los cuatro grandes espíritus malignos, la Obstinación, la Ignorancia, el Temor y la Suciedad. Por ejemplo: el sarampión, los monjes, la escarlatina, los ídolos, la tos ferina, los papas, las guerras, los conciliadores, las hambrunas, los curanderos, las

facturas impagadas, los corsés ceñidos, las patatas, el vino malo, los déspotas, los demagogos y, lo peor de todo, los niños y niñas traviesos.

»Sin embargo, hubo una cosa que se quedó en el fondo de la caja, y era la Esperanza.

»Así pues, Epimeteo se metió en un buen embrollo, como hace la mayoría de los hombres. Sin embargo, salió ganando con las tres mejores cosas del mundo: una buena esposa, experiencia y esperanza. Mientras tanto, Prometeo se metió en un embrollo igual de grande, e incluso muchísimo mayor (como vas a oír), provocado por él mismo sin nada más que las imaginaciones tejidas a partir de su propio cerebro, del mismo modo que una araña teje su telaraña a partir de su estómago.

«Prometeo continuó mirando hacia delante, con la vista clavada tan a lo lejos que, cuando iba por ahí con una caja de cerillas (las únicas cosas útiles que inventó y que hacen tanto mal como bien), se pisó la propia nariz y se cayó (como le ocurre a la mayoría de filósofos deductivos), por lo que incendió el Támesis entero y las llamas todavía no han sido extinguidas. Así que tuvieron que encadenarlo en la cima de una montaña, con un buitre a su lado que le diera un picotazo cada vez que se movía, para que no pudiera girar el mundo del revés con sus profecías y sus teorías.

»Pero el bobo de Epimeteo continuó trabajando y ajetreándose, con la ayuda de su esposa Pandora, siempre mirando hacia atrás para ver lo que había ocurrido, hasta que realmente aprendió a saber de vez en cuando lo que iba a ocurrir más adelante. Comprendió muy bien dónde aprieta el zapato y aprendió a esperar a ver de qué lado caían la peras, por lo que empezó a hacer cosas que podían funcionar y que seguían funcionando. Cultivó y drenó la tierra, hizo telares, barcos, líneas de tren, arados de vapor, telégrafos eléctricos y todas las cosas que se pueden contemplar en la Gran Exposición. Previó la hambruna, el mal tiempo, el precio de las acciones y (lo más difícil de todo) el siguiente capricho del gran ídolo Tiovivo, a quien algunos llaman Opinión Pública. Hasta que al final se hizo igual de rico que un judío e igual de gordo que un granjero, y la gente se lo pensaba dos veces antes de meterse con él (pero sólo una vez antes de pedirle ayuda, pues, como ganaba tanto dinero, también se podía permitir gastarlo).

»Sus hijos son los hombres de ciencia que hacen un trabajo que perdura en este mundo, mientras que los hijos de Prometeo son los fanáticos, los teóricos, los intolerantes, los pelmazos y la gente ruidosa y verbosa que dice a los bobos lo que ocurrirá, en lugar de mirar hacia lo que ya ha ocurrido.

Y bien, ¿no te parece que el cuento de la Madre Carey fue maravilloso? Además, me hace feliz decir que Tom creyó todas y cada una de sus palabras.

Porque a él le pasó lo mismo. Fue puesto a prueba de un modo muy duro, ya que, aunque pudiera ver muy bien hacia dónde se dirigía el perro, teniéndolo enganchado a sus talones (o, mejor dicho, a sus pies, pues debía andar de espaldas), resultaba

mucho más lento ir hacia atrás que hacia delante. Sin embargo, fue todavía más duro el hecho de que antes de que hubiera tenido tiempo de salir del Lagodepaz se le abalanzaran todos los magos, adivinos, astrólogos, profetas, los vaticinadores y prestidigitadores, tantos como había en esa zona (y hay demasiados por todas partes), la Vieja Madre Shipton sobre su escoba —con Merlín—, Thomas el Rimador, Gerbertus, Rabanus Mauras, Nostradamus, Zadkiel, Raphael, Moore, el Viejo Nixon y muchísimos más, vestidos con abrigos negros y corbatas blancas, y que, teniendo en cuenta el siglo en que nacieron, no hubiesen sido más sabios. Todos le vociferaban y le gritaban: «Mira hacia delante, sólo tienes que mirar adelante, y te mostraremos lo que el hombre no ha visto jamás y te llevaremos hasta el fin del mundo».

Pero me enorgullece decir que, aunque Tom no había ido a Cambridge —pues, si hubiera ido, seguro que habría sido un sénior wrangler—, como buen inglés, era tan obstinado, duro, áspero, y tan sincero y de confianza que no giró la cabeza ni una vez desde el Lagodepaz hasta El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio. Por el contrario, no perdió de vista al perro y dejó que siguiera el rastro, fuera caliente o frío, recto o lleno de curvas, mojado o seco, cuesta arriba o cuesta abajo. Lo que significa que no cometió ni un error y que vio cosas maravillosas y por ahora aún no imaginadas por ningún mortal. Cosas que me encargaré de contarte en el próximo capítulo.

CAPÍTULO VIII

*¡Venid, oh niños, acercaos!
pues oigo vuestros gritos al jugar;
y las cuestiones que me tenían desconcertado
del todo se desvanecerán.
Vosotros abrís las ventanas del este,
que miran hacia el sol,
donde el pensar es el canto de una golondrina,
donde fluyen los arroyos del albor.
Pues, ¿qué son todo nuestro ingenio
y la sabiduría de nuestros libros,
comparados con vuestras caricias
y la alegría de vuestros ojos?
Sois mejor que todas las baladas
que jamás se hayan cantado o recitado;
pues sois poemas con vida
y todos los demás están muertos.*

LONGFELLOW

Aquí empieza la narración, que no hay que analizar demasiado, de una noningentésima nonagésima novena parte de las cosas maravillosas que Tom vio en su viaje por El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio. Todos los niños buenos tienen que leerla para que, en el caso de que algún día vayan a El-otro-Lado-de-Nin-gún-Sitio, como muy posiblemente harán, no suelten una carcajada, ni traten de huir, ni hagan ninguna otra vulgar tontería que pueda ofender a la señora Hagancontigocomohiciste.

Pues bien, justo después de que Tom dejara el Lagodepaz, fue a parar al blanco regazo de la gran madre del mar —a diez mil brazas de profundidad—, donde pasa todo el día preparando la masa del mundo para que los gigantes del vapor la amasen y los gigantes del fuego la cuezan hasta que se levante, se endurezca y se convierta en panes de montaña y pasteles de isla.

Tom estuvo a punto de ser amasado en la masa del mundo y de ser convertido en un niño del agua fósil, lo cual habría asombrado a la Sociedad Geológica de Nueva Zelanda al cabo de unos cuantos cientos de miles de años.

Cuando iba andando por el suave y blanco fondo del océano, en el silencio del crepúsculo del mar, oyó un silbido, un rugido, un golpeteo y un bombeo, como si

estuvieran juntas todas las máquinas a vapor del mundo. Cuando se acercó, el agua empezó a hervir, aunque no le hizo el menor daño; lo que pasa es que también era fétida como las gachas y a cada momento se tropezaba con conchas, peces, tiburones, focas y ballenas, todos muertos debido a la alta temperatura del agua.

Finalmente, se topó con la gran serpiente de mar en persona, que yacía muerta en el fondo. Como era demasiado gruesa para pasar por encima, Tom tuvo que rodearla durante más de un kilómetro, lo cual lamentablemente lo desvió de su camino y, después de hacer todo el rodeo, llegó a un lugar llamado Stop. Allí se paró, justo a tiempo.

Se encontraba en el borde de un vasto agujero en el fondo del mar, del cual surgía, claro y rugiente, suficiente vapor como para hacer funcionar todas las máquinas del mundo a la vez. El vapor era tan claro que por momentos se hacía transparente y Tom podía alcanzar con la vista casi hasta la superficie del agua, allá arriba, y hacia abajo podía ver dentro del hoyo hasta quién sabe dónde.

Pero al asomar la cabeza por el borde recibió tal apedreada de guijarros en la nariz que dio un salto hacia atrás. El vapor, al salir disparado, desmoronaba los costados del agujero, lanzándolo todo mar arriba en medio de un chorro de lodo, gravilla y cenizas; después se esparcía por todas partes y volvía a caer, dejando a los peces muertos tan enterrados que en menos de cinco minutos Tom quedó cubierto por el cieno hasta los tobillos y empezó a tener miedo de acabar enterrado vivo.

Habría podido ocurrir, pero, mientras pensaba, toda la parcela de suelo sobre la que estaba se despegó entera, salió despedida hacia arriba y lo arrojó un kilómetro mar adentro. Tom se preguntó qué sucedería a continuación.

Finalmente se detuvo —¡patapum!— y se quedó agarrado a las patas del espectro más maravilloso que jamás hubiera visto.

Tenía no sé cuántas alas que, como las aspas de un molino de viento, eran grandes y sobresalían en forma de anillo. Gracias a ellas se elevaba por encima del vapor, igual que una pelota que se mantiene sostenida encima del chorro de una fuente. Por cada ala en la parte de arriba tenía una pata en la parte de abajo, con una zarpa en forma de peine en la punta y un orificio nasal en la raíz; en el medio, no tenía barriga, sino un ojo; y en cuanto a la boca, la tenía apartada hacia un lado, igual que el tubérculo madreporiforme de una estrella de mar. Bueno, era una bestia muy rara, pero no más que unas cuantas docenas que puede que te encuentres.

—¿Qué quieres —gritó muy malhumorada—, por qué te cruzas en mi camino? — Entonces trató de deshacerse de Tom. Pero éste, pensando que lo más seguro era no moverse, se quedó agarrado a las zarpas.

Tom le dijo quién era y hacia dónde se dirigía. Acto seguido, la cosa parpadeó con su único ojo y afirmó con desdén:

—Soy demasiado viejo como para que me tomen el pelo así. Has venido a buscar

oro, lo sé.

—¡Oro! ¿Qué es el oro?

Realmente, Tom no lo sabía, pero el desconfiado espectro no le creyó.

Al cabo de un rato, Tom empezó a comprenderlo un poco. Cuando los vapores subían por el agujero, el espectro los olía con sus orificios y los examinaba y los separaba con sus peines. Luego, mientras seguían subiendo, pasando por en medio de los peines y chocando contra las alas, se transformaban en chorros e hilos de metal. De un ala caía oro molido; de otra, plata; de otra, cobre; de otra, hojalata; de otra, plomo y así sucesivamente, depositándose en el suave lodo, entre las venas y las grietas y solidificándose. Por eso las rocas están llenas de metales.

Entonces, de repente, alguien allí abajo cortó el vapor, y el agujero se vació en un instante y el agua empezó a bajar formando tal remolino que el espectro dio vueltas y más vueltas a la velocidad de una peonza. Allí acabó su jornada de trabajo, igual que el bonito parto de una perra, así que todo lo que hizo fue decirle a Tom:

—Joven, si te lo has tomado en serio, que no lo creo, ahora es tu oportunidad para bajar.

—Te lo voy a demostrar muy pronto —aseguró Tom, y se lanzó, con la misma valentía que el Barón Munchausen, arrojándose por la precipitada catarata como un salmón de Ballisodare.

Cuando llegó al fondo, nadó y fue arrastrado hasta la costa, a buen recaudo, en El-otro-Lado-de-Ningún-Sitio. Como le ocurre a la mayoría, y para sorpresa suya, le pareció más bien Este-Lado-de-Algún-Sitio, algo muy distinto de lo que se esperaba.

Primero, pasó por el país de Papeldesperdiciado, donde se amontonan cuesta arriba y cuesta abajo todos los libros estúpidos como las hojas de un bosque invernal. Vio a gente hurgando y escarbando para hacer libros aún peores que los malos y separando la broza para aprovechar el polvo. Así hacían un buen negocio, sobre todo con los niños.

Luego anduvo junto al mar de las sensiblerías, por la montaña de los desastres y por el territorio de las golosinas, donde el suelo era muy empalagoso, pues estaba todo hecho de toffee malo (no como el toffee de Everton, claro) y estaba lleno de grietas y agujeros profundos, rellenos hasta reventar de fruta caída a causa del viento y de frutas confitadas, endrinas, manzanas ácidas, arándanos, escaramujos, marzoletas y todas las porquerías que los niños, si las encuentran, se comen. Pero en ese país, las hadas se esfuerzan al máximo para esconderlas, lo cual resulta un trabajo muy duro y sumamente inútil. Pues tan pronto como esconden los desechos viejos, la gente estúpida y malvada produce nuevos desechos llenos de cal y de pinturas venenosas. De hecho, roban recetas del gran libro de la vieja Madame Ciencia, inventan venenos para los niños y los venden en las verbenas, en las ferias y en las tiendas de golosinas. Perfecto. Que sigan así. El doctor Letheby y el doctor Hassal no

los podrán pillar, aunque se pasen todo el día poniéndoles trampas. Sin embargo, el hada de la vara de abedul los pillarán a todos a tiempo, los pondrá en sus tiendas, en una esquina, y les hará comer todas las golosinas que hay hasta la otra esquina. Y cuando acaben, tendrán un dolor de barriga tan fuerte que los curará de las ganas de envenenar a los niños.

Después vio a toda la gente pequeña del mundo, escribiendo todos los libros pequeños del mundo acerca de todas las demás personas pequeñas del mundo, seguramente porque no tenían ninguna gran persona sobre la cual escribir. Y cuando los libros no se llamaban *Squeeky*, *The Pumplighter*, *The Narrow Narrow World*, *The Hills of the Chattermuch* o *The Children's Twaddeday*, tenían otros títulos. Las demás personas pequeñas del mundo leían estos libros y todas se creían igual de buenas que el presidente. Puede que tuvieran razón, porque allá cada cual con lo suyo. Sin embargo, Tom prefería un buen cuento de hadas alegre, sobre Jack el Matagigantes o *La bella y la bestia*, ya que aprendía cosas que todavía no sabía.

Después se acercó al núcleo de la creación (el centro, lo llaman allí), que se encuentra a 42,21 grados de latitud y a 108,56 grados de longitud.

Allí se encontró a todos los sabios, instruyendo a la humanidad en la ciencia del espiritismo, mientras se les quemaba la casa delante de sus narices. Cuando Tom los avisó de que había fuego, inmediatamente organizaron una reunión de indignación y decidieron unánimemente que había que colgar al perro de Tom por haber venido a su país con pólvora en la boca. Tom no pudo evitar decir que, aunque ellos creían que doscientos años antes se habían llevado toda la inteligencia de Lincolnshire, en el caso de que hubiera habido tan sólo un noble de Lincolnshire entre ellos, como el gran Lord Yarborough, éste habría llamado a los bomberos antes de colgar al perro de los demás. Sin embargo, no le sirvió de nada y al fin el perro fue colgado. No permitieron que Tom se quedara ni siquiera con el cuerpo muerto, pues en aquel país habían abolido la ley de quedarse-con-el-cuerpo por miedo a que pudieran aparecer hombres honestos cuando los granujas se pelearan. En ese caso se habrían salido con la suya sin ningún problema, como hacen siempre; lo que pasa es que (como hacen siempre) se equivocaron en un pequeño detalle, a saber: que el perro no podía morir porque era un perro del agua. Al contrario, les mordió los dedos tan abominablemente que se vieron forzados a dejarlo libre, y a Tom también, como subditos británicos. Luego reanudaron la sesión de espiritismo para llamar a los espíritus de sus padres.

Cuando los espíritus aparecieron, se quedaron atónitos viendo cómo sus descendientes habían debilitado su constitución, según las leyes de la señora Hagancontigocomohiciste, llevando una vida muy dura.

Entonces, Tom fue a la isla de la Indiscreción (que algunos llaman el Puerto de los Granujas; pero se equivocan, pues eso está en medio de los Árboles de Bramshill y, hace ya mucho tiempo la policía del condado los cortó). Allí, todo el mundo está

más al corriente de los asuntos de sus vecinos que de los suyos. Además, es un lugar muy ruidoso, como era de esperar, teniendo en cuenta que todos los habitantes están ex officio en el lado equivocado de la cámara del «Parlamento del Hombre y la Federación del Mundo» y que siempre ponen mala cara y gritan que las uvas de las hadas son agrias.

Tom vio arados tirando de caballos, clavos clavando martillos, nidos de pájaros robando niños, libros escribiendo autores, elefantes haciendo de dependientes de cristalerías, monos esquilando a gatos, perros muertos adiestrando a leones vivos, generales de brigada ciegos y arrinconados fungiendo como rectores de las universidades, actores en absoluto arrinconados fungiendo como predicadores populares y, en resumen, a todos los que se ponen a hacer algo que no han aprendido, ya que han fracasado en lo que sí han aprendido o han pretendido aprender.

Allí se encuentra el Panteón de los Grandes Fracasados, desde los constructores de la Torre de Babel a los de las Fuentes de Trafalgar. En este panteón, los políticos hacen discursos sobre las constituciones que tendrían que haber progresado; los conspiradores, sobre las revoluciones que tendrían que haber triunfado; los economistas, sobre los planes que tendrían que haber hecho que todos ganáramos una fortuna, y los profetas, sobre los descubrimientos que tendrían que haber incendiado el Támesis. Los zapateros hacen discursos sobre la ortopedia (sea lo que sea eso) porque no venden zapatos, y los poetas sobre la estética (sea lo que sea eso) porque no pueden vender su poesía. Los filósofos demuestran que si Inglaterra volviera a ser papista, sería el país más libre y rico del mundo; los gacetilleros insultan al *Times* porque no son suficientemente listos como para formar parte de su plantilla y las damas jóvenes pasean con relicarios que llevan el caballo de Carlos I (o de otra persona, cuando se acabe el linaje genuino de los judíos), grabados con la bonita y apropiada leyenda —que realmente es muy popular en ese país y que espero que, en el debido tiempo, aprendas a traducirla y a reflexionar sobre ella— que dice así:

Victrix causa diis placuit, sed victa puellis.

Cuando Tom entró en la ciudad, todos se abalanzaron de golpe sobre él para mostrarle por dónde tenía que ir. O, más bien, para demostrarle que no sabía por dónde tenía que ir, pues a ninguno de ellos se le ocurrió preguntarle qué camino quería tomar.

Uno tiró de él hacia allí, otro lo empujó hacia allá y un tercero gritó:

—Te digo que no debes ir hacia el oeste. Si fueras hacia el oeste, sería tu destrucción.

—Pero no voy hacia el oeste, como puedes ver —replicó Tom.

Y otro: «El este es por aquí, cariño. Te aseguro que el este es por aquí».

—Pero yo no quiero ir hacia el este —dijo Tom.

—Pues vale, pero, en todo caso, vayas donde vayas, te has equivocado de camino —gritaron todos al unísono, lo cual fue lo único en lo que coincidieron.

Entonces, todos apuntaron a la vez a las treinta y dos direcciones de la brújula, hasta tal punto que Tom creyó que se habían juntado todas las señales de Inglaterra y habían empezado a pelearse.

Resulta difícil saber si Tom habría podido escapar de la ciudad, de no haber sido porque el perro se dio cuenta de que iban a despedazar a su dueño y a atajarlo tan bruscamente por el músculo de gastrocnemio que al final les dio algo con qué entretenerse. Mientras se restregaban sus pantorrillas mordidas, Tom y el perro se pusieron a buen recaudo.

En la frontera de la isla descubrió la ciudad de Gotham, donde viven los sabios, los mismos que dragaron la charca porque la luna había caído dentro y que plantaron un seto alrededor del cuco para que fuera primavera durante todo el año. Se los encontró tapiando la puerta de la ciudad porque era tan ancha que los tipos pequeños no podían pasar. Cuando les preguntó por qué, le dijeron que estaban ampliando su liturgia. Entonces prosiguió, pues no era asunto suyo; sólo que no pudo evitar decir que en su país, si la gatita no podía entrar en el mismo agujero que el gato, solía quedarse fuera y maullar.

Pero a esos tipos no los volvió a ver más cuando llegó a la isla de los Asnos de Oro, donde lo único que crece son cardos. Todos sus habitantes fueron convertidos en burros, con unas orejas de casi un metro, por meterse en asuntos que no comprendían, como hizo Lucio en la historia. Tal como le ocurrió a él, tendrán que seguir siendo burros hasta que, gracias a las leyes del desarrollo, los cardos se transformen en rosas. Hasta entonces, deben consolarse con la idea de que cuanto más largas sean sus orejas, más grueso será su pellejo, de modo que si les dan unos buenos azotes no les dolerá.

Después, Tom llegó al gran país de Oirdecir, donde hay ni más ni menos que treinta y tantos reyes, además de media docena de repúblicas (y quizás haya más con la próxima entrega del correo).

Allí se encontró con una profunda, oscura, mortífera y destructiva guerra, librada por los príncipes y los potentados de ese país, tanto religiosos como laicos. ¿Y contra qué crees que luchaban? De una cosa estoy seguro, la cual, a menos que te la dijera, no la averiguarías nunca, como tampoco averiguarías de qué forma luchaban, pues toda su estrategia y arte militar consistía en el seguro y fácil proceso de taparse los oídos, gritar: «¡Ay, no me lo digas!», y luego salir corriendo.

Así que, cuando Tom llegó a ese país, se los encontró a todos —los de clase alta y los de clase baja, hombres, mujeres y niños— corriendo sin parar, noche y día, para salvar la vida y suplicando que no les dijeran nada. Lo que pasa es que, como el país era una isla y tenían aversión al agua (la mayoría eran unos aburridos), daban vueltas

y más vueltas a la costa, lo cual (teniendo en cuenta que la circunferencia de la isla era exactamente igual a la del planeta en el que tenemos el honor de vivir) era una ardua tarea, sobre todo para los que tenían negocios por los que preocuparse. Delante de todos, como director de banda y líder, corría un señor esquilando un cerdo, cuyos melódicos gruñidos los conducían eternamente, si no a la conquista, a la fuga. Y la idea de que al menos tendrían la lana del cerdo como compensación a sus esfuerzos alentaba enormemente sus ánimos.

Detrás de ellos, los perseguía noche y día un pobre gigante enjuto, miserable, desgastado y viejo, que merecía que lo mimasen un poco, que le diesen de cenar, que le encontraran una mujer y que le dejaran jugar con los niños. Entonces, a pesar de todo, habría sido un tipejo muy presentable, pues tenía un buen corazón, aunque demasiado contaminado por la inteligencia.

Principalmente, estaba hecho de espinas de pez y pergamino, unidos con cable y resina de Canadá, y desprendía un olor fuerte a licor, aunque nunca bebía nada que no fuera agua; pero, de algún modo, seguro que hacía algo con licores, eso era innegable. Llevaba unas grandes gafas en la nariz, un cazamariposas en una mano y un martillo geológico en la otra. Además, le colgaban bolsillos por todas partes, llenos de cajitas para recoger muestras, y también de frascos, microscopios, telescopios, barómetros, mapas cartográficos, escalpelos, fórceps, cámaras fotográficas y todos los demás avíos para averiguarlo todo sobre todo y aún más. Lo más raro era que no corría hacia delante, sino de espaldas, tan rápido como podía. Todos huían de él, menos Tom, que se mantuvo firme y lo esquivó entre sus piernas. El gigante, al pasar junto a él, miró hacia abajo y, como si estuviera muy complacido y consolado, gritó:

—¿Cómo? ¿Tú quién eres? ¿Tú no huyes como los demás?

Tom se dio cuenta de que tuvo que quitarse las gafas para verlo con claridad.

Luego le contó quién era y, al instante, el gigante sacó un frasco y un corcho para cogerlo como muestra.

Sin embargo, Tom era demasiado sagaz como para que lo pillasen y se escabulló entre sus piernas poniéndose enfrente de él. Así, el gigante no lo podía ver.

—¡No, no, no! —gritó Tom—. No he ido por el mundo, a través del mundo y hasta el puerto de la Madre Carey, además de ser capturado en una red y ser llamado holotúrido y cefalópodo, para acabar siendo embotellado por un viejo gigante como tú.

Cuando el gigante comprendió que Tom había sido un gran viajero, declaró una tregua enseguida, y se quedó tan entusiasmado de encontrar a alguien que le contara lo que aún no sabía, que lo habría obligado a quedarse allí hasta el día de hoy para extraerle su inteligencia.

—¡Ay, qué afortunado eres! —dijo él, finalmente, con gran simplicidad (pues era

un gigante al estilo de Dominie Sampson; el más simple, agradable, sincero y amable que haya girado, sin querer, el mundo al revés)—. ¡Ay, qué afortunado eres! ¡Ojalá yo hubiera estado en los sitios en los que tú has estado para ver lo que tú has visto!

—Bueno —le explicó Tom—, si eso es lo que quieres hacer, tendrás que sumergir la cabeza bajo el agua durante unas cuantas horas, como hice yo, y convertirte en un niño del agua, o algún otro tipo de niño, y entonces puede que tengas una oportunidad.

—Convertirme en un niño, ¿no? Si pudiera hacer eso y saber lo que me ocurriría durante una hora, entonces lo sabría todo y me quedaría tranquilo. Pero no puedo, no puedo volver a ser un niño y supongo que, si pudiera, sería inútil, porque entonces no sabría nada acerca de todo lo que me ocurriría. ¡Ay, qué afortunado eres! —insistió el pobre gigante.

—Pero, ¿por qué persigues a toda esta pobre gente? —preguntó Tom, con quien el gigante simpatizaba mucho.

—Querido, son ellos los que me han estado persiguiendo a mí, padres e hijos, durante cientos y cientos de años, lanzándome piedras hasta romperme las gafas cincuenta veces y diciendo que era un turco maligno y con turbante, que había dado una paliza a un veneciano y calumniado al Estado (Dios sabrá lo que quieren decir, porque yo nunca leo poesía). Han estado acechándome una y otra vez, aunque nunca han podido pillarme, porque cada vez que piso el mismo terreno, voy más rápido y me hago más grande. En cambio, lo único que yo quiero es ser amigo suyo y decirles algo que les interesa, como hizo el señor Joseph Ady. Lo raro es que, no sé por qué, oír eso les asusta. Supongo que no soy un hombre de mundo y que no tengo tacto.

—Pero, ¿por qué no te giras y se lo dices?

—Porque no puedo. Verás, yo soy uno de los hijos de Epimeteo y, si quiero avanzar, tengo que ir de espaldas.

—Pero, ¿por qué no te paras y dejas que se te acerquen?

—No, querido, piensa un poco. Si lo hiciera, todas las mariposas y pajaritos pasarían volando por mi lado y entonces no podría atrapar más especies, me oxidaría, me quedaría anticuado y moriría. Y ésa no es mi intención, querido, pues dicen que yo tengo un destino ante mí. Aunque no tengo ni idea de cuál es, ni me importa.

—¿No te importa? —dijo Tom.

—No. Mi lema es: cumple con tu obligación más inmediata y agarra el primer escarabajo que te encuentres. Éste es el lema con el que he prosperado durante unos cuantos cientos de años. Ahora tengo que continuar. Dios mío, mientras he estado hablando contigo se me han escapado al menos nueve especies nuevas.

Entonces el gigante prosiguió, de espaldas, como un elefante en una cristalería, hasta que chocó contra la torre del gran templo de los ídolos (pues en esos países son todos idólatras, por supuesto; si no, no tendrían miedo de los gigantes), la derrumbó

entera, de la mitad hacia arriba, y se hizo daño en la región lumbar.

Pero no le importaba, pues tan pronto como tuvo esparcidas las ruinas de la torre entre sus piernas, fue apartando las piedras, echó un vistazo, se quitó las gafas, agarró la lente de aumento de bolsillo y gritó:

—¡Esto es un Oniscus totalmente nuevo y tres extrañas Podurellae! Además, hay una polilla que M. le Roi des Papillons (a pesar de que él, como todos los franceses, es propenso a las inducciones precipitadas) dice que se restringe a los límites de la Corriente Glacial. ¡Esto es importantísimo!

Entonces se sentó en la nave del templo (no siendo un hombre de mundo) para examinar sus Podurellae, por lo que (como era de esperar) el techo se derrumbó entero, aplastó a los ídolos y arrojó a los sacerdotes, que salieron despedidos por las puertas y las ventanas como cuando un hurón entra en una madriguera y los conejos se escapan corriendo.

Sin embargo, ni se inmutó, pues del polvo salió un murciélago y el gigante lo cazó en un periquete.

—¡Dios mío! ¡Esto es aún más importante! Aquí hay una especie afín a la que Macgilliwaukie Brown afirma que sólo se encuentra en los templos budistas del Pequeño Tibet. No obstante, ahora que lo observo, ¡puede que sólo sea una variedad producida por una diferencia en el clima!

De esta manera, después de haber guardado el murciélago en una bolsa, se levantó y prosiguió. Entonces, todo el mundo empezó a correr, aunque con un mal humor terrible, ya que su templo había quedado en ruinas; y todo por tres extrañas especies de Podurellae y un murciélago budista.

«Bueno —pensó Tom—, menuda pelea se ha armado; ambas partes tienen mucho que decirse. Pero esto no es asunto mío.»

Tenía razón, ya que él era un niño del agua y le habían inculcado que sólo tenía que hacer caso a lo que le atañía, virtud que tú nunca tendrás a menos que seas un niño del agua, de tierra o del aire, no importa, y en el caso de que puedas seguir siendo un niño constantemente.

Así pues, el gigante se puso a perseguir a la gente, la gente se puso a perseguir al gigante y, que yo sepa, o que no sepa, en el día de hoy todavía corren. Y seguirán corriendo hasta que él, ellos o todos se conviertan en niños pequeños. Entonces, como dice Shakespeare (y, por lo tanto, tiene que ser verdad):

Jack tendrá a Gill.

Nada irá mal.

El hombre recuperará a su yegua y todo irá bien.

Después, Tom llegó a una isla muy famosa, que, en los días del gran viajero, el

Capitán Gulliver, se llamaba isla de Laputa. Sin embargo, la señora Hagancontigocomohiciste le ha cambiado el nombre por el de isla de los Tepoterpos, todo cabeza y nada de cuerpo.

Cuando Tom se acercó, oyó tales gruñidos, refunfuños, rezongos, aullidos, gemidos y quejidos, que creyó que estaban anillando a los cochinitos, cortándoles las orejas a los perritos o ahogando a los gatitos. Sin embargo, cuando se acercó todavía un poco más, empezó a oír palabras entre el ruido. Era la canción de los Tepoterpos, que siempre cantan cada mañana, cada tarde y también toda la noche a su gran ídolo, la Examinación:

«No me he aprendido la lección. ¡Y el examinador está a punto de llegar!»

Ésa era la única canción que sabían.

Cuando Tom llegó a la costa, lo primero que vio fue un gran pilar y en uno de sus lados había una inscripción que decía: «Aquí los juegos están prohibidos». Al leer eso, Tom se quedó tan estupefacto que no se paró a ver lo que había escrito en el otro lado. Entonces dio una vuelta por allí para averiguar quién había en la isla. Sin embargo, en lugar de hombres, mujeres y niños, lo único que encontró fueron nabos, rábanos, remolachas azucareras y remolachas forrajeras sin una sola hoja verde. Además, la mitad estaban rotos, podridos y llenos de hongos. Los que quedaban se pusieron a gritar a Tom en media docena de lenguas distintas a la vez y todas mal habladas: «No me he aprendido la lección. ¡Ven, échame una mano!». Y uno gritó: «¿Me puedes enseñar cómo sacar esta raíz cuadrada?».

Y otro: «¿Me puedes decir qué distancia hay entre Lyrae y Camelopardis?».

Y otro: «¿Cuál es la latitud y la longitud de Snooksville, en el Condado de Noman, Oregón, Estados Unidos?».

Y otro: «¿Cómo se llamaba el gato de la criada de la abuela del primo decimotercero de Mutius Scaevola?».

Y otro: «¿Cuánto tiempo necesita un inspector de escuela que realiza una actividad media para ir desde Londres a York haciendo volteretas?».

Y otro: «¿Sabrías decirme el nombre del lugar del que nunca nadie ha oído hablar, donde nunca nada ha ocurrido, de un país que aún no ha sido descubierto?».

Y otro: «¿Puedes enseñarme a corregir este pasaje corrupto e insalvable de Graidicolosyrthus Tabenniticus sobre la causa de que los cocodrilos no tengan lengua?».

Y así más y más y más, hasta que uno habría creído que estaban tratando de presentarse para el puesto de oficiales de aduanas portuarias o para cometistas de la infantería montada de armas pesadas.

—¿Y qué bien os haría si os contestara? —preguntó Tom. Pues bien, eso no lo sabían; lo único que sabían era que el examinador estaba a punto de llegar.

Entonces, Tom se tropezó con el nabo más ágil de mente, inmenso y suave que

hayas visto nunca ocupando un agujero de un campo de nabos suecos, y con un grito inquirió: «¿Podrías contarme cualquier cosa sobre cualquier cosa que te apetezca?».

—¿Sobre qué? —preguntó Tom.

—Sobre cualquier cosa que te apetezca, pues tan pronto como aprendo cosas vuelvo a olvidarlas. Mi mamá dice que mi intelecto no se adapta a la ciencia metódica; dice que tengo que dedicarme a la información general.

Tom le explicó que no sabía información general y que tampoco conocía a ningún oficial del ejército; solamente conocía a un amigo que tuvo que se presentó para tambor. Sin embargo, lo que sí podía hacer era contarle un montón de cosas extrañas sobre lo que había visto en sus viajes.

Se lo contó con mucha gracia mientras el pobre nabo escuchaba con gran atención; y cuanto más escuchaba, más olvidaba y más agua le salía.

Tom creyó que estaba llorando, pero sólo era su pobre cerebro que se le salía de tanto trabajar. A medida que Tom hablaba, el infeliz nabo desprendía jugo; entonces se abrió y se encogió, hasta que lo único que quedó de él fue el pellejo y agua. Al ver eso, Tom se fue corriendo, muerto de miedo, ya que pensó que podían llevárselo por haber matado al nabo.

Sin embargo, ocurrió todo lo contrario: los padres del nabo se mostraron enormemente satisfechos, lo consideraron un santo y un mártir, y pusieron una larga inscripción en su lápida sobre sus maravillosos talentos, su desarrollo prematuro y su precocidad sin parangón. ¿No te parece que eran una pareja de locos? No obstante, junto a ellos había una pareja todavía más loca que pegaba a un miserable rabanito — no más grande que mi pulgar— por su malhumor, su obstinación y su estupidez deliberada, sin saber que la causa de que no pudiera aprender, o incluso apenas hablar, era que tenía un gran gusano dentro comiéndole el cerebro. Y éstos están menos locos que unos dos mil papás y mamás que recurren a la vara, en vez de recurrir a un juguete nuevo, y que mandan a los niños al cuarto oscuro en vez de llevarlos al médico.

Tom se quedó tan perplejo y atemorizado con todo lo que vio que tuvo el deseo de preguntar cuál era su significado. Finalmente, se tropezó con un bastón viejo y respetable que estaba en el suelo, medio cubierto con tierra. Sin embargo, era un bastón muy firme y honorable, pues antiguamente perteneció al bueno de Roger Ascham y, en el puño, tenía esculpida la figura del rey Eduardo VI con una Biblia en la mano.

—Verás —dijo el bastón— hubo un tiempo en que había tantos niños bonitos como hubieras deseado ver y todavía habrían podido seguir siéndolo si por lo menos los hubieran dejado crecer como seres humanos y luego me los hubieran dado a mí. Pero sus estúpidos padres y madres, en lugar de dejar que cogieran flores, robaran nidos de pájaros y bailaran alrededor del grosellero espinoso (como deben hacer los

niños), los obligaban a acudir siempre a las clases, trabajando, trabajando, trabajando, aprendiendo las lecciones de los días de cada día todos los días, las lecciones de los domingos cada domingo, haciendo exámenes semanales cada sábado, exámenes mensuales cada mes y exámenes anuales cada año, y todo siete veces, como si con una vez no bastara ni llenara como un banquete... Hasta que el cerebro se les agrandó, el cuerpo se les empequeñeció y todos se convirtieron en nabos, con nada más que agua dentro. Y sus estúpidos padres, además, les sacan las hojas que les crecen para que no tengan nada verde.

—¡Ay! —suspiró Tom—, si la querida señora Hazcomoquisierasquetehicieranati se enterara, les mandaría peonzas, pelotas, canicas y bolos, y les haría estar como unas pascuas.

—No serviría de nada —respondió el bastón—. Ahora, aunque lo intentasen, ya no sabrían jugar. ¿No ves que las piernas se les han convertido en raíces y que han crecido suelo adentro por culpa de no hacer nunca ejercicio, salvo debilitarse y desanimarse, quedándose siempre en el mismo lugar? Cuidado, que viene el Examinador-de-Examinadores. Será mejor que te vayas, te lo advierto, u os examinará a ti y a tu perro en un mismo saco y hará que él examine a los demás perros y tú a los demás niños del agua. No hay posibilidad de escaparse de sus manos porque su nariz mide catorce mil quinientos kilómetros y puede bajar por chimeneas, meterse en los ojos de las cerradura, subir escalera arriba, descender escalera abajo, entrar en la habitación de la señora y examinar a todos los niños y también a todos sus tutores. Pero cuando le den una buena paliza (así me lo prometió la señora Hagancontigocomohiciste) yo seré quien se la dé; y si no me hago cargo con empeño, será una lástima.

Entonces, Tom se fue, aunque muy lentamente y con firmeza, pues tenía ganas de enfrentarse al Examinador-de-Examinadores, que llegó andando entre los pobres nabos, atando cargas pesadas y difíciles de llevar, y poniéndolas sobre las espaldas de los niños (como hacían antiguamente los escribas y los fariseos), sin tocarlos con los dedos, ya que tenía mucho dinero, una bonita casa en la que vivir, etc., lo cual era más de lo que tenían los pobrecillos nabos.

Sin embargo, cuando se acercó a él, le pareció tan grande, corpulento y dictatorial, y profirió un grito tan fuerte, diciéndole que se acercara para que pudiera examinarlo, que Tom salió pitando y el perro también. Se fueron justo a tiempo, ya que los pobres nabos, acuciados y aterrorizados, se pusieron a empollar tan rápidamente para estar preparados ante el examinador, que estallaron y reventaron a su alrededor, hasta tal punto que aquello parecía Aldershot en un día de maniobras. Tom creyó que iba a volar por los aires con el perro y todo.

Cuando bajaba hacia la costa, pasó por la nueva tumba del pobre nabo. Sin embargo, la señora Hagancontigocomohiciste había quitado el epitafio sobre los

talentos, la precocidad y el desarrollo, y había puesto uno propio que a Tom le pareció mucho más sensible:

«Yo resistí largo tiempo la herida de la educación,
y empollar fue en vano;
hasta que el cielo alivió mi aflicción
llenándome el cerebro de agua.»

Entonces, Tom se zambulló en el mar y siguió su camino, cantando:

«Adiós, Tepoterpos; doy gracias por mi buena estrella,
porque nada de lo que sé (salvo las tres cosas básicas:
leer, escribir y la aritmética)
me será útil para sobrevivir a las duras y a las maduras.»

Ya ves que Tom no era poeta; como tampoco lo era John Bunyan, aunque fue el hombre más sabio que te puedas encontrar en muchísimos años.

A continuación, Tom llegó a Fabulandia de Esposasviejas, donde eran todos paganos y rendían culto a un mono aullador. Encontró a un chiquillo sentado en medio del camino, llorando con amargura.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Tom.

—Porque no estoy tan asustado como querría.

—¿No estás asustado? Mira que eres raro. Pero si lo que quieres es estar asustado, toma: ¡Uuu!

—Ay —exclamó el chiquillo—, muy amable de tu parte, pero no siento que me haya causado ninguna impresión.

Tom le propuso tumbarlo, pegarle un puñetazo, aplastarlo, golpearle la cabeza con un ladrillo o cualquier otra cosa que pudiera consolarlo en lo más mínimo.

Pero él sólo se lo agradeció muy educadamente, con unas ampulosas y largas palabras que había oído decir a la gente y que, por lo tanto, consideró adecuadas y apropiadas para usarlas también. Luego se puso a gritar hasta que acudieron su papá y su mamá, que mandaron que viniera el Powwow de inmediato. A pesar de que eran paganos, se trataba de un caballero y una dama muy buenos; hablaron con Tom afablemente sobre sus viajes hasta que vino el Powwow con su caja de truenos debajo del brazo.

Era el señor mejor alimentado y peor agraciado que haya servido a Su Majestad en Portland. Al principio, Tom se asustó mucho, ya que creyó que se trataba de Grimes. Pero muy pronto se percató de su error, pues Grimes siempre miraba a la cara y este tipo no. Además, cuando hablaba despedía fuego y humo; cuando

estornudaba, petardos y tracas; y cuando gritaba (lo cual hacía cuando le venía en gana), brea hirviendo, y seguro que parte de ella se pegaba.

—¡Ya estamos otra vez! —gritó, como un payaso en una pantomima—. Así que no puedes asustarte, ¿eh? Voy a hacerlo por ti. ¡Voy a hacer que te quedes impresionado! ¡Ah! ¡Uuu! ¡Auuu! ¡Halabaluuu!

Entonces sacudió, golpeó, blandió su caja y chilló, vociferó, bramó, rugió, dio pisotones y bailó el corrobory como hacen los negros. Luego tocó un muelle de la caja y aparecieron nabos fantasma, linternas mágicas, espectros de cartón y muñecos de cajas de sorpresas organizando tal estrépito, traquido, chacoloteo, retumbo, traqueteo y rugido, que el niño puso los ojos en blanco y se desmayó al instante.

Al ver eso, sus pobres y paganos papás se quedaron tan contentos como si hubieran encontrado una mina de oro. Cayeron arrodillados delante del Powwow, le regalaron un palanquín con una vara de plata sólida y cortinas de tela de oro, y lo llevaron a pasear sobre sus espaldas. Sin embargo, tan pronto como lo levantaron, la vara se les enganchó en el hombro y ya no pudieron volver a bajarlo. Así pues, les gustara o no, tuvieron que llevarlo a todas partes, como Simbad llevó al hombre de mar.

Era muy penoso de ver, pues el padre era un oficial muy valiente y llevaba dos espadas y un distintivo azul, y la madre era la mujer más bonita que se haya visto nunca con los pies estrujados como una china. Pero, verás, se habían inclinado por hacer estupideces demasiadas veces, así que, de acuerdo con las leyes de la señora Hagancontigo comohiciste, tuvieron que seguir haciéndolo, tanto si querían como si no, hasta que llegaran las Cocqigrués.

¡Ay! ¿No te encantaría que alguien fuera allí, convirtiera a esos pobres paganos y les enseñara a no asustar a sus niños hasta el punto de cogerles un soponcio?

—Y bien —dijo el Powwow a Tom—, ¿no te gustaría que te asustase, cariñito mío? Puedo ver claramente que eres un niño muy malvado, travieso, desvergonzado y depravado.

—Y tú también —replicó Tom con decisión.

Y cuando el hombre se abalanzó sobre él y gritó «¡Uuu!», Tom hizo lo mismo: le gritó «¡Uuu!» a la cara y le lanzó al perro, que fue a parar contra sus piernas.

Con lo cual, créetelo, el tipo puso pies en polvorosa, con la caja de truenos y todo, profiriendo un «¡Grrfff!» como el de una cerda del pasto comunal, y salió pitando mientras chillaba: «¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Asesinato! ¡Fuego! ¡Me va a matar! ¡Me ha destrozado la vida! Me quiere asesinar y quiere romper, quemar y destruir mi preciosa e inestimable caja de truenos, y entonces en este país dejarán de caer chaparrones y truenos. ¡Socorro!, ¡socorro!, ¡socorro!».

Después de esto, el papá, la mamá y toda la gente de Fabulandia de Esposas viejas se lanzaron sobre Tom, vociferando: «Oh, este niño es un malvado, un

insolente, un despiadado y un desvergonzado! ¡Pegadle, pateadlo, pegadle un tiro, ahogadlo, colgadlo, quemadlo!», y así sucesivamente. Sin embargo, por fortuna no tenían nada con qué dispararle, colgarlo o quemarlo, pues las hadas habían escondido todos los avíos de matar un ratito antes, de modo que sólo pudieron apedrearlo. Algunas de las piedras lo traspasaron y le salieron por el otro lado. Pero no le importaba, pues los agujeros se volvían a cerrar justo después de abrirse porque era un niño del agua. No obstante, cuando salió del país se alegró mucho, pues el ruido lo había dejado casi sordo.

Entonces llegó a un lugar muy tranquilo, llamado Dejalcielopez. El sol cogía agua del mar para hacer hebras de vapor y el viento las entrelazaba para hacer estampados de nubes, hasta que, entre los dos, lograron confeccionar un velo nupcial de encaje de Chantilly hermosísimo y lo colgaron en su Palacio de Cristal para que lo comprara aquel que se lo pudiera permitir. Mientras tanto, el buen mar nunca se quejó, ya que sabía que, honestamente, lo recompensarían. Así pues, el sol hilaba, el viento tejía y el gran telar de vapor funcionaba de maravilla, lo cual es perfectamente creíble teniendo en cuenta... y teniendo en cuenta... y teniendo en cuenta...

Finalmente, después de innumerables aventuras, cada una más maravillosa que la anterior, Tom se encontró ante un edificio inmenso, mucho más grande y —lo que es más sorprendente— un poco más feo que cierto manicomio nuevo, aunque no estaba construido con los mismos materiales. Ni un pedazo del edificio, cuando menos (o, de hecho, por lo que yo he visto, absolutamente ninguna parte de cualquier otro edificio), estaba revestido —ni en el interior ni en el exterior— de ladrillos de veintitrés centímetros, ni las paredes estaban rellenas con escombros para que cualquier señor que esté encarcelado a discreción de Su Majestad pueda ser puesto en libertad a discreción propia y dar un paseo por el parque que hay al lado (y así poder animarse después de los sanos y ligeros esfuerzos que ha realizado durante una hora con el tenedor de la cena o una de las patas de su cama de acero). No. Las paredes de este edificio estaban construidas según un principio totalmente distinto, que no será necesario describir ya que todavía no ha sido descubierto.

Tom se acercó andando al gran edificio, preguntándose qué era, con el extraño pensamiento de que dentro iba a encontrarse al señor Grimes, hasta que vio a cuatro o cinco personas corriendo hacia él y gritando: «¡Detente!». A medida que se aproximaban descubrió que no eran nada más que unas porras de policía, avanzando sin piernas ni brazos.

Tom no se asombró. Eso lo había superado sobradamente. Además, había visto cien veces a las navículas en el agua sin que nadie sepa hacia dónde van, sin brazos, ni piernas, ni nada que les sea útil. Tampoco se asustó porque no había hecho ningún mal.

De modo que se detuvo y, cuando la porra que estaba más adelantada llegó donde

estaba él y le preguntó qué intenciones tenía, le mostró el pasaporte de la Madre Carey. La porra le echó un vistazo de un modo rarísimo, pues tenía un ojo en medio de su parte superior. Por eso, cuando echaba un vistazo, como estaba muy agarrotada, tenía que inclinarse y asomarse, hasta tal punto que era un milagro que no se cayera. Sin embargo, como estaba henchida del espíritu de la justicia (como deberían estarlo todos los policías y sus porras), siempre se mantenía en una posición de equilibrio estable, se pusiera como se pusiera.

—Conforme, puedes seguir —sentenció finalmente. Entonces añadió—: Mejor que vaya contigo, joven.

Tom no puso ninguna objeción, pues una compañía así era respetable y segura. La porra enrolló su correa hábilmente alrededor del mango para evitar tropezarse con ella —pues con las carreras se había aflojado— y prosiguió la marcha al lado de Tom.

—¿Por qué no tienes a un policía que te lleve? —preguntó Tom al cabo de un rato.

—Porque nosotras no somos como esas porras del mundo de la tierra hechas con torpeza, que no saben vivir sin que un hombre las saque a pasear. Nosotras hacemos nuestra tarea solas, y la hacemos muy bien, aunque no soy yo quien debería decirlo.

—Entonces, ¿por qué hay una correa en tu mango? —quiso saber Tom.

—Para podernos colgar cuando no estamos de guardia, por supuesto.

Tom obtuvo su respuesta y no se le ocurrió nada más que decir. Finalmente llegaron a la gran puerta de acero de la prisión. La porra llamó dos veces con su propia cabeza.

Se abrió una ventanilla en la puerta y se asomó un tremendo y viejo trabuco de latón cargado de balas hasta la boca; era el portero. Al verlo, Tom se retiró un poco.

—¿De qué caso se trata? —preguntó con una voz profunda que salía de su ancha boca acampanada.

—Si me lo permite, señor, no se trata de ningún caso; tan sólo un joven caballero que viene de parte de la señora y que quiere ver a Grimes, el patrón deshollinador.

—¿Grimes? —dijo el trabuco. Entonces levantó la boca, quizá para echar un vistazo a las listas de la prisión—. Grimes está en la chimenea número 345 —afirmó desde dentro—. Así que es mejor que el joven caballero vaya por el tejado.

Tom levantó la mirada y se fijó en el enorme muro, que parecía tener ciento cuarenta y cinco kilómetros de altura, y se preguntó cómo iba a poder subir. Sin embargo, cuando se lo insinuó a la porra, ésta arregló el problema en un instante: empezó a rodar y le dio tal empujón por detrás que lo mandó hasta el techo en un periquete, con su perrito debajo del brazo.

Entonces anduvo por el emplomado hasta que se encontró a otra porra y le contó cuál era su cometido.

—Muy bien —le dijo—. Ven conmigo, aunque no servirá de nada. Es el tipo menos arrepentido y más despiadado y malhablado que tengo bajo mi cargo, y no piensa en nada más que en la cerveza y la pipa que, evidentemente, aquí no están permitidas.

Así pues, anduvieron por el emplomado, que estaba muy tiznado, por lo que Tom pensó que a las chimeneas les debía hacer mucha falta que las deshollinaran. Pero se sorprendió al ver que el hollín no se le pegaba a los pies, ni los ensuciaba en lo más mínimo. Las brasas candentes, que estaban esparcidas en abundancia, tampoco le quemaban, pues, como era un niño del agua, sus humores radicales eran húmedos y fríos, como puedes leer en profundidad en Lemnius, Cardan, Van Helmont y otros caballeros que llegaron a saber tanto como estuvo a su alcance y no hay ningún hombre en el mundo que pueda llegar a saber más.

Finalmente, se acercaron a la chimenea número 345. Por la punta, con la cabeza y los hombros sobresaliendo, estaba atascado el pobre señor Grimes, tan tiznado, enturbiado y feo que Tom apenas podía soportar mirarlo. Tenía una pipa en la boca, pero no estaba encendida, aunque le daba caladas con todas sus fuerzas.

—Atención, señor Grimes —anunció la porra—. Ha venido a visitarle un caballero.

Pero el señor Grimes se limitó a decir palabrotas y siguió refunfuñando: «La pipa no tira. La pipa no tira».

—¡Habla con educación y atiende! —le gritó la porra, y, de un salto, igual que Polichinela, atizó con todo su cuerpo tal golpe en la cabeza de Grimes que el cerebro le resonó como una nuez seca dentro de su cascara. Trató de sacar las manos e intentó sacudirlas, pero no pudo porque las tenía totalmente atascadas dentro de la chimenea. De modo que tenía que atender por fuerza.

—¡Eh! —gritó—. ¡Pero bueno, si es Tom! Supongo que habrás venido para reírte de mí, ¿eh, renacuajo rencoroso?

Tom le aseguró que no, que quería ayudarlo.

—Lo único que quiero es cerveza, y no puedo tenerla y una cerilla para esta pipa que no deja de darme la lata, y eso tampoco puedo tenerlo.

—Encontraré una —dijo Tom. Entonces, cogió una brasa candente (había un montón esparcidas por allí) y la acercó a la pipa de Grimes, pero la cerilla se le apagó en un instante.

—Es inútil —explicó la porra, apoyada sobre la chimenea y echando un vistazo—. Te digo que es inútil. Su corazón está tan frío que hiela todo lo que se le acerca. Lo vas a comprobar en un momento.

—Oh, sí, claro, es culpa mía. Todo es siempre culpa mía —se quejó Grimes—. Y no vayas a pegarme, ¿eh? (La porra se había incorporado y tenía un aspecto muy malvado.) Oye, si tuviera los brazos libres, te aseguro que no te atreverías a

golpearme.

La porra volvió a apoyarse contra la chimenea y no hizo caso del insulto personal, como el policía bien entrenado que era, aunque estaba lista para vengarse de cualquier transgresión contra la moralidad o el orden.

—Pero, ¿no hay otra forma de ayudarte? ¿No puedo ayudarte a salir de la chimenea? —preguntó Tom.

—No —interrumpió la porra—; está en el punto en que uno debe ayudarse a sí mismo y espero que se dé cuenta de ello antes de que haya acabado conmigo.

—Oh, sí —dijo Grimes—, claro, soy yo. ¿Pedí yo que me trajeran a esta prisión? ¿Pedí yo que me pusieran a deshollar vuestras sucias chimeneas? ¿Pedí yo que me pusieran paja encendida debajo para obligarme a subir? ¿Pedí yo que me quedara totalmente atascado en la primera chimenea porque estaba vergonzosamente obstruida por el hollín? ¿Pedí yo quedarme aquí, no sé cuánto tiempo, cien años, creo, y no poder tener nunca mi pipa, ni mi cerveza, ni nada digno de una bestia, no digamos ya de un hombre?

—No —respondió una voz solemne por detrás—. Y Tom tampoco cuando tú lo trataste igual.

Era la señora Hagancontigocomohiciste. Cuando la porra la vio, se incorporó, se irguió: «¡Atención!», e hizo una reverencia inclinándose tanto que, si no hubiera estado henchida por el espíritu de la justicia, se habría caído de cabeza y seguramente se habría hecho daño en su único ojo.

Tom también hizo una reverencia.

—No, señora —replicó—, no se preocupe por mí. Todo eso es agua pasada; los buenos tiempos, los malos tiempos, todos los tiempos pasan. ¿Y no puedo ayudar al pobre señor Grimes? ¿No puedo tratar de sacar unos cuantos ladrillos, para que pueda mover los brazos?

—Claro que puedes —respondió ella.

Así que Tom tiró de los ladrillos, pero no pudo mover ninguno. Entonces intentó limpiarle la cara al señor Grimes, pero el hollín no salía.

—¡Madre mía! —exclamó—. He hecho todo este camino, he pasado por todos estos sitios terribles para ayudarte y ahora no sirvo de nada.

—Será mejor que me dejes en paz —le advirtió Grimes—. Eres un mozo bueno e indulgente, la verdad, pero es mejor que te vayas. Está a punto de caer granizo y cae con tanta fuerza que se te van a salir los ojos de la cabecita.

—¿Qué granizo?

—¿Cómo? Aquí cada noche cae granizo. Antes de llegar hasta mí es como lluvia caliente; pero cuando pasa sobre mi cabeza, se convierte en granizo y me acribilla como un montón de perdigones.

—Ese granizo ya no volverá a caer —anunció la extraña dama—. Ya te he dicho

antes lo que era. Eran las lágrimas de tu madre, las que derramó cuando rezó por ti junto a su cama; pero tu frío corazón las congeló y las convirtió en granizo. No obstante, ella ahora está en el cielo y ya no llorará más por su desvergonzado hijo.

Entonces, Grimes se quedó un rato callado y luego adoptó un aspecto muy triste.

—¡Así pues, mi madre se ha ido y yo nunca estuve allí para hablar con ella! ¡Ay! Era una buena mujer y habría podido ser feliz, en su pequeña escuela de Vendale, si no hubiera sido por mí y mis malas maneras.

—¿Era la maestra de la escuela de Vendale? —preguntó Tom. Luego le contó a Grimes toda la historia de cuando fue a su casa, de cuando ella no pudo soportar ver a un deshollinador, de cuando fue tan amable con él y de cuando se convirtió en un niño del agua.

—¡Ay! —se lamentó Grimes—. Tenía una buena razón para no querer ver a un deshollinador. Yo me fui de casa, me uní a los deshollinadores, nunca le dije dónde estaba, ni le envié un penique para ayudarla, y ahora ya es demasiado tarde... ¡Demasiado tarde! —repitió el señor Grimes.

Entonces rompió súbitamente a llorar y a sollozar como un niño grande, hasta que se le cayó la pipa de la boca y se hizo pedazos.

—¡Ay, Dios mío, si pudiera volver a ser un chiquillo e ir a Vendale para ver el arroyo transparente, el manzanar y el seto del tejo, haría las cosas de un modo tan distinto! Pero ahora es demasiado tarde. Así que tú a lo tuyo, amable mocete, no te quedes parado mirando cómo llora un hombre que es lo bastante viejo como para ser tu padre y que nunca ha tenido miedo de la cara de ningún hombre, ni de nada peor. Ahora estoy rendido y me lo merezco. He hecho la cama y tengo que tumbarme en ella. Yo quería estar sucio y sucio estoy, como me dijo una vez una mujer irlandesa; y le hice muy poco caso. Todo es culpa mía, pero ya es demasiado tarde. —Y se puso a llorar con tanta amargura que Tom también rompió a llorar.

—Nunca es demasiado tarde —aseguró el hada con una voz tan extraña, suave y nueva que Tom levantó la mirada hacia ella.

En aquel instante parecía tan hermosa que Tom casi creyó que era su hermana.

No era demasiado tarde. Porque mientras el pobre Grimes seguía llorando y sollozando, sus lágrimas hicieron lo que las lágrimas de su madre no pudieron hacer, ni las de Tom, ni las de nadie en el mundo, pues le limpiaron el hollín de la cara y de la ropa, y luego deshicieron el mortero de los ladrillos. Entonces, la chimenea se desmoronó y Grimes pudo salir.

La porra dio un salto y estuvo a punto de azotarle un porrazo tremendo en la coronilla para volver a meterlo dentro, como un corcho en una botella. Pero la extraña dama la apartó.

—¿Me obedecerás si te doy una oportunidad?

—Como desee, señora. Usted es más fuerte que yo, eso lo sé demasiado bien; y

más sabia que yo, también lo sé demasiado bien. En cuanto a ser mi propio patrón, hasta ahora he salido muy mal parado. Así que haré lo que la señora desee ordenarme porque estoy rendido, la verdad.

—Así sea. Puedes salir. Pero recuerda: si vuelves a desobedecerme te destinaré a un lugar aún peor.

—Discúlpeme, señora, pero, que yo sepa, nunca la he desobedecido. Nunca tuve el honor de verla hasta que vine a este cuartel.

—¿Que nunca me has visto? ¿Quién te dijo: «Los que quieran estar sucios, sucios quedarán»?

Grimes levantó la mirada y Tom también, pues era la voz de la mujer irlandesa que los acompañó el día que salieron juntos hacia Harthover.

—Entonces ya te lo advertí, aunque, de hecho, tú ya te dabas cuenta, tanto antes de ese día como a partir de entonces. Con cada palabrota que decías, con cada cosa cruel y malvada que hacías, cada vez que te emborrachabas, cada día que ibas sucio, me estabas desobedeciendo, tanto si lo sabías como si no.

—Ojalá lo hubiera sabido, señora...

—Sabías perfectamente que estabas desobedeciendo algo, aunque no supieses que se trataba de mí. Venga, sal y aprovecha tu oportunidad. Quizá sea la última.

De modo que Grimes salió de la chimenea y, de verdad, a pesar de las cicatrices en la cara, su aspecto era limpio y respetable, como debe ser el de un patrón deshollinador.

—Llévatelo —ordenó el hada a la porra—, y libértalo.

—¿Y qué tiene que hacer, señora?

—Que desholline el cráter del Etna. Allí encontrará a unos hombres muy firmes cumpliendo su condena que le enseñarán lo que tiene que hacer. Pero, cuidado, si el cráter vuelve a atascarse y, como consecuencia, se produce un terremoto, tráemelos e investigaré el caso con mucha dureza.

Entonces, la porra se llevó a Grimes, que tenía un aspecto tan dócil como el de un gusano ahogado.

Y que yo sepa, o aunque no lo supiera, en el día de hoy aún está deshollinando el cráter del Etna.

—Y bien —anunció el hada a Tom—, tu tarea aquí ha terminado. Ya puedes volver.

—Me encantaría —dijo Tom—, pero, ¿cómo voy a volver a subir por ese gran agujero, ahora que ya no hay vapor?

—Te llevaré a la escalera secreta, pero primero tengo que vendarte los ojos, pues nunca dejo que nadie la vea.

—Le aseguro, señora, que, si me lo pide, no voy a hablar a nadie sobre ella.

—¡Aja! Eso es lo que crees, ¿eh, chiquitín? Sin embargo, pronto olvidarías tu

promesa si volvieras al mundo de la tierra. Pues si la gente descubriera que has estado en mi escalera secreta, tendrías a todas las damas bellas arrodillándose ante ti, a los hombres ricos vaciando sus bolsillos ante ti, a los hombres de Estado ofreciéndote poder y un cargo, y a jóvenes y viejos, ricos y pobres, gritando: «Únicamente dinos dónde está el escondite de la escalera secreta y seremos tus esclavos, te haremos señor, rey, emperador, obispo, arzobispo o papa si quieres. Lo único que tienes que hacer es decirnos dónde está el escondite de la escalera secreta. Durante miles de años hemos estado pagando, mimando, obedeciendo y rindiendo culto a los charlatanes que nos decían que tenían la llave de la escalera secreta y que podían llevarnos hasta ella a hurtadillas. Aunque nos llevemos una decepción, te honraremos, te glorificaremos, te adoraremos, te beatificaremos, te trasladaremos de sede y te exaltaremos, porque tendremos la esperanza de que sepas algo sobre la escalera secreta, de modo que quizá podamos ir hasta ella en peregrinación. Y, aunque no podamos subirla, nos quedaremos a sus pies y gritaremos: ¡Oh, escaleras secretas, escaleras secretas preciosas, escaleras secretas inapreciables, escaleras secretas requeridas, escaleras secretas necesarias, escaleras secretas bondadosas, escaleras secretas cosmopolitas, escaleras secretas comprensivas, escaleras secretas complacientes, escaleras secretas distinguidas, escaleras secretas comerciales, escaleras secretas económicas, escaleras secretas prácticas, escaleras secretas lógicas, escaleras secretas deductivas, escaleras secretas cómodas, escaleras secretas humanas, escaleras secretas razonables, escaleras secretas ansiadas, escaleras secretas codiciadas, escaleras secretas aristocráticas, escaleras secretas respetables, escaleras secretas propias de un caballero, escaleras secretas propias de una dama, escaleras secretas ortodoxas, escaleras secretas posibles, escaleras secretas creíbles, escaleras secretas demostrables, escaleras secretas irrefutables, escaleras secretas poderosas, escaleras secretas casi-casi-omnipotentes, etcétera, salvadnos de las consecuencias de nuestras acciones y de la cruel hada, la señora Hagancontigo como hiciste!». Si te dijeran esto, ¿no crees que estarías bastante tentado a contar todo lo que sabes, chiquitín?

Ciertamente, Tom pensaba lo mismo. «Pero, ¿por qué quieren saber eso acerca de las escaleras secretas?», preguntó, un poco asustado por las largas palabras, sin entenderlas en lo más mínimo. De hecho, no estaba preparado para ello, ni tú tampoco.

—Eso no te lo voy a decir. Nunca meto cosas en la cabeza de los chiquillos que es del todo probable que lleguen a averiguar solos. Venga, ven, ahora tengo que vendarte los ojos.

Le puso un vendaje en los ojos con una mano y con la otra se lo quitó.

—Bueno —le anunció—, ya has subido la escalera y estás a buen recaudo.

Tom abrió mucho los ojos y también la boca, pues creía que no había dado ni un

solo paso. Sin embargo, cuando miró a su alrededor no le cupo duda de que estaba a buen recaudo al final de la escalera, sea como sea, lo cual nadie va a contarte por la sencilla razón de que nadie lo sabe.

Lo primero que Tom divisó fueron los cedros negros, altos y afilados ante el amanecer rosáceo, y la isla de San Brandán reflejada en el sosegado, amplio y plateado mar. El viento cantaba suavemente entre los cedros y el agua cantaba en la orilla; los pájaros de mar cantaban mientras avanzaban hacia el océano y los pájaros de la tierra, mientras construían sus nidos entre las ramas. El aire estaba tan lleno de canto que despertó a San Brandán y a sus ermitaños, que dormían en la sombra. Movieron sus labios y cantaron su himno matinal entre sueños. Sin embargo, de entre todas las canciones había una que traspasaba el agua con más dulzura y transparencia que las demás, pues provenía de la voz de una joven.

¿Y qué canción cantaba? Ay, pequeño, yo soy demasiado viejo para cantarla y tú demasiado joven para entenderla. Pero ten paciencia, sé justo cuando mires, sé honrado y algún día aprenderás a cantarla solo, sin que haga falta que nadie te la enseñe.

Cuando Tom se acercó a la isla, en la roca descubrió a la criatura más encantadora que se haya visto jamás, con la mirada baja, la barbilla apoyada en la mano y chapoteando con los pies en el agua. Entonces levantó la vista y, mira por dónde, era Ellie.

—¡Oh, señorita Ellie —exclamó él—, cómo has crecido!

—¡Oh, Tom —respondió ella—, y tú también, cómo has crecido!

No te extrañe, los dos habían crecido mucho: él ya era un hombre alto y ella, una hermosa mujer.

—Puede que haya crecido —dijo ella—. He tenido suficiente tiempo, pues he estado aquí sentada, esperándote, durante muchos cientos de años hasta que pensé que no ibas a volver.

«¿Muchos cientos de años?» —se preguntó Tom. Había visto tantas cosas en sus viajes que había dejado de asombrarse y la verdad es que sólo podía pensar en Ellie. Se puso de pie y la miró, y Ellie lo miró a él. Les gustó tanto pasar así el tiempo que se quedaron mirándose durante siete años, sin moverse ni decir una palabra.

Finalmente, oyeron al hada hablar: «Atención, niños. ¿Es que no vais a volver a mirarme?».

—La hemos estado mirando durante todo este tiempo —le contestaron. Y así lo creían.

—Entonces, miradme una vez más —ordenó ella.

La miraron y los dos gritaron a la vez: «Oh, pero entonces, ¿tú quién eres?».

—Eres nuestra querida señora Hazcomoquisierasquetehicieranati.

—No, eres la buena de la señora Hagancontigo comohiciste, ¡pero ahora te has

vuelto muy bonita!

—Gracias a vosotros —explicó el hada—. Pero mirad otra vez.

—Eres la Madre Carey —explicó Tom, con una voz muy bajita y solemne, pues había descubierto algo que lo había hecho muy feliz y, sin embargo, lo asustaba más que todo lo que había visto.

—Pero ahora eres muy joven.

—Gracias a vosotros —afirmó el hada—. Mirad otra vez.

—¡Eres la mujer irlandesa que estuvo conmigo el día que fui a Harthover!

Y cuando volvieron a mirar, no era ninguna de ellas y, sin embargo, era todas a la vez.

—Tengo mi nombre escrito en los ojos, si tenéis ojos para verlo.

Entonces miraron dentro de sus ojos grandes, profundos y suaves, que reflejaron una y otra vez todos los colores, como los cambios de la luz en un diamante.

—Ahora, leed mi nombre —pidió ella finalmente.

Sus ojos centellearon durante un instante, con una luz clara, blanca y resplandeciente.

Sin embargo, los niños no pudieron leer su nombre, pues estaban deslumbrados y escondieron la cara debajo de sus manos.

—Todavía no, jovencitos, todavía no —dijo ella, con una sonrisa.

Entonces se dirigió a Ellie:

—Ahora ya puedes llevarlo contigo a casa los domingos, Ellie. Ya ha demostrado su valía en la gran batalla y está en condiciones de ir contigo y ser un hombre, porque ha hecho lo que no le apetecía.

Así pues, Tom fue a casa con Ellie los domingos y a veces también los días de cada día.

Ahora es un gran hombre de ciencia y sabe diseñar líneas de tren, máquinas de vapor, telégrafos eléctricos, armas estriadas, etc., y sabe cualquier cosa sobre cualquier cosa, salvo la razón de que un huevo de gallina no se convierta en un cocodrilo y dos o tres cositas más que nadie averiguará hasta que lleguen las Cocqsigrués.

Todo esto lo sabe porque lo aprendió cuando era un niño del agua en las profundidades del mar.

—Y Tom se casó con Ellie, claro, ¿no?

Hijo mío, ¡que idea más tonta! ¿No sabes que en un cuento de hadas nadie se casa salvo que tenga el rango de príncipe o princesa?

—¿Y el perro de Tom?

Ah, lo puedes ver cualquier noche clara de julio, pues en estos últimos tres veranos tan calurosos la vieja Canícula ha quedado tan desgastada que, desde entonces, no ha habido días de canícula. Así que tuvieron que sacarla y sustituirla por

el perro de Tom. Por lo tanto, como escoba nueva barre bien, este año se espera que haga un tiempo caluroso. Y aquí termina mi cuento.

MORALEJA

Y ahora, chiquitín, ¿qué hay que aprender de esta parábola?

Hay que aprender treinta y siete o treinta y nueve cosas, no estoy totalmente seguro. Sin embargo, hay al menos una que sí debemos aprender, y es la siguiente: cuando veamos tritones en el estanque, no hay que tirarles nunca piedras, ni cogerlos con alfileres torcidos, ni ponerlos dentro de viveros con peces espinosos para que éstos puedan darles un mordisco en su pobre y pequeño estómago y los hagan saltar fuera del cristal y meterse en la caja de herramientas de alguien, porque puede acabar mal. Estos tritones son sólo niños del agua estúpidos y sucios. Por lo tanto (como te dirán los anatomistas comparativos dentro de cincuenta años, aunque ahora no sean lo suficientemente eruditos para decírtelo), se les achata la calavera, la mandíbula les crece hacia fuera, el cerebro se les empequeñece, la cola se les alarga, pierden todas las costillas (lo cual estoy seguro que no te gustaría), la piel se les ensucia y les salen manchas, y nunca están en los ríos transparentes, menos aún en el gran y amplio mar, sino que se quedan en los estanques sucios, viven en el lodo y comen gusanos, tal como se merecen.

Sin embargo, eso no es razón para que los maltrates; lo que deberías hacer es compadecerlos, ser amable con ellos y esperar que algún día se despierten, se avergüencen de su fea, sucia, perezosa y estúpida vida e intenten arreglarla y volver a ser alguien mejor. Ya que, si lo hacen, al cabo de trescientos setenta y nueve mil cuatrocientos veintitrés años, nueve meses, trece días, dos horas y veintiún minutos (por mucho que parezca lo contrario), si se pasan el tiempo trabajando y lavándose a conciencia, puede que les crezca el cerebro, se les empequeñezcan las mandíbulas, les salgan de nuevo las costillas, se les acorte la cola y vuelvan a ser niños del agua; y, quizá, después niños de tierra; y más adelante, puede que hombres mayores.

¿Sabes que no será así? Muy bien, diría que nadie sabe tanto como tú. Pero, verás, hay quien tiene una gran debilidad por esos pobrecillos tritones. Nunca han hecho ningún daño a nadie y, si lo han intentado, no han podido; su única culpa es que no hacen ningún bien (igual que unos cuantos miles de seres superiores a ellos). Y los patos, ¿qué? ¿Y los lucios, los peces espinosos, los escarabajos acuáticos y los niños traviosos? Son tan limitados que es un milagro que puedan vivir. Hay quien coincide con el bueno del obispo Butler y no puede evitar tener la esperanza de que algún día disfrutará de otra oportunidad para hacer que las cosas sean justas y equitativas en algún sitio, en algún momento y de algún modo.

Mientras tanto, aprende las lecciones y da gracias a Dios porque tienes toda el agua fría que quieras para lavarte; y lávate con ella, como un verdadero inglés. Entonces, aunque mi cuento todavía no diga la verdad, seguro que te parecerá mejor

y, si no estoy en lo cierto, tú sí que lo estarás, siempre y cuando te mantengas fiel al esfuerzo y al agua fría.

Pero recuerda siempre, como te he dicho al principio, que todo esto es un cuento de hadas: sólo es para divertirse y fingir y, por lo tanto, no debes creer ni una palabra de lo que dice, ni siquiera si es verdad.